

2009-01-01

Carlos de Sigüenza y Góngora: Figuras del letrado en “Alboroto y motín de los indios de México”

Daniel Orizaga Doguim

University of Texas at El Paso, dorizaga@yahoo.com.mx

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Orizaga Doguim, Daniel, "Carlos de Sigüenza y Góngora: Figuras del letrado en “Alboroto y motín de los indios de México”" (2009). *Open Access Theses & Dissertations*. 327.

https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/327

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA: FIGURAS DEL LETRADO EN *ALBOROTO Y
MOTÍN DE LOS INDIOS DE MÉXICO*

DANIEL ORIZAGA DOGUIM

Department of Languages and Linguistics

APPROVED:

Fernando García Núñez, Ph.D., Chair

Pedro Pérez del Solar, Ph. D

Luis Arturo Ramos, M.A.

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.
Dean of the Graduate School

Dedicatoria

A mis padres, Magdalena Doguim Garay y Gustavo Orizaga Amezcua, como todos los días

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA: FIGURAS DEL LETRADO EN *ALBOROTO Y
MOTÍN DE LOS INDIOS DE MÉXICO*

by

DANIEL ORIZAGA DOGUIM, B.A.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF ARTS

Department of Language and Linguistics

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2009

Agradecimientos

Agradezco al Dr. Fernando García por su sabia dirección y hospitalidad intelectual durante mi estancia en UTEP. Disfruté sin merecerlo de su generosidad, aprendí todos los días de un académico y ser humano ejemplar. Al Mtro. Luis Arturo Ramos, de quien me considero aprendiz, por alentarme una vocación crítica que siempre pongo en duda. Mi admiración y gratitud hacia él es inmensa. Agradezco también al Dr. Pedro Pérez del Solar por haber aceptado fungir como lector de esta tesis, por su entusiasmo y simpatía, y por haberme cuestionado inteligentemente todos mis puntos oscuros. Sé que el aprecio seguirá fuera de las aulas.

A la Dra. Sandra Garabano por su apoyo en todos sentidos, y por sus esfuerzos que me permitieron venir a UTEP. Espero no haberla decepcionado.

Éste ha sido un tiempo concedido para conocer mejor a mis amigos. No quisiera enlistar porque puedo omitir por descuido a alguien, pero quiero reconocer a Elisa Alejandra Carreño, a Selfa Chew y a Willivaldo Delgadillo, porque su sostén ha sido esencial, su amistad estimulante, grata y entrañable. Más aún, necesaria. Especialmente a Camilo Castillo y Clarisa Lemus porque el haber disfrutado de su afecto hizo valer mi vida en El Paso. Lo digo siempre: los amigos son hermanos que cada uno afectuosamente elige. Ellos lo serán siempre.

17 de marzo/7 de mayo de 2009

Índice

Agradecimientos	iv
Índice.....	v
0. Prefacio a un breve estudio	vi
1. De la <i>ciudad escrituraria</i> : una literatura de minorías	1
1.1 Consideraciones preliminares	1
1.2 Sobre el Poscolonialismo. Paréntesis necesario.....	4
1.3 Arquitecturas críticas	7
2. El sueño de un orden.....	17
2.1 Algo sobre la vida del clérigo Sigüenza	17
2.2 Cartas y remitentes.....	21
2.3 El cristal con que se mire	26
2.4 Las glorias del virrey	30
3. Ciudad de México: Teatro agosto.....	34
3.1 La tormenta	34
3.2 Días enmascarados.....	37
3.3 Los murmullos	40
3.4 “Con espanto común”	43
4. Alboroto en la <i>ciudad letrada</i>	46
4.1 El desastre	46
4.2 Impaciencias y malicias	51
4.3 Simulacro político.....	55
5. La noche triste de Nueva España.....	67
5.1 Ciudad de México, capital del siglo XVII	67
5.2 Eneas criollo.....	74
5.3 “Estos son los indios”	78
6. Discusión.....	81
Bibliografía	92
Currículo Vital	103

0. Prefacio a un breve estudio

Como todo relato, la historiografía de la literatura novohispana puede articularse a partir de ciertas “escenas”: la veloz redacción de las *Cartas de relación* de Cortés se acompaña con los tronidos de arcabuces y los gritos de la guerra de Conquista, desde las playas atlánticas al Valle de México; a la caída de Tenochtitlan, una vez “pacificados” los naturales, la romería de las fiestas patronales es el ruido de fondo de recargados sermones; y las cancioncillas pícaras acompañan la algarabía cotidiana de los mercados en las plazas principales del virreinato. Una de estas “escenas”¹ es el *Alboroto y motín de los indios de México en 1692*, o *Carta al Almirante Pez*, como también se le ha conocido, escrita por Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700).

En esta crónica indispensable del tumulto del 8 de junio de 1692² en la Ciudad de México asistimos al recuento de los sucesos que llevaron a indios, negros, mulatos y españoles pobres a la rebelión por hambre contra las autoridades virreinales. En pocas palabras, esta narrativa inicia un año antes, 1691, y Sigüenza y Góngora repasa en ella las nefastas consecuencias de las lluvias excesivas y las plagas que afectaron los cultivos de trigo y maíz, hace anotaciones sobre el mal augurio de un eclipse solar y propone la teoría de la conspiración india inspirada por el consumo de pulque. El vívido cuadro del tumulto ocupa el final de la carta.

La tesis se centrará en este texto que ha resultado problemático para sus críticos, aunque su valor sea indudable³. Las estrategias discursivas de Sigüenza y Góngora serán desmenuzadas

¹ Usamos aquí la palabra “escena” a partir de su sentido teatral para enfatizar que la literatura—escrita o no—está inserta en un momento específico de interacción social, por contraste con los estudios más convencionales que se limitaban a entenderla como maquinales repeticiones de la europea y sin conexión con su entorno.

² Por supuesto, no es la única, aunque está considerada como “a semi-official report of the affair, possibly made at the behest of the viceroy”. (Leonard, 1929:112). Ver también allí mismo las pp. 111-112 para un registro de otras crónicas.

³ Mientras que Irving Leonard, verdadero redescubridor del sabio del siglo XVII, parece otorgarle crédito a la versión de la carta, la crítica contemporánea, a partir de los postulados culturalistas o de los estudios

y trataremos de desvelar las referencias menos transparentes, a partir de la recontextualización de sus puntos nodales, sobre todo en los “prolegómenos” al evento. En este trabajo proponemos una aproximación que no niega las anteriores sino que las re-elabora para descubrir otros matices: como fuente de datos resulta menos significativa que como crónica “literaria”. Leer la carta como documento historiográfico ha borrado algunas de sus particularidades que en esta tesis intentaremos restituirle como pieza de arte verbal.

La producción literaria virreinal conocía amplias posibilidades, desde la elaborada poesía cultísima—culterana y conceptista—hasta el villancico heredero de las formas tradicionales hispánicas. Pero, mientras reconocemos estas expresiones como muestra de auténtica literatura, otros ejemplos podrían resultar menos diáfanos, como los devocionarios o cédulas eclesiásticas. Atendamos esta advertencia de José Pascual Buxó: “[c]omo bien sabemos, es realmente limitado el número de obras de índole estrictamente literaria⁴ de la América colonial que ha llegado hasta nosotros” (2001: 12). Esta “estricta” literatura, floreció como diversión y como *divertimento*. Alfonso Reyes traza este rápido esbozo:

Los certámenes y justas poéticas—en unas sola aparecen más de quinientos nombres—nos permiten apreciar tres fases del fenómeno. En primer lugar, un tono general de cultura humanística y letras eruditas que difícilmente encuentra comparación, si a la calidad media se suma la superabundancia. En segundo lugar,

poscoloniales, pone en duda que la ideología del criollo pueda ofrecer un recuento objetivo. Como obra literaria la carta es ineludible:

[s]impatías y diferencias aparte, habrá que reconocer en su crónica del motín, que Sigüenza ha sido uno de los narradores más aptos y minuciosos de la violencia mexicana, equiparable o superior a Lucas Alamán y Martín Luis Guzmán. (Blanco, 1996:365)

⁴ Índole que no define, sin embargo. Para salvar el escollo, diríamos que es el “efecto de lectura” a partir de una tradición—susceptible de negociación— lo que puede diferenciar estas obras.

el hecho, típicamente colonial, de un grupo selecto que es público de sí mismo. En tercer lugar, el caso, muy digno de observarse, de una aristocracia que convierte en fiestas del espíritu sus “parties” y “picnics”, y sus salones en tertulias y ateneos políticos (1955: 354)

Recordemos siempre que la distribución de los géneros varía con el tiempo—amén de la complejidad misma del concepto de “lo literario” que ya fatigó talentos. Daremos entonces un rodeo. Quienes frecuentan las letras de Nueva España sabrán que definiciones simples y claras pocas veces pueden agotar los entramados genéricos de la literatura de la época barroca. Vidas de santos, relaciones geográficas y reconstrucciones de linajes mexicas han aceptado lecturas estéticas que las enriquecen.

La idea de historiografía literaria que esbozamos más arriba no se contrapone necesariamente a lo que Rolena Adorno (1988b) ha señalado como característica del paradigma emergente en los estudios colonialistas:

En primer lugar, estamos concibiendo la cultura literaria colonial no como una serie de momentos culturales sino como una red de negociaciones que tienen efecto en una sociedad viviente. La noción de “literatura” se reemplaza por la de “discurso”, en parte porque el concepto de la literatura se limita a ciertas prácticas de escritura, europeas o eurocéntricas, mientras que el discurso abre el terreno del dominio de la palabra y de muchas voces no escuchadas. (11)

Nos adherimos a esta tendencia “que nos permite comprender la cultura literaria colonial no como la imitación pálida de la de la metrópolis sino como construcciones híbridas nuevas que son mayores que la suma de sus partes y fuentes culturales.” (12)

Sin embargo, deseamos acercarnos a la *Carta al Almirante Pez* reconociendo su “diferencia literaria”. Algunos podrán entender esta lectura como nostálgica por un campo que

para varios críticos, en nuestros días, es ya obsoleto⁵. Muy precariamente, lo que denominamos “diferencia literaria” es un efecto de lectura⁶, una sedimentación de concretizaciones previas que otorgan densidad—o para continuar con el acaparamiento de tal vez indebido de categorías—o “aura” interpersonal de experiencia estética. *La Carta al Almirante Pez*, como *Los empeños de una casa*, es una obra a la que se le otorga un excedente de sentido que sólo se potencia al ponerla en contacto con su espacio de enunciación. No pretendemos hacer crítica estética, sino “estetizar” un texto para interpretarlo. Como puede verse, este método propuesto es mera hipótesis⁷. La discusión sólo aparecerá en las siguientes páginas esbozada y de ningún modo será el tema central de este trabajo⁸.

Responder a cómo se construye el canon sería la dificultad inicial. El relato completo de la literatura colonial tendría que dar cabida tanto a las expresiones orales como a las escritas, privilegiadas por la crítica tradicional. ¿Cómo entonces podríamos proponer un canon en el que las voces fuera de la *ciudad letrada*, como la denomina Ángel Rama, se tomen en cuenta? Ésta es una tarea pendiente a la que nos resulta indispensable aludir. No es cuestión de hacer tabla rasa de la tradición “colonialista” sino hacer notar esta tensión fundamental, pues uno de los

⁵ Pensamos esta diferencia a contrapelo y partir de lo que Josefina Ludmer denomina como “Escrituras posautónomas”, territorios del presente (2007- en adelante) o “escrituras del presente [que] atraviesan la frontera de la literatura [aunque] aparecen como literatura[,] pero no se las pued[e] leer con criterios o categorías literarias como autor, obra, estilo, escritura, texto y sentido.” (“Literaturas posautónomas 2.0”) No confundimos lo que Ludmer sugiere ya que entendemos que se aplica sólo a cierta literatura de hoy y de ninguna forma pretende establecer un lazo con el periodo y la obra que discutiremos a lo largo de esta tesis.. Esta postura nos ayuda a entender *por vía negativa*, la necesidad de una lectura estética que pueda sostener un canon, para abrirlo y negociar sus inclusiones y no para clausurarlo, en cualquiera de los sentidos de esta palabra. Por otro lado, la propuesta de Ludmer también ha tenido impugnadores.

⁶ En esta “historia de la recepción” sin embargo, Beverly (1988) nos recuerda que las funciones del lector del barroco no son las mismas en el s. XVI, XVIII o XX. Pero son esas pequeñas diferencias también formativas del canon, reajustes significativos.

⁷ La hipótesis de la “diferencia literaria” puede ser una variación de las “connotaciones suplementarias” que ya registraba Enrique Pupo-Walker (1982)

el escritor se sirve del acontecimiento o dato para lograr una ascendente potenciación expresiva de lo narrado. Se altera así la organización del texto. La escritura ejecutada desde el impulso creativo crea, en consecuencia, un sistema independiente de relaciones que transponen los signos culturales para infiltrar en la obra connotaciones suplementarias. (25)

⁸ No nos interesa postular la superioridad de la literatura frente a otros discursos sino notar que omitir la densidad literaria a la que hacíamos referencia es dejar de lado “datos” importantes para interpretarla.

temas de *Alboroto y motín*, como veremos más adelante, es el de la (in)capacidad del *letrado* para incluir otras voces—no precisamente literarias— en esa carta. Como dice Adorno, “[a]quí es significativa la cuestión del otro.” (12) La divergencia estaría en que la literatura *no-letrada*, por llamarla de alguna forma, tendría que ser, además, legitimada por medios específicos propios⁹ en los que las preceptivas occidentales no tuvieron una función modelizadora restrictiva.

A pesar de la relativa rapidez con que la imprenta llega a Nueva España en 1539¹⁰, en el carácter oral de la literatura colonial—notable contradicción en términos—encontraríamos mayor vitalidad y capacidad de transformarse¹¹. La literatura oral creó y mantuvo su propio espacio de circulación fuera de la censura *letrada*; no la constreñían las convenciones dominantes¹² pero podía nutrirse de los temas, tratamientos y elementos del imaginario europeo con la libertad suficiente en aras de una contaminación genérica. Además, sabemos que el libro no era un bien fácilmente adquirido por las masas. Los tirajes en general eran reducidos, excepto en el caso de los libros piadosos y panfletos religiosos¹³, cuya lectura era uno de los exiguos

⁹ Este debate desanuda muchas más preguntas: ¿qué ocurre con las formas populares que son retomadas por los escritores? Y viceversa, ¿qué pasa con las formas culturales que permean hacia los estratos no-letrados? Como advertimos ya, en estos párrafos preliminares a nuestro estudio no nos interesa dar respuesta definitiva a cuestiones tan necesarias. Deseamos, eso sí, desestabilizar las percepciones monolíticas acerca de una literatura que promete posibilidades de lectura riquísimas.

¹⁰ Para un resumen esquemático de la imprenta en México, ver Carrillo 1984:177-178.

¹¹ José Joaquín Blanco, a quien citaremos con frecuencia a lo largo de este trabajo, remarca este carisma:

La actividad literaria popular de la Nueva España fue ésa: la formación de una cultura verbal, que siguió avanzando en el siglo XIX y en el nuestro. [...] Esta literatura popular llegó primero y principalmente en forma oral, y luego a través de imitaciones librescas. Llegaron los romances y se nos volvieron corridos; llegaron las coplas y se nos volvieron huapangos. (1989: 250)

¹² Dentro de esa problemática está la poco explorada literatura en otras lenguas, las indígenas y las africanas, u otras europeas minoritarias, como el vascuense. Rama ya apuntaba esta pluralidad (46).

Además, “literatura is hardly a felicitous term to be applied to Amerindian discursive productions (which are mainly oral) and written interactions (which are mainly picto-ideographic). (Mignolo, 1993: 125). Hemos dejado de lado conscientemente toda la discusión sobre la “literatura” indígena, sobre todo aquella escrita en una lengua distinta del castellano pues carecemos de la formación necesaria para incluirla aquí. Reconocemos pues que esta reconstrucción es parcial e incompleta.

¹³ Anota Darío Puccini:

Una ojeada de conjunto a los repertorios bibliográficos mexicanos referentes al siglo XVII demuestra que 75 o quizás 80% de la producción editorial local estaba constituida por obras de índole confesional, y que la

puntos de contacto entre los *letrados* y la población apenas instruida¹⁴. No olvidemos que estos textos son devueltos al habla precisamente en el rezo, muchas veces mecánico. Dudamos que alguien pueda considerarlos como literatura “estrictamente” pero son sin duda expresión cultural importante.

Para mantenernos entre los límites de nuestros objetivos, basta conservar en mente que muchas de “las obras de índole estrictamente literaria”, como diría Buxó, están perdidas, incluso aquellas fijadas por el alfabeto. Nos explicamos: buena parte de los textos producidos por los *letrados* circuló entre ellos como copias manuscritas (Chang Rodríguez, 1976:10) y pocos alcanzaron la gracia de la permanencia en libro. Aun Sor Juana Inés de la Cruz (1615?- 1695) o Juan Ruiz de Alarcón (1580?-1635), sin duda los literatos del Reino de Nueva España que tuvieron mayor *fama*, padecieron el peligro de ver disuelta su obra en el aire, de no ser porque contaron con la fortuna de imprimir sus libros en la península y así accedieron al mercado para la posteridad. Este esbozo nos ayuda también a entender por qué un personaje tan eminente en la vida cultural novohispana, Sigüenza y Góngora, un intelectual si queremos utilizar ya el término, pudo imprimir una mínima muestra de toda su obra¹⁵. No era la excepción sino la regla en la Nueva España del siglo XVII¹⁶. Existe todo un espacio en el que lo *letrado* y lo oral conviven

mayoría de éstas se componía de sermones, como se deduce de los citados repertorios bibliográficos de Beristáin y Andrade (61-62)

¹⁴ Otro posible punto de encuentro resultarían los graffiti, donde los medianamente alfabetizados usan superficies para comunicarse, aunque son considerados como “necios quienes usan la escritura sobre materiales que no están destinados a esos fines por la sociedad (Rama, 51) y por lo tanto refractados de la *ciudad letrada*.

¹⁵ Algunas títulos—reducidos— son *Primavera Indiana* (1668), *Glorias de Querétaro* (1680), *Teatro de Virtudes Políticas* (1680), *Triumpho Parthénico* (1683), *Parayso Occidental* (1684), *Libra Astronómica y Philosophica* (1691), *Piedad Heroica de D. Fernando Cortés* (1689), *Infatunios de Alonso Ramírez* (1690), *Relacion de lo Sucedido a La Armada de Barlovento* (1691), *Trofeo de la Justicia Española* (1691), *Mercurio Volante* (1693), *Oriental Planeta Evangélico* (1700), póstumo, y lunarios anuales, mezcla de astronomía y astrología.

¹⁶ Francisco Javier Clavijero pinta así la situación casi al final del virreinato:

Entre otras deberían establecerse en América la yetería [sic, GAB] o arte de fabricar moldes para la imprenta y la fábrica de papel. Los moldes que se llevan de Europa tienen un costo excesivo y en pocos años se gastan e inutilizan. El papel vale por lo común en la capital a 4 pesos fuertes la resma; pero al más leve rumor de guerra sube a un precio exorbitante y tanto a veces, que en la guerra del año 41 y 42 se

armoniosamente: el teatro con todas sus variantes, desde el misionero de los franciscanos a los autos sacramentales. Varios han explorado este espacio y lo han descrito¹⁷.

Reduzcamos las variables que hemos señalado. Toda la literatura—oral o escrita— que desconocemos, en espera de ser rescatada, suena como el rumor ininteligible que sostiene nuestras lecturas de aquellos textos que sí nos han llegado, reconstruidos o en pedazos, desde el siglo XVI. La fragmentación impide dibujar cuadros de conjunto y cerrar los debates canónicos. Apuntemos de nuevo ciertas claves a las que nos referimos. Primero, está la cuestión de la pertinencia de las lecturas estéticas de algunos documentos. Segundo, el rescate e interacción con la cultura *letrada* del flanco oral de esa literatura. Tercero, la presión y aportaciones de teorías literarias o de los estudios culturales y poscoloniales que reorganizan los mecanismos de justificación del canon. Hemos repartido estos problemas en vías de lograr claridad. Al contrario de lo que pueda pensarse, el campo de las letras novohispanas está en constante reajuste.

Tal vez la tarea más urgente sea la recuperación de los archivos. Apenas intuimos la calidad de las obras extraviadas. El saqueo de bibliotecas, el pillaje y el desdén son las causas eminentes que explican las pérdidas de documentos. La parte oral es aún más frágil. En esta misma línea, a veces las obras que han sido estudiadas presentan lagunas, erratas evidentes, alteraciones que desvirtúan los sentidos primarios, alejándonos de la posibilidad de comprender ese otro mundo que es la Nueva, la otra España. Y eso sin abundar en las interpretaciones erróneas inducidas por prejuicios ideológicos—el clasicismo del XIX, el liberalismo desenfrenado, el nacionalismo simplón—que recortan la sociedad y cultura de la colonia como

vendió a 60 pesos. Estos costos tan intolerables de la impresión han sido la causa de que muchas excelentes obras que allí se han escrito, o se hayan perdido del todo, como sucedió con universal sentimiento de los literatos a los que escribió sobre las antigüedades mexicanas el incomparable Sigüenza o, a buen librar, hayan quedado escondidas en un ángulo de alguna librería particular (Clavijero, 1976: 196)

¹⁷ Los estudios imprescindibles de Othón Arróniz, *Teatro de evangelización en Nueva España* (1979) y Fernando Horcasitas *El Teatro náhuatl. Épocas novohispana y moderna* (1974).

una caricatura triste del viejo mundo. Pero el rumor al que nos referíamos se hace inteligible una vez que ciertos textos de los cuales se guardaba referencia en alguna bibliografía erudita—como la de Icazbalceta— son encontrados en algún improbable anaquel. El diálogo con los muertos se hace entonces más preciso, fructífero. Como vemos en este somero “estado de la cuestión” los pendientes se multiplican. Algo quisiéramos aportar con nuestro breve estudio, que deseamos proponer como una estancia para indagaciones futuras sobre las letras de Nueva España.

Octavio Paz (*Sor Juana o las trampas de la fe*) da la clave en su magna meditación sobre la era, vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz: volver a leer la Colonia es ensayar restituciones.

Restitución significa encontrar en los archivos documentos que se creían perdidos, percibir el eco de una jácara antigua en voz de un campesino, es tratar de entender el pasado colonial no como un interregno o una falla histórica, sino como un momento que merece ser comprendido en sus propios términos, con todas esas contradicciones que perturban a nuestros ojos modernos.

Este “ensayo” es susceptible de ser precisado. Si bien el formato académico le otorga una estructura y métodos de análisis, así como teorías a partir de las cuales elaborar—ver el siguiente capítulo—nos propusimos que la maleabilidad del género “centauro” le diese el tono. Tres de nuestros ensayistas mayores han dedicado sus inteligencias al virreinato: Alfonso Reyes, Octavio Paz y José Joaquín Blanco. Resalto sus aportes sabiendo que otros también han escrito la Nueva España¹⁸. Pero es difícil encontrar tres autores tan distintos entre sí, marcados por su personalidad y tiempos. Sus observaciones han sido singularmente provechosas, pues a diferencia de las páginas escritas por historiadores, profesores o ideólogos, parten de una mirada

¹⁸ Como Carlos Fuentes en *El espejo enterrado*, pero sus elaboraciones más interesantes se encuentran en su obra narrativa—*Terra Nostra* o *El naranjo*—, no en sus ensayos históricos o literarios.

literaria. A Reyes puede reprochársele cierto esquematismo, a Paz lo ronda el exceso de la sobreinterpretación y a Blanco la falta evidente de simpatía con las letras novohispanas. Prevalecen sus aciertos y su lección será constante aunque implícita a lo largo de esta tesis. Hubiésemos querido dedicar más esfuerzos en la ponderación de las aportaciones de cada uno y de sus posibles relaciones, además de discutir la inscripción de sus ensayos en el ambiente cultural y crítico de su tiempo. Será ése un proyecto que desarrollaremos en un futuro. Educarse en estos tres ensayistas puede ayudar en la consecución de un equilibrio entre el culturalismo extremo y la crítica estética tradicional.

Las academias latinoamericanistas—en varias latitudes— han revitalizado las aproximaciones a la literatura colonial del continente, sobre todo a partir de las controversias del Quinto Centenario. Sor Juana acapara las luces de la crítica frente a sombríos autores virreinales. No enumeraremos la abrumadora cantidad de monografías, tesis, libros colectivos, coloquios y homenajes dedicados al estudio de su obra. Hay interpretaciones arriesgadas y las hay políticamente correctas, aunque intrascendentes. Sor Juana, vida y milagros, es ya un subcampo de estudio. Su calidad excepcional así lo reclama. Tal vez la otra figura privilegiada de su siglo sea Carlos de Sigüenza y Góngora, pero en cuanto producción académica a él dedicada no hay comparación. Incluso los estudios sobre Bernal Díaz, Sahagún o Las Casas superan en cantidad los consagrados a Sigüenza y Góngora. Es él un científico y escritor con clarosucos provocadores. Serán retomadas propuestas fundamentales como las teóricas de Ángel Rama, Roberto González Echeverría, Rolena Adorno y Walter Mignolo además de estudios de especialistas en el erudito criollo como Irving Leonard, Elías Trabulse, Mabel Moraña, Kathleen Ross y Alicia Mayer—ver bibliografía.

Nos interesa indagar en las estrategias particulares del texto, desmontar su retórica y establecer conexiones con otras obras y debates. Diremos por lo pronto que “*Alboroto y motín* is a complex text that far exceeds the discursive limitations inherent in a simple narrative of this violent event” Bost, 1996:181). De allí nuestra insistencia en rescatar su densidad literaria.

En el capítulo primero revisaremos algunos conceptos relacionados al de “Ciudad Letrada” de Rama, para plantear así un marco que nos permita plantear un “close reading” de la *Carta al Almirante Pez* más allá del comentario impresionista. Después, tras una breve discusión sobre el cambio de paradigma en los estudios de las letras coloniales y la apertura de perspectivas, presentaremos nuestro análisis de *Alboroto y motín* en dos partes. La sección inicial, que corresponde a nuestros capítulos dos y tres, examinará cómo Sigüenza y Góngora construye su discurso antes del motín, tarea necesaria que pensamos ha sido pasada por alto en algunas exploraciones precedentes¹⁹. La segunda parte versará sobre la narración de los acontecimientos mismos del 8 de junio, días previos e inmediatamente posteriores. Pasaremos entonces a las conclusiones, capítulo seis, para discutir una interpretación global de la obra apoyándonos en exégesis fundamentales sobre el nacionalismo criollo, la justificación del dominio hispánico en América, las visiones sobre el indígena, entre otras.

¹⁹ Pupo-Walker en *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (1982) insiste en la importancia de la contaminación entre discursos ficcionales e historiográficos, que le daría su característica esencial a la prosa del continente. Mientras que anteriores lecturas del *Alboroto y motín* descartan como prescindibles e incluso “aburridos” los rodeos de Sigüenza y Góngora, para nosotros serán significativos. Señala Pupo-Walker:

El mismo proceso [de digresión creativa] puede verificarse de manera muy similar en la narrativa de ficción, sólo que, en la relación histórica, los mecanismos expositivos que asumen ese efecto de contrapunto no responden exclusivamente a la lógica del discurso mimético propiamente dicho. (31)
Entonces, la digresión resemantiza lo “mimético propiamente dicho” y vale la pena atenderla.

1. De la *ciudad escrituraria*: una literatura de minorías

Entre la Villa Rica de la Vera Cruz,
ciudad nacida en la escritura,
y la Ciudad de los Palacios, ciudad concreta,
se inscribe Tenochtitlán, ciudad de la memoria.

Margo Glantz. *La desnudez como naufragio.*

1.1 Consideraciones preliminares

La literatura de la Colonia en una primera mirada aparece como minoritaria por partida doble: escrita por unos pocos alfabetizados para ser escasamente leída en su momento de producción y con mínima presencia en nuestros días—su público y mercado son limitados fuera de los manuales educativos o antologías escolares. La percepción anterior puede, sin embargo, atemperarse. El interés en la academia por la literatura colonial ha venido creciendo paulatinamente, sobre todo a partir de los años 90 del siglo pasado. Dos razones—básicas—podemos argüir para tal “resurgimiento”: un mejor conocimiento del corpus, gracias a la publicación de ediciones críticas que, con estrictos criterios filológicos, rescatan textos desconocidos u olvidados y, segunda, una aproximación por parte de los académicos de proyectos intelectuales que enfatizan teóricamente en la literatura cuestiones de hegemonía y marginalidad, discursos fundacionales, comunidades imaginarias, la relación entre los intelectuales y el poder, orientalismo, centro/periferia, subalternidad, sexualidades alternativas, resistencia y cultura indígenas (ver especialmente Mazzotti Aguilar y Zevallos Aguilar, 1996; y

Bolaños y Verdesio, 2002)²⁰. Dentro de un marco culturalista, permeado asimismo por teorías poscoloniales y subalternas, parecería lógico volver a la época colonial pues en ese momento se encuentran los fundamentos para la construcción de las naciones latinoamericanas y la emergencia de los nacionalismos que se afianzarán después de las independencias en el siglo XIX²¹.

Las relecturas han modificado el campo de forma considerable—por consiguiente también el canon y la manera de postularlo—, especialmente si tomamos en cuenta las bases sobre las que descansaban algunos escudriñamientos anteriores, los cuales muchas veces carecían de rigor académico suficiente—su intención era denostar o defender posiciones políticas en los debates de la izquierda *versus* la derecha, el indigenismo *versus* el casticismo. Las herramientas historiográficas también se afinaron y ahora contamos con datos que rectifican visiones de conjunto. Tanto los textos más estudiados—v.g. las crónicas de la conquista—como los marginales—v.g. la escritura conventual—han sido revalorados. El canon de las letras coloniales, como hipótesis de lectura y tentativa de preservación, ha ensanchado sus límites sin

²⁰ En el caso específico de México, Margo Glantz (2006) nos ofrece otros antecedentes, fuera del campo propiamente académico:

Al principio de la década de los setenta, un programa de gobierno de Echeverría se preocupa por restaura el Centro Histórico de la ciudad de México y por proteger sus monumentos, y reitera su carácter de patrimonio nacional; con el presidente López Portillo, a finales de los setenta, se reorganiza el Archivo General de la Nación, rico filón de documentos novohispanos; se oficializan los estudios sorjuaninos en el Convento de San Jerónimo; y, para el inicio de la década de los ochenta se instaura el Festival del Centro Histórico que recicla los monumentos coloniales y los jerarquiza como espacios idóneos para representar los espectáculos barrocos nacionales e internacionales. Esta oficialización se hace efectiva mediante una extensión a los medios de difusión y *El patrimonio perdido*, documentado libro de Guillermo Tovar y de Teresa, se convirtió, a través de la publicidad televisiva, en el símbolo de una reconstrucción material e ideológica del periodo. (222-223)

²¹ Mignolo (1988:30) por su parte se refiere más bien a un “desplazamiento” y subraya estos dos aspectos que propiciaron el cambio de perspectiva:

- a) La necesidad de delimitar un objeto de estudio en el que se contemple la pluralidad lingüística de las letras coloniales hasta ahora limitadas fundamentalmente al castellano;
- b) La necesidad de contemplar en el objeto de estudio la “presencia” de la oralidad primaria y las culturas mesoamericanas y el encuentro de oralidad y escritura en el proceso de colonización[.]

En cuanto a la teoría que apoya este desplazamiento destaca la “arqueología del saber” (Foucault) y la “gramatología” histórico positivista (I.J Gelb) y filosófica (J. Derrida).

descuidar o remover puntales básicos: Sor Juana en México o el Inca Garcilaso de la Vega en Perú, por ejemplo²². Antes bien, se ha establecido una dinámica en la que el análisis de los textos menos favorecidos por el vigor crítico ilumina puntos oscuros de las figuras prominentes, como el estudio la hagiografía novohispana para el caso de Sor Juana y su *Respuesta a Sor Filotea*²³.

En Latinoamérica el estudio de las letras coloniales cuenta con una tradición ensayística valiosa que pretende articular un discurso propio. Pedro Henríquez Ureña inaugura ya en *Literary Currents in Hispanic America* (1945) la historiografía literaria moderna con una reflexión sobre génesis, relaciones textuales, modelos retóricos y circulación de las ideas en las colonias americanas. Esta tradición puede rastrearse desde los trabajos de Alfonso Reyes (*Letras de Nueva España*, 1948), hasta la obra de Ángel Rama, especialmente en *La ciudad Letrada* (1984) y, de manera sobresaliente, Antonio Cornejo Polar en *La formación de la tradición literaria en el Perú* (1989) y *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (1994). Por su parte, escritores ineludibles como Alejo Carpentier (“Prólogo” a *El reino de este mundo*, 1949) y José Lezama Lima (*La expresión americana*, 1957) vuelven al Barroco de Indias para apostar por una estética de la que pueden apropiarse y transformar en su trabajo creativo²⁴. Cada uno de estos lectores sobresalientes supera las comodidades de una crítica obtusa que se empeñaba en negarle trascendencia a la literatura de la colonia en su afán de deslindarse de un pasado cargado de leyendas negras²⁵.

²² Aunque Rolena Adorno (1988a) nos advierte certera de algunos excesos y peligros, ya que La existencia del talento y productividad extraordinarios de Sor Juana Inés de la Cruz nos ha bendecido y condenado a la vez, porque ha tenido que representar “la voz femenina” de la misma manera que El Inca Garcilaso de la Vega ha tenido que representar todas las sensibilidades posibles en tanto mestizo y americano (21)

²³ Ver especialmente Margo Glantz (2001) y Jean Michael Wissmer (2001), entre otros.

²⁴ Irleamar Chiampi (2001) revisa las características de esta reapropiación y los alcances del neobarroco (v.g. Sarduy) con la modernidad y posmodernidad. Para John Beverly (1988): “la revalorización del barroco que comienza en América Latina con la crítica relacionada con la vanguardia (Reyes, Borges, Carpentier, etc.) se hace precisamente en el contexto de la crisis ideológica e institucional del proyecto liberal decimonónico”. (226)

²⁵ Buxó resume así las vicisitudes de esta tradición:

Precisamente *La ciudad letrada* de Rama puede considerarse el punto de engarce entre dos tradiciones críticas: la latinoamericanista, persistente hasta los años 80 del siglo XX—en la que *Las trampas de la fe* de Paz está inscrita—y la poscolonialista que irradia actualmente desde los Estados Unidos. A pesar de los puntos de confluencia, los fundamentos estéticos—e ideológicos—de cada tradición son distintos, aunque no abundaremos en detalles; sin embargo, baste asentar para nuestros objetivos que comparten un notable interés por comprender la producción colonial en su propio entorno como expresión cultural ligada a otras artes y a la vez con la Historia de América—sin olvidar, claro la de Europa y los demás continentes.

1.2 Sobre el Poscolonialismo. Paréntesis necesario

Teóricos como Walter Mignolo (1993) han insistido en problematizar las relaciones entre las teorías “hispanicas” sobre la Colonia, las Latinoamericanistas y las Pos-Colonialistas y cuestionar el lugar de enunciación: el centro estadounidense o la periferia latinoamericana. ¿Nueva práctica colonialista en sí, la teorización de la literatura de la región Sur desde el Norte? Es posible percibir algunos rasgos de ello, según Bolaños (2002). Argumentos se han esgrimido para una afirmar o negar el acerto (en especial, Berverly, 1996 y García Canclini, 2000, ésta última desde una perspectiva antropológica).

Para nosotros las diferencias no estarían marcadas tanto por el lugar donde son producidos los estudios, artículos o disertaciones y donde se celebran los congresos sino por el prestigio que una teoría o “escuela” gana en cada medio local reaccionando con las establecidas. Puede ocurrir que absorban las teorías muy superficialmente, para mantener cierta “actualidad”

La escasez de textos propiamente literarios—esto es, ajustados a los moldes genéricos prestigiosos—y, en cambio, la abundancia de escritos “de ocasión” inmediatamente vinculados a las ceremonias oficiales y públicas han sido, sin duda, la causa de que los historiadores de la literatura iberoamericana miraran hasta hace poco con general menosprecio aquellas obras que, por ser producto de una sociedad colonizada y jerárquica, representaban precisamente los valores de una etapa política y social felizmente cancelada. Hace por lo menos medio siglo que las cosas empezaron a cambiar. (2001: 12-13)

en los trabajos, pero bajo la presunción de similitud entre las propuestas sin mayor debate o bien puede ser que se ajusten las novedades gracias al análisis detenido²⁶. Una muestra es que los mismos intelectuales y profesores universitarios comparten espacios en norte, centro y Sudamérica y las propuestas teóricas viajan en realidad en ambos sentidos aunque no simétricamente²⁷.

El protagonismo actual de los Estudios Culturales y Pos-coloniales en la academia es indudable, aunque no todos se adhieran a ellos con el mismo entusiasmo (Nagy Zekmy, 2002:4). No revisaremos toda la historia de su desarrollo e implantación, pues excederíamos los propósitos de esta tesis. Walter Mignolo (2001b) establece estas similitudes que sostienen el diálogo entre “colonialismos” y subalternidades:

First, coloniality is constitutive of modernity, and modernity/coloniality should be located in the sixteen century with the emergence of the Atlantic circuit and the consolidation of capitalism; second, subalternity is not only a question of social classes, but is instead a larger issue embedded in the coloniality of power and in the formation of the modern/colonial world-system; third, although “colonialism” or “colonial periods” refers to specific historical stages of coloniality, coloniality at large goes beyond decolonization and nation building: coloniality is the machine that reproduces subalternity today in the form of global coloniality in the network society.

²⁶ Por supuesto que existe el fenómeno complementario, en el cual los académicos buscan apropiarse acrtíticamente del corpus teórico prestigioso.

²⁷ Mignolo (1993) sugiere:

Once the issue of colonial discourse is related to the locus of enunciation, my interest lies in the interplay among the configuration of the field of study, the rules of the methodological game, and the feelings and passions of the individual playing the game (124)

Es necesario aquí apuntar algunas salvedades que nos puedan prevenir de cometer excesos. Resulta obvio que la mayoría de los teóricos pos-Colonialistas o críticos del orientalismo “clásicos” —Edward Said, Gayatri Spivak, Homi Bhabha— escriben de/sde experiencias muy distintas a las latinoamericanas—también dentro de cada virreinato hay procesos irreductibles. La especificidad histórica de las colonias inglesas o francesas es muy distinta a las ibéricas—portuguesas e hispánicas—no sólo por la geografía, el siglo de la colonización y la duración de la misma, los presupuestos epistemológicos o etapa del desarrollo capitalista, sino por la misma definición política y legal de “colonia”.²⁸ Sin embargo puede vislumbrarse un “Culturalismo” en algunos de los ensayos y estudios en Hispanoamérica que ya mencionamos arriba. Alicia Ríos (2002) da cuenta de una extensa bibliografía sobre el tema y señala una de las principales características de los Estudios Culturales Latinoamericanos: su indefinición conceptual y la confluencia de los Estudios Culturales (Anglosajones) y la continuación del ensayo humanista secular²⁹. Por lo tanto, la aplicación mecánica de las fórmulas teóricas de estos autores—Said, Spivak, Bhabha— es no sólo un error, sino un contrasentido si queremos analizar modos simbólicos y reales de dominación. No es comparable el desarrollo de la conciencia criolla americana, que reviste gran importancia para las luchas independentistas, en otras culturas como la India³⁰.

²⁸ Un testigo de ambas dinámicas nos dice:

Como es sabido, la indiferencia en materia religiosa caracteriza a la expansión imperialista durante la era moderna. Los poderes coloniales de los siglos XIX y XX no se interesaron nunca en la conversión de los habitantes de los territorios dominados. El ejemplo de la India muestra con claridad la diferencia entre la dominación premoderna y la moderna[.] (Paz, 1987: 145)

²⁹ Ver también Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989).

³⁰ Además del clásico de Brading (1973), revisar Moraña (1998) y Mazzotti (1996:173). Paz resume la diferencia entre el desarrollo de la conciencia nacional entre el virreinato de la Nueva Castilla y el de Nueva España, aunque esta afirmación tendría que matizarse:

las elites criollas [en México], desde fines del siglo XVII hasta el XVIII, o sea, de Sigüenza y Góngora a Clavijero, estudiaron el pasado precolombino y se esforzaron por rescatarlo e integrarlo a la nueva nación. En la historia peruana no hubo un movimiento espiritual comparable. La gran excepción sería la del Inca Garcilaso de la Vega, un caso aislado y que pertenece al XVI (1993:245)

En este trabajo nos hemos nutrido de varias aportaciones teóricas sin apearnos estricta y acriticamente a una de ellas: pensamos que la mera “aplicación” de fórmulas es reduccionista. Hemos procurado evitar asimismo la hibridación innecesaria—*cut and paste*—, un peligro mayor que se entrevé en la actualidad. Asimiladas las discusiones, tomaremos como punto focal para esta tesis las propuestas de Rama en *La ciudad letrada*, y a partir de allí continuaremos dialogando con aportaciones afines desde la historia, la sociología o la literatura, tal como él mismo lo hizo.

1.3 Arquitecturas críticas

Interesa penetrar ahora en *La ciudad letrada*. Sus alcances son reconocidos: además de presentar una periodización que trastoca la narrativa de una evolución lineal simple calcada de la historiografía europea, plantea un método de estudio para las literaturas de América Latina.

Compleja y sugestiva, *La ciudad letrada* como libro y como mecanismo heurístico abreva de distintas disciplinas para plantear un modelo de estudio; sin embargo, no determina cauces definitivos y puede entenderse como una obra inconclusa o hasta “abierta”, adaptando libremente la terminología de Eco³¹.

Proponemos una breve paráfrasis o esquema del libro, en específico de los capítulos “La ciudad ordenada” (17-30), “La ciudad letrada” (31-42) y “La ciudad escrituraria” (43-60). La reflexión sobre poder/escritura y sus representantes, los letrados, es el núcleo del ensayo. Dos ciudades se construyen bajo la sujeción colonial: la *real* y la *letrada*—la que maneja el orden

³¹ Casey Bonfield sistematiza algunas de las objeciones que se le han hecho al libro, por ejemplo que [s]i la cronología histórica resulta ambigua, si a la figura del *letrado* le hace falta matización, o si la noción de la escritura resulta demasiado pesimista, todas estas objeciones responden a la lógica del mercado de su recepción. (2006: 47)

Señala además otras “cegueras”, como la ausencia de la mujer y de una crítica feminista, así como los pocos intersticios que deja *La ciudad letrada* para las contestaciones al poder. Hay otro punto que Rama pasa por alto, más intangible pero necesario: “¿Dónde queda la posibilidad de una ética en la escritura? (49). Pero no exijamos en exceso: Rama no pudo revisar su libro y es posible que las “cegueras” se superasen en alguna reescritura.

simbólico, que incluye la lengua, las normas sociales, los signos de la autoridad. La *ciudad letrada* se presentará como imagen de la *ciudad real* aunque no coincidan³² sino por convención pues “las palabras” y las “cosas” se han escindido en la episteme del siglo XVI, y aquí Rama se sustenta en Foucault (*Las palabras y las cosas*). Los *letrados* serán los arquitectos de ambas pues el administrador y el “hombre de letras” convergían en las mismas personas³³. El ejemplo perfecto es nuestro Carlos de Sigüenza y Góngora en la Nueva España. Los *letrados* planean urbes—son ingenieros— y salvaguardan el orden jurídico como burócratas dentro de la jerarquía colonial—son clérigos, licenciados, abogados, científicos—en centros de instrucción religiosa, humanista y sobre todo, en la Corte y Audiencia virreinales. Mantienen el contacto con la capital del imperio, trasladan sus saberes reforzando el continuo poder Estado-Iglesia.

Este conjunto de prácticas y de mentalidades sin embargo no formaba un solo discurso ideológico, sino que eran plurivocales (Adorno, 1987:4). Había disputas y debates en varios niveles, estéticas en competencia—boscanistas/gongoristas—, divergencias teológicas—tomismo/neoplatonismo— y luchas de poder entre las autoridades civiles—Real Audiencia/cabildo— o eclesiásticas—obispos/regulares.

Queremos señalar, sin embargo, la existencia de una especie de *lingua franca* a un nivel más comprensivo, que era, sospechamos, el conjunto de denominadores comunes invocado por Rama en la noción de *ciudad letrada* virreinal. González Echeverría hablará de “An overarching ideological construct [that] was erected to justify and ratify Spanish territorial rights” (1990:60). No olvidemos que “[l]a poesía —por lo menos cierto tipo de poesía culta, como la de Góngora—es todavía un discurso *legislativo*, coextensivo con el discurso de medios y fines de la razón de estado.” (Beverly, 1988:220). Conocemos temas y variaciones permitidas, que coquetean incluso

³² Rama se apoya en la idea del significado/significante.

³³ “The great humanists who rekindled classical rethoric were the same ones who codified legal or notarial rethoric” (González Echeverría, 1990:67)

con la heterodoxia—como en las endechas de Sor Juana a “Lysi”³⁴—pero que no cuestionan los fundamentos del discurso del dominador. La ruptura la *lingua franca* se verificará muchos años después, ya en otro siglo, promovida por el nacionalismo criollo. Lo más llamativo es que este nacionalismo criollo empezó como una variación del tema de la exaltación de la Conquista, pasando por reorganizadores como Sigüenza y Góngora o Francisco Xavier Clavijero hasta llegar al mismo Fray Servando Teresa de Mier quien desafía desde la posición criolla la sujeción colonial y propulsa un nuevo discurso dominante. Sólo entre los pliegues de la lengua barroca fue posible insertar estos trastornos ideológicos, pequeñas subversiones que poco a poco fueron modificando/minando el discurso hegemónico. Pero esa posibilidad de incisión se constriñó a los hijos de España en América.

Una de las tensiones fundamentales entre *ciudad real* y *ciudad letrada* depende de la posibilidad de los sujetos de usar la escritura—instrumento político— poder que, como hemos enfatizado, fue limitado en los virreinos. Los alfabetizados constituían un estamento que intentaba siempre conservar sus privilegios entre pocos y “defendía” una lengua minoritaria. ¿Cómo se insertan entonces en el orden simbólico los discursos no-letrados? ¿Existe la posibilidad de ser representados y cuáles serían los límites de la apropiación letrada de los *otros discursos*?

Blanco nos recuerda que la novohispana

[e]ra una sociedad plurilingüista, analfabeta, antilibresca, cuya cultura social realmente viva se expresaba en otras formas: no la escritura, sino la literatura oral, las múltiples prácticas religiosas, la música y las artes plásticas, al folklore y la

³⁴ “Expresa su respeto amoroso: dice el sentido en que llama suya a la señora Virreina Marquesa de la Laguna”: [...] Que mirarte tan alta/no impide a mi denuedo;/ que no hay Deidad segura/al altivo volar del pensamiento./[...] En fin, yo de adorarte/el delito confieso;/si quieres castigarme,/será este mismo castigo será premio. (2002:101)

artesanía. La escritura, y con mayor razón los impresos, constituían una cultura peligrosa y minoritaria [en el sentido de no-hegemónica], capaz de alterar el orden. Sólo la más ortodoxa y elemental propaganda religiosa y la más restringida y laudatoria poesía de corte alcanzaron, y no sin algún sobresalto, un desarrollo desahogado. (1989: 15)

La capacidad transgresora tiene que darse violentando el discurso *letrado*, por conquista o revuelta. Los espacios que la escritura deja sin consignar o censurar serán aquellos en los que el pueblo iletrado actuará y formulará sus propias prácticas simbólicas, retomando aquellos residuos de la cultura dominante que puedan serles “útiles”. Precisamente las formas de piedad popular en fiestas patronales como las de Guadalupe son las muestras más conocidas de este universo, así como las fachadas exuberantes diseñadas y construidas por manos indígenas del llamado *Barroco de Indias*³⁵, como en las portadas de las Misiones de la Sierra Gorda queretana³⁶. Si el discurso del *letrado* se amuralla tras barreras retóricas, la sociedad “antilibresca” ocupa un territorio que aquél desprecia para desarrollar una dinámica cultural que no puede ser representada por vías institucionales y que en determinados puntos de contacto, previo asedio a la *ciudad letrada*, terminará por irrumpir en la escritura aunque sus significaciones no puedan ser completamente asimiladas. Me explico a través del ejemplo: Torquemada en su *Monarquía indiana* describe las fiestas del volador, espectáculo llamativo que se presentaba en ciertas fechas en la plaza del mismo nombre en la ciudad de México y otras del virreinato. Pues bien, el fraile asombrado, incapaz de entender el sentido del *performance* pide su

³⁵ Ver Jorge Alberto Manrique. “Del barroco a la ilustración” 357-446

³⁶ González Echeverría (1996):

The bond between belief and representation had to loosen up a little to accept elements from an alien code, which, itself, had been displaced in the process from its own relationship with a referential world. If the syncretic process observable in the religious sphere –no matter how slight, or how dominated still by a Catholic vision—required a certain amount of tolerance in the acceptance of alien beliefs and icons, the same, only more so was true in the artistic realm. (205)

suspensión. Sospecha sus trazas paganas, pero es incapaz de traducirlas a la semiosis cristiana³⁷. Y lo curioso es que ese *performance* transgresivo se da en el mismo corazón de la Nueva España. No pudo ser de otra manera: el palimpsesto urbano no pudo borrar las marcas del imperio azteca, e incluso apeló a ellas para construir su legitimidad—la Catedral edificada a un costado del Templo Mayor, el culto Guadalupano sobre el de Tonantzin. Si en la *ciudad real* hubo mezcla y negociaciones, en la *ciudad letrada* por fuerza se presentaron los conflictos.

La separación jurídica tajante entre República de Indios y República de Españoles, a la que le concedemos algún crédito pues en su intención original quería proteger a los nativos de los conquistadores, fue inviable en la práctica, principalmente porque los encomenderos, terratenientes y mineros necesitaban fuerzas laborales constantes y baratas—lo que los frailes franciscanos temían³⁸. La utopía milenarista, como la del Tata Vasco de Quiroga en Michoacán, fue un breve experimento fallido. A pesar de las intenciones de los *letrados* la multiplicidad americana salía de su control y ellos estaban conscientes de ello. Otras veces aceptaban la imposibilidad de la translación del régimen legal europeo en el nuevo mundo: conocido es el “acátense pero no se cumpla”. Entonces las dinámicas de construcción de lazos sociales pasaban en muchas ocasiones por fuera de los márgenes letrados. No es casualidad que el autor barroco recurriese a la alegoría, ya que en la suma de sus componentes podían descartarse especificidades y las imágenes heredadas de la cultura occidental podrían mutar en una alegoría de otra previa: ése es el significado “profundo” del nombre Nueva España. El moro será aquí el indio, diablos los dioses: la idea de una “nueva” España será el modelo por alcanzar. La realidad

³⁷ La descripción del juego ritual del volador aparece en el Libro X, capítulo XXXXVIII:

Pero muertos los primeros idólatras que recibieron la fe, y olvidados los hijos que los siguieron de la idolatría que representaba, volvieron al vuelo y lo han usado en muchas ocasiones. Y como gente que sólo se aprovecha del juego y no de la intención que sus pasados tuvieron, ya no se curan de que los voladores sean cuadrados y así los hacen sexabados [sic], en especial los que son muy altos y cuelgan de ellos sogas y lo ejercitan con grande fiesta y regocijo, no curando de que las vueltas sean sólo catorce.
(Torquemada, 1978: 137-141)

³⁸ Ver Semo (1979), *Historia del capitalismo en México*.

imita a la letra. Pero en lo que olvida la alegoría está la penitencia, pues el orden alegórico es a veces emblema legible sólo para los *letrados*. La cotidianeidad es más exacta pues los subalternos tendrían la capacidad de adaptar ese discurso con la realidad. No articularán una narrativa prestigiosa de ese contacto pero jugarán la supervivencia en ello. Tienen que leer aquello que los rodea –su espacio vital, la gente— a partir de sus referentes y también como el proyecto español deseaba que lo hiciesen³⁹. En otras palabras, manejaban dos códigos y por eso detectarían las fracturas, para el *letrado* ocultas. Así caracteriza la situación Francois-Xavier Guerra:

The relationship between writing and identity is not a simple one. Although writing facilitates communication and, in the right circumstances, the creation of group consciousness and a common repertoire of images, it is not the only medium that can do these things. In societies without a writing, or societies in which writing is a minority activity reserved for a cultural elite, other mechanisms permit the constitution and affirmation of the group. Spanish American societies lay somewhere between the two extremes (2003: 7)

Uno de estos mecanismos era precisamente la fiesta barroca⁴⁰, en la que todos los participantes reconocían su posición en la sociedad estamental, y en la cual los súbditos asumían parte de su desarrollo—como donantes o trabajadores. Los miembros de las cofradías, artesanos, representantes eclesiásticos, todos enriquecían con imágenes y símbolos la representación que la propia sociedad tenía de sí. No lo dudamos: espacios de negociación existían, aunque no eran

³⁹ Pappel (1991) celebra esta capacidad:

Por eso mismo también es posible que los indígenas lleguen a distinguir las pretensiones del “otro”, mucho antes de lo que los españoles podrán hacerlo, al tener estos últimos menos posibilidades de aceptar una realidad no prevista y, además, no poder jugar de la misma manera con la posibilidad del engaño. Les falta el nivel doble, la realidad y realidad aparente, observador divino y observador “divino” engañable.

⁴⁰ Para un estudio reciente sobre *Las glorias de Querétaro* como fiesta barroca, revisar Bravo Arriaga (2000)

específicamente propiciados por la autoridad. El juego puede ser doble ya que esos mecanismos de participación servían como escapes de presiones sociales latentes. En la fiesta barroca asimismo se resolvían alegóricamente esas presiones. Esta idea de “transferencia” casi freudiana que esbozamos puede parecer excesiva. Tampoco hay que dejarse embargar por el entusiasmo y pensar que el régimen colonial no era efectivamente represor. Veremos que tras el motín del 8 de junio las autoridades lograron imponer el acatamiento de las leyes, casi al día siguiente de haber ocurrido. A los dos días se había ya ajusticiado a tres personas⁴¹. Pero en esos eventos los cauces de alivio se rompieron y se hizo manifiesta la ruptura del orden. Los grupos sociales afirmaron su pertenencia a un nivel, digámoslo, “horizontal” sin posibilidad de interlocución “vertical”.

Exploremos los límites de la *ciudad letrada*, pues el mural de Rama nos deja la impresión de una dominación *letrada* absolutamente hegemónica. Nuevos estudios tienden a resaltar los traspasos y subversiones. Sor Juana es la *summa* de este enfoque como “hija de la Iglesia”, contestataria al poder y porfiada erudita. También la “versión de los vencidos” se ha comenzado a escuchar, gracias, entre varios, a Miguel León Portilla. Sin embargo, tenemos que hacer eco de otra advertencia, esta vez de Eric Van Young:

Este reciente énfasis en la acción subalterna no significa que los colonialistas estén construyendo una nueva Leyenda Blanca de la sociedad colonial, una narración de gobernantes coloniales que se engañaban solos y de astutos indígenas sometidos que vivían según sus propias reglas, disfrazadas, bajo la complaciente pero estúpida mirada de sus opresores; antes bien, lo que pintan es

⁴¹ Antonio de Robles en su *Diario* consigna esta entrada:

Arcabuceado.-Este día, miércoles 11 [de junio de 1692], arcabucearon a las once del día al pie de la horca tres indios; habían de ser cuatro, pero el uno se mató antes con veneno, según se dijo entonces, y parece que del maltrato que le dieron, y los colgaron en la horca: dicen fueron los que prendieron fuego a Palacio (Tomo 2, 1972, 259)

un cuadro más matizado de lo que antes resultaba uniformemente siniestro y monocromático (2006:16)

Antes de terminar este capítulo en el que hemos hecho un sucinto repaso de varios tópicos y debates, problematicemos un poco más el panorama. Es necesaria la medida ante el “boom del subalterno colonizado”: una leyenda no blanquea la otra ni la equilibra. El *Ateneo*, sus descendientes y los narradores “colonialistas”—v.g. Francisco Monterde, Ermilo Abreu Gómez—redimieron parte de la cultura del virreinato hace más o menos un siglo. Otra crisis los incitó y ante ella reaccionaron: las celebraciones del Centenario, el fin del Porfiriato, el fragor Revolucionario. Los arrebatos devienen instancias pintorescas, como en las novelas de Valle Arizpe. ¿Mexicanidad de Ruiz de Alarcón? ¿Tono crepuscular de la poesía mexicana? Las preguntas añejas deberían advertirnos de nuestras limitaciones y los usos políticos de la “querrela por la Colonia”. Si al subalterno se le permite hablar, si los mestizajes e hibridaciones son ahora el centro de atención, si los orientalismos son puestos entre paréntesis, esto no compensa el olvido de otros proyectos de restitución.

Una “institución” importantísima que parece no hemos mencionado en este prefacio es la corte. En esta cita de Octavio Paz (1987) encontraremos una idea sobre cómo *la ciudad letrada* y *la ciudad real* conocieron puntos de encuentro:

La imagen de Nueva España como un reino dependiente, patrimonialista, pluralista y acentuadamente mercantilista, en cuyas estructuras económicas convivían el latifundio y el ejido, las corporaciones y los gérmenes capitalistas, es a todas luces insuficiente. La corte, centro y cúspide de la sociedad, hace

inteligible a esta imagen y le da sentido. La corte no sólo tuvo una influencia decisiva en la vida política y administrativa sino que fue el modelo de la vida social [...] La corte virreinal ejerció una doble misión civilizadora: transmitió a la sociedad novohispana los modelos de la cultura aristocrática europea y propuso a la imitación colectiva un tipo de sociabilidad distinto de los que ofrecían las otras dos grandes instituciones novohispanas, la Iglesia y la Universidad. Frente a éstas, la corte representa un modo de vida mucho más estético y vital. La corte es el *mundo*, el siglo[.]

El cortesano participa activamente en la implementación del modelo europeo, adaptándolo, a veces por la vía del fausto exagerado o el elogio encendido, al otro, nuevo mundo. La corte es el epítome de la civilización barroca, la metonimia de la Nueva España gloriosa y triunfante, que como dijimos, era ya una alegoría, en el discurso *letrado* del territorio, los habitantes—originales o emigrados—y la nación. A pesar de ubicarse en el corazón de la cultura *letrada* no está enclaustrada. Su influencia irradia a todo el reino, y el reino hablará a la corte.

Sor Juana nunca dejará de ser cortesana pues su órbita gira alrededor del virrey. Cuando el Conde de Paredes eclipsa su fortuna, la monja sufrirá los efectos de una debatida persecución. Sigüenza y Góngora disfrutará del favor del Conde de Galve, pero el nuevo virrey lo desestimaré. Los actores principales en ese teatro del mundo cambian sus papeles y los dramas corresponderán a las vicisitudes del siglo. La ciudad real también se reorganiza, y finalmente la *letrada* no podrá ignorarla, a pesar de la tajante distinción de Rama, tal vez el intelectual orgánico de nuestra América más influyente en los estudios literarios de la actualidad. Para concluir, reconoce Rolena Adorno (1988a):

La *ciudad letrada* es un laberinto de relaciones—de dominaciones, de subordinaciones y también de colaboraciones—tanto externas como internas. Su valor para el estudio de la producción discursiva y literaria de la época latinoamericana colonial es muy prometedor: nos ofrece a los estudiosos de las letras coloniales por primera vez un modelo de investigación basado más en relaciones que en las instituciones, más en enlaces que en individuos (23-24)

2. El sueño de un orden

[S]igan tu sombra en busca de tu día
los que, con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo

Sor Juana Inés de la Cruz. “*Verde embeleso...*”

2.1 Algo sobre la vida del clérigo Sigüenza

A diferencia de Sor Juana la tentación hagiográfica es débil. Nadie canonizaría a don Carlos de Sigüenza y Góngora como escritor de brillante estilo, nadie transformaría su biografía en ejemplo de evolución espiritual. Apenas tenemos un par de datos sabrosos, como su expulsión de la Compañía de Jesús por conducta nocturna impropia o su encarnizada pelea por obtener la cátedra de matemáticas de la Real y Pontificia Universidad de México sin contar con el grado apropiado. Su tono tiende al medio, su signo es la dispersión enciclopédica. No era una inteligencia mediocre, sino lo contrario: esa brillantez lo convertía en un polemista temible. Luego las definiciones se rarifican. No era un hombre medieval ni renacentista. La Contrarreforma lo marcó demasiado, incluso su faceta científica fue impulsada—nutrida—por el jesuitismo, producto paradójico del Concilio de Trento. Tal vez en este párrafo de Elías Trabulse, uno de quienes se han acercado con mayor acierto a Carlos de Sigüenza y Góngora⁴², está resumida la complejidad de su figura:

⁴² Transcribimos la sucinta biografía que María Lara Lozano pone al inicio de su estudio sobre *Alboroto y motín*: El sabio novohispano nace en 1645, en la ciudad de México. Provenía de un linaje de hombres ilustres, muchos de los cuales se distinguieron por sus servicios prestados tanto a la corona española como a la Iglesia católica desde la época de Isabel la Católica. Su padre fue mentor del pequeño Baltasar-Carlos, hijo de Felipe IV y, una vez en América estuvo, casi por medio siglo, en la Secretaría del virrey de México. Hasta los quince años, don Carlos estudió con su padre. En 1660 ingresó al noviciado jesuítico, donde realizó estudios profundos en filosofía, literatura y teología, y además, estudió por su cuenta Cánones y lenguas indígenas.

En 1672 obtuvo la Cátedra de Astronomía y Matemáticas en la universidad de la capital virreinal y a partir e 1680 recibe el título de Cosmógrafo real de Carlos II, que le impone obligaciones como las de

Al don Carlos geocentrista y tradicional en asuntos de ciencia correspondió el Sigüenza creyente y ortodoxo en asuntos de fe; de ahí que al don Carlos heliocentrista y mecanicista corresponda el Sigüenza levemente heterodoxo y racionalista. La correlación no es cabal y sin variantes, pues en asuntos de este tenor y que versan sobre los humanos asuntos, los paralelismos geométricos sólo hacen las delicias de los simples. Bástenos decir que en el intelecto de un hombre de ciencia dual, pueden, en ciertas circunstancias, encontrarse similitudes notables con sus creencias fideístas. (1974: 135)

Lo hemos declarado ya, nuestra intención no es erigir monumentos a su memoria ni radicalizar posturas a partir de juicios que lo desnaturalicen⁴³. Insistimos pues en esta distinción: no queremos restaurar su *fama* sino restituirlo al siglo que le corresponde. Para tal efecto tenemos que rastrearlo en sus actos y su escritura. Sigüenza y Góngora participa de todos los espacios en los que domina la cultura *letrada*—claustro, universidad, corte, inquisición—, es un agente de colonización doble: a la vez que intenta transplantar fragmentos de la cultura europea, devuelve el gesto con algunas de sus investigaciones sobre fenómenos naturales y la historia del Nuevo Mundo para tratar de incidir en los saberes del Viejo. Desde ese intersticio construye su figura intelectual o *letrada*, y para sostenerla debe afinar constantemente posiciones teóricas—ser creyente o racionalista, como apunta Trabulse—, por eso resulta tan complicado definirlo,

astrónomo y cartógrafo. En estas actividades sobresalió sobre todo por sus conocimientos de ingeniería y mecánica. A él le corresponde la gloria de haber sido el primero en trazar un mapa general de la Nueva España, que sirvió de modelo a los cartógrafos del siglo XVIII. Además debía componer y publicar anualmente almanaques lunares. También en esto fue pionero, no sólo en México sino en América. Por la misma época funge como capellán del Hospital del Amor de Dios. Don Carlos también se desarrolló como explorador: tomó parte en la expedición de reconocimiento de la bahía de Pensacola en 1693 (10- 11)

⁴³ Lafaye hace este recuento del

interés que ha despertado entre historiadores y críticos desde la segunda mitad del siglo XVIII, mucho antes de que ocurriera la revalorización del pasado novohispano iniciada por Joaquín García Icazbalzeta, pero confirmada sólo a partir de Carlos Pereyra y don Silvio Zavala. Quien le dio por primera vez su lugar a Don Carlos fue Eguiara y Eguren en su *Biblioteca mexicana*, obra en latín escrita en 1755, en la que aparece (en varios pasajes) Sigüenza y Góngora como autor de estudios pioneros de las cultura prehispánicas. (2001:11)

traductor que traiciona y se desdice. Subrayaremos que “Sigüenza y Góngora’s narrative domain was America, a subject over which he claimed considerable authority. Sigüenza could be rather testy about what Europeans thought of his homeland” (Bost, 179). La auto-defensa de su autoridad como *letrado* es una de sus pocas constantes—además de su religiosidad jesuítica y vanidad criolla. Disfrutó de honores en su vida, supo enfrentar y defender su postura en los debates en lo que se vio envuelto. No podemos pedirle aquello que su mismo siglo le negó, la “conciencia mexicana”. Sus compromisos están bien delimitados.

El paralelo imposible entre los dos criollos, la monja y el clérigo, nos ilumina más como divergencia⁴⁴. Algo dijo Paz, uno deseaba entrar al claustro y la otra salir. Entre ambos representan las prerrogativas y los límites de acción del *letrado*, pero el impacto de cada uno tendría que medirse por distinto rasero. El genio de Sor Juana la dotó de un aura que la preservó mejor en la memoria literaria. ¿Qué nos hará recordar a Sigüenza y Góngora? Sus conceptos cosmológicos no perduraron, como historiador detalles nos hacen mirarlo con recelo y su poesía no tiene gracia específica. Lo repetiremos en varias ocasiones: nos interesa más como enigma. Para cierta escuela historiográfica los “hombres representativos” eran la cifra de la historia. Sinceramente, estamos lejos de postular a Sigüenza y Góngora como el personaje de su siglo— aún si aceptáramos la “representatividad” hay otros más atractivos. El XVII novohispano pudo ser un momento de quiebre por la complejidad de factores, hechos y actores sociales que interactuaron. Hubo relativa estabilidad económica, naciente apertura intelectual y recuperación

⁴⁴ Después de trescientos años no se ha determinado el carácter de la supuesta amistad entre ambos, que para historiadores como Iglesia (1944) es indudable. Se conocían y respetaban—llegan a dedicarse escritos. Uno de los episodios enigmáticos es el del soneto de Sor Juana en alabanza a Kino por su panfleto contra Sigüenza: “Aplauda la ciencia astronómica del padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, que escribió del cometa que el año de ochenta apareció, absolviéndole de ominoso”, que comienza “Aunque es clara del Cielo la luz pura...” y termina “Ícaros de discursos racionales/hasta que el tuyo, Eusebio soberano,/les dio luz a las Luces celestiales”. Puccini (1997) se inclina por entenderlo más bien como un poema ocasional cuyo fin era halagar a la virreina. Hay más preguntas: ¿pudo Sigüenza haber intervenido a favor de la jerónima cuando ésta fue perseguida por el arzobispo Aguiar?

demográfica junto a conservadoras autoridades. En la penosa integración de ortodoxia y novedad—o “leve heterodoxia”, diría Trabulse— Sigüenza y Góngora actúa: denigra al aborigen y al mestizo mientras afirma el sentimiento criollo que será el motor para derrocar los poderes virreinales. Y en ese proceso Sigüenza y Góngora es capital.

Bien sabido es que la mayoría de sus obras se han extraviado⁴⁵. Incluso Trabulse dedica un estudio (*Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*) a rastrear las vicisitudes de los manuscritos y reconstruye en la medida de lo posible, cronologías de escritura, contenidos de los mismos y deslinda los errores u omisiones en bibliografías anteriores. Tal vez Sigüenza y Góngora escribió menos de lo que se suponía, pero el valor de aquello que disponemos es imprescindible para comprender dinámicas intelectuales de la colonia⁴⁶. Su biblioteca, además, guardaba códices y documentos prehispánicos invaluable, base para investigaciones como las que realizarían Clavijero o Boturini. Qué ha pasado con estos escritos es proyecto para los bibliófilos, historiadores y eruditos. Pero la difusión de originales nos revela lo que en la Nueva España era excepción y no regla: la impresión de libros. Fuera de los sermones, novenas, estampas, rezos, doctrinas u ordenanzas, la producción *letrada* no llegaba a las grafías de molde. ¿Cuál era la naturaleza de la circulación de manuscritos durante el virreinato, qué nos revela de la constitución del estamento *letrado* y de posibles lazos de solidaridad y desplazamiento de

⁴⁵ Jacques Lafaye nos hace el recuento:

Lo que se ha salvado del Museo de Boturini (a manos del que llegaron varios códices y estudios de don Carlos de Sigüenza) ha venido a parar, mediante el maestro Aubin, a la Biblioteca Nacional de París. Otras obras están en la Bancroft Library (University of California), otras en la Newberry Library de Chicago (como parte de la Ayer Collection), etcétera; otras no van a aparecer jamás. (2001:15)

⁴⁶ Blanco, por otro lado, duda de la valía como obra literaria. No escatima en ironías:

de Sigüenza y Góngora desafortunadamente se conservaban sus encomios poéticos a san Francisco Xavier, que de haberse perdido, acaso serían reputados como obras maestras destruidas por la incuria de los liberales, para fatal pérdida del patrimonio poético del virreinato; no fue así; [sic] y el gran Sigüenza y Góngora es más admirado por lo que desapareció que por lo que sobrevive. [...] A veces el lector sospecha que si la gran cantidad de manuscritos que sólo conocemos por títulos, quizás míticos, compartían la calidad de los sobrevivientes, no hizo mal negocio el tiempo en dispersarlos y destruirlos: la Nueva España, con ellos, tendría aun peor fama poética. (1999: 107)

ideas? Todavía no lo sabemos, hacen falta más investigaciones específicas. El sabio criollo era una especie de “agencia de noticias” a la cual acudían viajeros como Gemelli Carreri o científicos internacionales. Tal como se ha repetido, Sigüenza y Góngora está en las obras de otros, así lo reconozcan o no. Archivista y organizador *letrado* es un inaugurador de discursos, es el referente conflictivo—hasta cierto punto involuntario—de nuestra noción de “mexicanidad” que a él mismo le sorprendería. Entre los mares de citas de citas, de comentarios forzados o fragmentaciones de sentido, el “sentimiento” sustentó al racionalismo criollo.

2.2 Cartas y remitentes

Durante la Colonia, la red epistolar es uno de los principales instrumentos por los que se establece la comunicación con la metrópolis ibérica⁴⁷ y que fue mejor manejado por los *letrados*, pues éstos y los colonos alfabetizados en general “procedían a contestar, a reclamar, a argumentar, haciendo de la carta el género literario más encumbrado, junto con las relaciones y crónicas” (Rama, 47)

Esta red epistolar, todavía según Rama es:

una compleja red de comunicaciones con un alto margen de redundancia y un constante uso de glosas [...] Todo el sistema es regido desde el polo externo (Madrid o Lisboa) donde son reunidas las plurales fuentes informativas, balanceados sus datos y resueltos en nuevas cartas y ordenanzas[.] (47)

Estos pliegos legales fueron escritos prácticamente sin tomar en cuenta la situación de América. Heredadas de la tradición jurídica visigótica y romana, las concepciones españolas chocaban con las condiciones materiales americanas. De todas formas, Castilla se adjudicaba la

⁴⁷ Antonio de Robles registra en su *Diario de sucesos notables* la llegada de los barcos con los partes recibidos de España, Perú, Guatemala, Santo Domingo como acontecimientos. La precariedad de este sistema no afectaba un cierto sentido de pertenencia imperial pues permitía contactos “transversales” entre colonias.

preeminencia en la organización semiótica del Nuevo Mundo. Pero las vías no estaban cerradas al tráfico de información. A la Corona le interesaba vivamente conocer sus posesiones ultramarinas y reclamaba informes que tendrían que ser sancionados. La figura del Cronista de Indias fue muy apreciada—necesaria— y sus palabras eran medidas con delicadeza política. Era la voz de un imperio. Sus fuentes ineludibles eran memoriales, relaciones y cartas. La ebullición y peligrosidad de cada uno de estos documentos era dominada por las expurgaciones y resistencias a su publicación: a Sahagún le confiscaron sus libros que formarían la *Historia general de las cosas de Nueva España*, las *Cartas de relación* fueron prohibidas. ¿A quién pertenece la historia del Nuevo Mundo? ¿A la Corona. “dueña” de reinos y provincias ultramarinas? La “escrituración” de los territorios conquistados es asunto delicado, de Estado. El vencedor de la gran Tenochtitlan lo sabía mejor que nadie. Los testigos proporcionarán los datos, las instancias reales los traducirán en leyes y “versiones oficiales” que tendrán que ser retraducidos en las posesiones ultramarinas⁴⁸. En este proceso tortuoso las palabras se alejan cada vez más de las cosas.

Esto, para nuestros fines, nos conduce a otra cuestión: la del género carta. Por supuesto, las más famosas son las escritas por Cortés al Emperador Carlos V, ya mencionadas. La carta tiene particularidades que valdría la pena teorizar más profundamente. Espacio textual de confluencia entre lo público y lo privado, discurso híbrido que puede incluir fragmentos autobiográficos, discusiones teológicas, chismes vulgares, peticiones formales a las autoridades. La vida íntima llevada al foro como prueba valentía, honestidad o como protección contra el escarnio. El matiz que caracteriza a la epístola es la ruptura constante del contrato de lectura

⁴⁸ Así lo expresa González Echevarría:

En resumen, la historia de América se escribe bajo la égida de la ley, del derecho, no sólo cuando aparece en los documentos como la carta-relación, que forman parte del trasiego documental del momento, sino también cuando estos documentos pasan por el tamiz de la historiografía renacentista, que también dependía en su organización de un concepto holístico de Estado (2002, 81)

entre un narrador y un narratario, pues lo que podría escribirse en para un receptor específico se traslada al espacio público y alcanza la pluralidad de lectores. Hay dos autoridades que determinarán su validez: el inmediato, digamos el monarca, y la posteridad.

Mabel Moraña enfatiza:

El proceso de selección fáctica y léxica, tanto como el manejo de estrategias retóricas y la construcción del destinatario (narratario) de estos textos “privados” pero lanzados hacia la esfera pública, produce una auto-imagen que al tiempo que devela aspectos del sujeto que la produce, escamotea ángulos y niveles[.] (1998:131)

De allí la importancia de revisar la retórica que elabora *cada carta*, pues arma todos los elementos a partir de las alusiones y referencias veladas, de lo que sabe y no se cuenta, del guiño peculiar en cada frase que a los receptores “de segunda mano”, los entrometidos, parece críptica. Pero el juego de mostrarse y esconderse comienza apenas: hay cartas que buscan la posibilidad de ser leídas más ampliamente y el Yo trata de incidir como agente político—de la *polis* incluso en su sentido más llano con fines específicos. Lo que ocurrió a Sor Juana es paradigmático: la respuesta a Vieyra, la llamada *Carta Athenagórica* sería un conato de polémica con el padre Antonio Núñez de Miranda, su confesor jesuita, según la crítica sorjuanina ha descubierto. Miranda cerró la posibilidad de discusión, pero al tener sólo la versión de Sor Juana la partida fue ganada por ella. Otro rasgo más de genio.

Exageramos, por supuesto. La mayoría eran epístolas—comerciales, por ejemplo—escritas bajo las condiciones y formulismos burocráticos y pocas variaciones originales podían tolerarse. Había otras estrictamente privadas, como las que estudia José Luis Martínez (*El mundo privado de los emigrantes en Indias*). Esto no invalida el punto al que señalamos si advertimos

cómo funciona la carta bajo la pluma de los *letrados* novohispanos⁴⁹, como herramienta de intervención.

Retomemos, pues, el texto analizado. Antes de continuar, transcribiremos la estructura de la carta que Lara Lozano propone (1999:17):

- a) Introducción. En un párrafo preliminar, el escritor presenta un marco filosófico para contextualizar los temas que se tratan en la obra.
- b) Declaraciones del autor en cuanto al propósito de la obra y el punto de vista que adopta en ella.
- c) Apología formal del virrey Conde de Galve.
- d) Las fiestas por el matrimonio del rey Carlos III de España y transición a la sección siguiente. Las lluvias constantes, los destrozos que ocasionaron y las medidas que se tomaron para remediar la situación. Narración del motín de la ciudad de México.
- e) Sofocamiento de este motín.
- f) Narración del motín de Tlaxcala y la manera cómo las autoridades lo reprimieron.

Hemos eliminado la referencia a párrafos específicos ya que ella utiliza otra edición, la de Manuel Romero de Terreros publicada por la Universidad Nacional en 1972. Distribuimos los capítulos de esta tesis con otro orden que corresponde a las necesidades del análisis.

⁴⁹ Rama recuerda “la conciencia que tuvo la *ciudad letrada* de que se definía a sí misma por el manejo de esa lengua minoritaria [español culto] (a veces casi secreta) y que defenderla y acrisolarla era su misión primera, único recurso para mantener abierto el canal que la religaba a la metrópoli que respaldaba su poder. (48)

Vemos al comienzo de la epístola que elude la censura y las aprobaciones esperables en otro tipo de textos, como novelas o poemas al presentarse como una comunicación personal. Sigüenza y Góngora la coloca fuera de las instituciones que garantizarían su integridad, que restringen y otorgan veracidad al contenido del mismo. La única autoridad será él mismo. Su “licencia” estará en el manejo del discurso. El destinatario explícito es el Almirante don Andrés de Pez, acompañante en la expedición a Pensacola y posterior rival suyo⁵⁰. La razón de la escritura de esta carta es el “pago” de otra que Pez le envió desde Europa y su amistad antigua. Existe entonces un sentimiento de deuda que recorre la epístola, como reposición de una falta o incluso como confesión. Pareciera que Sigüenza y Góngora teme registrar la “mala nueva” aunque sea “pública y sabidísima” (95). Aquí precisamente opera el engarce entre lo colectivo y lo privado. La amistad personal maneja registros a los cuales entrará la Historia del viejo y nuevo continentes de maneras particulares, y bajo la forma de la carta, se reinsertará al público como cosa sabida⁵¹:

[h]ago aquí punto para advertir antes a los que acaso leyeren ésta lo que ya sabe vuestra merced porque, mediante nuestra amistad antigua me conoce bien (95)⁵²

Es otro margen que maneja el criollo. El “acaso leyeren” contrasta con el “vuestra merced”, y así se sospecha a quiénes está dirigida la carta, un sector alfabetizado por supuesto

⁵⁰ Transcribimos un fragmento de la Nota 2 de la edición de William G. Bryant, de la cual haremos referencia a lo largo de esta tesis:

El gaditano Andrés de Pez nació hacia 1653 y a los diez y seis años empezó a servir en la guarda de la carrera de Indias, ganándose merecida reputación de cosmógrafo, geógrafo y náutico. Castellano de San Juan de Ulúa, le fue encargada la expedición de 1693 para reconocer la Bahía de Pensacola en la Florida y la desembocadura del río Misisipí, en la cual le acompañó Sigüenza y Góngora. Cuando Sigüenza escribió esta carta, el almirante Pez se hallaba en Madrid, gestionando la ocupación y fortificación de Pensacola. (136)

⁵¹ Como epístola, ya lo insinuamos, guarda peculiaridades que no son casuales: “[i]nicia, no con un saludo al destinatario, sino con una pequeña introducción de tipo general y tampoco termina con una despedida.” (Lara Lozano, 44)

⁵² Todas las referencias pertenecen a la edición de Bryant. como dijimos. Por lo tanto sólo consignaremos el número de página.

europeo y Sigüenza será el cronista calificado⁵³. De ellos se esperaría la aprobación final, ya no de los representantes de la Iglesia y la Corona. No es que les dé la espalda sino que los desplaza. Él llegará a incorporarse (ponerse de cuerpo presente) en la narración: será el autor y la autoridad. El centro generador de la escritura será el mismo Sigüenza y Góngora, puesto como garantía del relato: “esté muy cierto [vuestra merced] de que o tengo razón del fundamento [de la nueva conocida por todos] con que se hizo [pública] o que me hallé presente [como testigo]” (95). Como veremos más adelante, ambas proposiciones son controvertibles. Sigüenza y Góngora argumenta en la carta como escritor *barroco* para defender su causa, que es la del virrey⁵⁴. Algo más: será también una relación de sus actividades. La subversión por la que lucha en el texto: la de colocarse así mismo por encima de las instancias del Poder, pues el Poder necesitaría del *letrado*.

2.3 El cristal con que se mire

El que mira un objeto, interpuesto entre él y los ojos un vidrio verde, de necesidad, por teñirse las especies que el objeto envía en el color del vidrio que está intermedio, lo verá verde. Los anteojos de que yo uso son muy diáfanos porque, viviendo apartadísimo de pretensiones y no faltándome nada, porque nada tengo (como dijo Abdolomino a Alejandro Magno), sería en mí muy culpable el

⁵³ Sobre la *Libra astronómica*, Cristina Fernández hace este señalamiento del que pueden extraerse algunas vislumbres para entender la *Carta al Almirante Pez*:

[S]e desnuda en este texto esa *ignorancia asimétrica* constitutiva de la relación entre discursos –científicos o de otra índole—generados en las metrópolis y las colonias, poniendo en evidencia cómo las marcas de una posición subalterna en el concierto de la expansión colonial aparecen también en el discurso de índole *científica*.(69)

La posición criolla de Sigüenza le permite en este caso una comprensión superior de lo ocurrido, la *ignorancia asimétrica* aquí le favorece.

⁵⁴ Marco Urdapilleta Muñoz ha publicado un interesante estudio (2001) sobre la dimensión autobiográfica que Fray Bartolomé de las Casas despliega en su *Historia de las Indias*. Hay varios puntos de contacto entre su trabajo y el nuestro. Urdapilleta, basado en Quintiliano, asienta que “[e]l grado de defendibilidad de una causa se mide por el contenido de la misma y su valoración ante el público o por el grado de simpatía que suscita ante los jueces” (89, nota 19). Sigüenza y Góngora atraerá la simpatía hacia “el acusado” conde de Galve por el rebajamiento moral de su antagonista colectivo, el pueblo.

que así no fueran; con que acertando el que no hay medios que me tiñan las especies de lo que cuidadosamente he visto y aquí diré, el que dará asenso a mis palabras por muy verídicas. (96)

Nos detenemos en este párrafo porque es aquí donde Sigüenza y Góngora construye su auto-imagen a partir de los anteojos: en el acto de colocárselos adquiere los atributos materiales que lo señalan como hombre de letras, asimismo se asigna un distintivo como marca social, utilería o ropaje equivalente al bastón de mando de los corregidores o al hábito monjil. Nótese el carácter teatral de ese gesto. Aquí comienza la representación que Sigüenza y Góngora nos hará ver. Se suma la noción de mirada como acto físico (captación de la luz por los ojos) y la mirada como acto intelectual.

La elaboración conceptual de lo captado tendería, como estrategia textual, a ocultar sus simpatías letradas, su perspectiva sesgada. Así lo afirma cuando resalta lo diáfano de sus quevedos. Según nos quiere hacer creer el erudito, nada se interpone entre los hechos acontecidos y la verdad que registrará, al contrario de las otras versiones que recogerá lateralmente en *Alboroto y motín*. La necesidad de resaltar su imparcialidad lo hace completar su argumentación con la cita culta “como dijo Abdolomino a Alejandro Magno”. Ciertamente, es un recurso común al letrado barroco, casi un *tic* de época, sin embargo esto no quiere decir que en este párrafo no pueda translucirse otra intención. La cita en Sigüenza y Góngora, tiene una dimensión política: demostrar el *saber criollo*⁵⁵ a sus interlocutores.

⁵⁵ Cristina Fernández (2004) refiriéndose al texto polémico *Libra astronómica y filosófica* en la que responde a Kino, detecta esta constante en la escritura de Sigüenza que permea incluso en una “simple carta”:

Si le agregamos a estos poemas [dos de Juan Caramel de Lobkowitz de 1663, “Presagios tristes de un cometa” y “Anuncios alegres del mismo cometa”, y uno de Quevedo] las más de trescientas autoridades convocadas por Sigüenza en la *Libra*, entenderemos por que la sola confección de este tratado era un intento de dar respuesta a la subestimación por el *saber criollo* que sentían y mostraban hombres como Kino. (71)

Veamos la complicada estructura retórica del párrafo⁵⁶. Por cierto, Sigüenza y Góngora no ofrece ninguna noción de “verdad histórica” como tal. Primero establece una metáfora reconocida ya como lugar común (o, retorciendo los términos lógicos, parte de esa “premisa mayor”: “El que mira un objeto, interpuesto entre él y los ojos un vidrio verde, de necesidad, por teñirse las especies que el objeto envía en el color del vidrio que está intermedio, lo verá verde”). Segundo, intercala, subordinando y yuxtaponiendo cláusulas, una variación de la metáfora previa (“los anteojos que yo uso son verdes”), un argumento *ad hominem* (“viviendo apartadísimo de pretensiones y no faltándome nada, porque nada tengo”), y una cita historiográfica (la ya señalada más arriba), para rematar con otro lugar común revestido de sentencia moral (“sería en mí muy culpable el que así no fueran”). En esta oración larga ¿cuál es el sujeto?: “Las especies”. Nuestra ignorancia en materia escolástica nos impide explicarlo de mejor manera pero señalaremos que “especies” y “hechos” no pertenecen a la misma categoría (lógica). Por lo tanto, sus premisas no se corresponden entre sí, ni se refieren al contenido que desarrollará en la carta.

La retórica barroca se muestra en este fragmento en pleno, como discurso hiperconsciente de sus recursos verbales. Disputas que terminarían por dividir al mundo iniciaron—acicateadas claro por programas políticos—por distintas interpretaciones del sentido de una palabra en los Santos Doctores de la Iglesia o la Biblia. El ritmo pausado, pesado, no solía ser mero ornato prescindible. Era una advertencia para el lector barroco, extrañamiento necesario para alertar los sentidos.

Nosotros, lectores modernos “que de nada nos pagamos y lo censuramos todo”, para manipular la frase de Sigüenza y Góngora, encontramos que nunca dice a las claras que su

⁵⁶ Nótese que en lo general estas estrategias son muy parecidas a las que Urdapilleta en el artículo citado detecta en Fray Bartolomé de las Casas.

relación es verídica y verificable, sino que da rodeos. Se promete, por no tener nada que “tiña las especies” a dar “asenso a [sus] palabras por muy verídicas”. El pliegue está en “con que acertando que no hay...” Esa concertación de parte del lector no existe⁵⁷. Sigüenza y Góngora ha impuesto su autoridad *letrada* por varios medios, el gesto y el manejo gongorista del lenguaje. Esta conexión ya ha sido anotada por otros, por ejemplo Beverly (1988). Y, si desautorizamos la supuesta no mediación de los hechos, todo el edificio pierde fuerza en sus cimientos: el rebuscamiento arquitectural y lingüístico trata de ocultar los intersticios de la duda. Aunque ponga su garantía moral como prenda—además ha sido ordenado religiosamente—su palabra está comprometida. Sigüenza y Góngora sí tiene algo que nos escamotea: el favor del virrey conde de Galve, nada menos. Así, *Alboroto y motín* no es un puro documento histórico, es casi un alegato jurídico, donde la capacidad de incidir a favor o en contra está en el manejo del discurso del *letrado*. González Echeverría nos aclara:

There is an incompatibility between notarial rhetoric and historiography that takes the form of a legalist dialogue: the historiography of the state is the authority to whom notarial rhetoric addresses itself, the overall archive where information about people and events will be classified and thus submitted to the constraints of power. Knowledge about individual lives and deeds becomes power in the archive or in the text of official historians. (1990: 61)

En la carta/crónica, Sigüenza y Góngora resaltará o atenuará aquello que considere necesario. Por ejemplo, insistirá en la “fidelidad española” de México en la celebración de las bodas de Mariana de Neoburgo con Carlos Segundo (95) y continuará con la defensa del conde de Galve contra “la voz común de cuantos habitan la Nueva España haber sido el tiempo de su gobierno

⁵⁷ Es un discurso cerrado que niega posibilidades de réplica: “[c]asi todas las preguntas [retóricas] las inicia con ¿Quién duda...?, de esta forma intenta obstaculizar las deducciones propias del lector.” (Lara Lozano, 48)

un remedio del que corría en el Siglo de Oro” (96). Pero sus estrategias, aparte de la rimbombancia en los títulos, se revelarán frágiles en una disección concienzuda. Más arriba asentó la certeza atribuible a la “cosa pública” y aquí de la “voz común”. ¿De dónde surge esa voz, quién sabe qué y como la emite? No se nos indica. Desde el inicio, se perfila la inclusión de la fuente colectiva anónima, un “nosotros”, y Sigüenza y Góngora será quien le permite converger, como un historiador que elige entre los archivos orales. Pero Sigüenza y Góngora conserva para sí la capacidad de decidir si incluirla o no en el relato del *letrado*.

2. 4 Las glorias del virrey

Sigüenza y Góngora elogia las acciones del virrey, como la derrota de los piratas de la laguna de Términos, es decir, presenta al conde de Galve como un valiente y celoso militar que resguarda patrimonio español. Valdría la pena comparar este retrato del virrey con el *Teatro de virtudes*, arco triunfal erigido por dirección de Sigüenza y Góngora para la llegada del virrey Conde de Paredes en 1680. En la crónica de las glorias, los enemigos son los piratas en las costas del Sur (Yucatán y Campeche, Colima y Sinaloa), en la frontera los indios “belicosos y siempre indómitos y cuyos movimientos irracionales jamás se siguen entre los que están pacíficos efectos buenos” (97). Pero sus actos llegan al prodigio: unos piratas cortan

las narices y orejas a un sacerdote. Pedía este detestable delito *venganza al cielo* y, *queriendo ser el instrumento* para conseguirla, este celoso príncipe mandó armar una fragata [...] y *a su sola vista*, desamparando los piratas aquellas costas, quedaron libres hasta ahora de tan ruina canalla (97) [Los subrayados son nuestros].

No sorprende la imagen del poder político como instrumento divino. Era una de los privilegios otorgados por el Patronato Regio, disculpa de la Conquista y legitimadora de la

sujeción española. Pero no deja de ser notable que retome la figura del “divino guerrero”, para llamarlo de alguna forma, reminiscencia de la Cruzadas. Recordemos que Bernal Díaz se mofaba de López de Gómara por el famoso episodio de la aparición del apóstol Santiago, en el capítulo XXXIV de su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.⁵⁸ En efecto, esta piadosa leyenda se reproduce en varios puntos de la Nueva España—como en la fundación de “Santiago” de Querétaro—, legado de la Reconquista española de los Reyes Católicos, de Santiago Matamoros a Santiago Mataindios. El cartógrafo Sigüenza y Góngora relata victorias en tres rumbos cardinales del virreinato—también contra los tarahumaras de Papogochic—, de batallas tendientes a mantener la estabilidad del reino como variante de la Re-conquista. Elaboremos: el virrey de Galve actualiza con sus acciones la Conquista de México, o así intenta postularlo Sigüenza y Góngora. La Conquista como despliegue militar continuado contra el infiel protestante o idólatra—la guerra contra el indio nunca termina⁵⁹. Velado nuevo Hernán Cortés—figura incómoda en el virreinato, temible para los indígenas y admirado por nuestro cronista—, el conde de Galve reconstituye San Juan de Ulúa en Veracruz:

Corrió desde que la cimentaron hasta este tiempo con sólo el nombre de de
fortaleza, siendo en realidad apariencia de ello; pero a pesar del mismo mar que
entre las olas le dio terreno y de los nortes que con su violencia contradecían las

⁵⁸ Citamos por la edición de Porrúa (2002:56)

Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, antes que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro [...] Y si fuera así como dice Gómara, harto malos cristianos fuéramos que enviándonos Nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la merced que nos hacía[.]

⁵⁹ La Conquista no termina con la caída del imperio de Moctezuma. Éste es uno de los mitos recurrentes, que será elaborado en México después de la Independencia: el escudo nacional es el signo del centralismo.

Las conquistas son poco duraderas. En Pánuco el sometimiento realizado por Cortés [1521]se termina con un levantamiento de indios. Volverá Sandoval para pacificar la tierra en 1523 y esa historia se repite. Ya se mencionó el caso de Colima. De igual manera, los chiapanecos sometidos por Luis Marín entre 1521 y 1524 se levantarán en 1527 y saldrá Mazariegos para una nueva Pacificación. Nuño de Guzmán dirige la conquista de Nueva Galicia entre 1529 y 1530. Los cazcanes se levantan en 1541 y tendrá que salir el virrey de Mendoza a pacificarlos. Es decir, que todavía al mediar el siglo una de las preocupaciones del virreinato será la de organizar “entradas de pacificación” para someter a los indios levantados. (Moreno Toscano, 1976:28-29)

obras, ya reducidas hoy como mejor se pudo, a lo regular servirá de aquí delante de defender aquella ciudad y, respectivamente, todo este reino; [...] sin otro epígrafe conservará sin duda el nombre de su excelencia por muchos siglos. Si de esta nueva fuerza se pasa al muelle, se reconocerá que el que antes por combatido del mar y brumado de años, amenazaba ruina, ya se las puede apostar al tiempo en las duraciones [...]. (98)

Galve es retratado como el restaurador y reconquistador—espejo del monarca español embarcado en guerras europeas—, presto en providencias. Por supuesto, todas son referencias sutiles y alambicadas pero seguramente legibles para el *letrado* de la época⁶⁰. Hay ejemplos de alegorías mucho más complejas, incluso en la misma obra de Sigüenza y Góngora, como en el mencionado *Teatro de virtudes políticas*. Sigüenza y Góngora traza los márgenes del reino en batalla, para luego desviar la mirada hacia la Metropolitana ciudad de México. El virrey, protector de la fe junto con el Arzobispo Aguiar y Seijas, construye también templos y sobre todo, la Catedral. Son dos bases del gobierno colonial: el fuerte y la catedral, junto con el convento y la universidad.⁶¹

Aún más, lanza o patrocina misiones de evangelización a Luisiana y a la Sierra Gorda, a Parral, Sonora, Sinaloa y Texas. La conquista espiritual tampoco termina; los indios chichimecos son

⁶⁰ En efecto, el imaginario colonial era

[u]na especie de cosmos mental sin salida, de asfixiante selva de símbolos y analogías: la cultura barroca es un libro combinatoria en el que ya todo está escrito: el misterioso y refulgente libro de Dios en el que viven—estupefactos—los hombres. (Blanco, 1996:21)

⁶¹ Paz (1987) explica:

el convento y la universidad también eran fortalezas: no defendían a la Nueva España de los piratas y de los nómadas sino del tiempo. La neoescolástica había hecho una plaza fuerte de cada celda y de cada aula. El enemigo era la historia, esto es, la forma que asumió el tiempo histórico en la Edad Moderna: la crítica (171)

absolutamente bárbaros y bestiales y tan imposibles por esto su sujeción que, *distando de esta corte menos de la treinta leguas* sus rancherías, no se les ha podido hasta ahora asentar la mano[.] (100) [Los subrayados son nuestros].

Refundar infatigablemente las *ciudades letrada e imaginaria* será parte del plan civilizatorio imperial. ¿Coinciden ambos proyectos? Uno afianza al otro. En esta relación de servicios del virrey la “escrituración” de sus actos les concede una presencia que los conserva de la gigantismo americano. La pequeña épica también reviste de un aura y al mismo tiempo, la “pacificación” de las fronteras otorga seguridad al *letrado* para continuar agachado en sus libros.

Pero Sigüenza y Góngora reconoce la precaria seguridad de la República de Españoles, amenazados por la “barbarie” que toca incluso los límites de la ciudad—emblema y suma de la cultura europea, orgullo del criollo—, “barbarie” que terminará por desbordar hacia la misma capital de México en 1692.

3. Ciudad de México: Teatro agosto

Ser inseparable compañera de la alegría la tristeza, de la felicidad el infortunio
y de la risa el llanto es verdad tan irrefragable que no sólo con voz entera
nos lo proponen uniformes la historias todas, sino que prácticamente
lo advertimos cada día en los sucesos humanos

Carlos de Sigüenza y Góngora. *Alboroto y motín*

3. 1 La tormenta

“El vulgo [...] sólo se paga de la novedad y la diversión”, dice Sigüenza y Góngora. La fiesta barroca materializa una complejidad de signos y significados, rituales que reaniman la cohesión social y la fidelidad a la corona y a la Iglesia Católica Romana. Esto se ha estudiado ya por otros, --la interpretación de Paz (1982) es magistral⁶². Baste mencionar que la celebración de las bodas de Carlos Segundo y Mariana de Neoburgo sirve en esta narración como preámbulo y contrapeso del motín. Coinciden ambos eventos en ser reuniones multitudinarias, en las que a pesar de la marcada jerarquía entre estamentos y razas que caracteriza al régimen colonial, la sociedad se congrega⁶³. En las españolas fiestas la escala no se rompe; el motín en cambio es mezcla desorganizada; ambos son derroches populares (“en galas propias, [...] en lo ingenioso de las ideas, en la hermosura y elevación de los triunfantes carros, en el *gasto* de la cera” 101, [Los subrayados son nuestros]), salidas de los medios cotidianos de la convivencia. En las primeras se refuerzan los símbolos del poder, ceremonias que imponen la renovación del pacto social con el

⁶² Entre quienes trabajaron activamente para organizar sus relaciones simbólicas están los Jesuitas, orden de la que nuestro sabio fue expulsado en su juventud, como ya dijimos.

Los jesuitas, grandes humanistas, destacaron en la tarea de elaborar los programas de las fiestas públicas, que se apoyaban en el sistema de representación ideológica más en boga desde mediados del siglo XVI: la emblemática (Mariscal 2001: 54)

⁶³ Dos amenas exploraciones en la vida cotidiana de la Nueva España pueden encontrarse en Fernando Benítez (1962) y Antonio Rubial García (2005). La primera corresponde a la visión del periodista y la segunda al historiador experimentado.

patriarca-rey, “ritos políticos”; en los discursos laudatorios toma la palabra el grupo *letrado*—clérigos, profesores universitarios— con bellos retruécanos. Como leeremos más adelante, la turba en el motín responde con sus propias voces para lanzar el *mentís* que desestabiliza el discurso de la *pax augusta*. La fiesta literalmente se aguó por las precipitaciones. Los rituales que señalan la renovación del pacto de vasallaje no llegaron a su culminación. Mantengamos esto en mente. En un siglo barroco, pródigo en señales y sentidos elevados a potencias exageradas todo debe leerse atendiendo los detalles.

El geógrafo Sigüenza y Góngora hace gala de sus conocimientos, retoma la construcción de su posición intelectual en su discurso. La descripción de las lluvias y de las condiciones topográficas es detallada, como si la ciudad estuviera apenas en el inicio de su asedio y tuviéramos que conocer las condiciones del terreno. Además, como Francisco Cervantes de Salazar en *Diálogos latinos* no deja pasar la oportunidad del canto la capital del virreinato. También es una manera de perpetuar el *orden* a través de la escritura (Rama, 24). Todavía no ocurre el suceso tremendo, son apenas los atisbos de lo por venir para armar el suspenso—el narrador consumado de *Infortunios de Alonso Ramírez* se asoma. En su recorrido, contrapone su erudición a la voz de un vulgo por el que ya había mostrado poca simpatía—*vid supra*:

Oyóse por este tiempo una voz entre las (no sé si las llame venerables o despreciables) del vulgo que atribuía a castigo de las pasadas fiestas, de la tempestad en el monte, el destrozo en los campos y la inundación de los arrabales [...] y, a la primera sílaba que de esta voz le llegó al oído (por lo que tenía de apariencia de religión), mandó este discreto y prudente príncipe [el virrey] cesasen las fiestas y se despejase la plaza, y así se hizo, tan atento como a todo esto ha estado siempre al gusto del pueblo y a la complacencia de todos (101-102)

Sin adherirse explícitamente a esta visión providencialista⁶⁴, Sigüenza y Góngora la acredita sobre todo porque le permite demostrar que el virrey mantiene vigilancia atenta “al gusto del pueblo”—nótese también su cercanía a la ortodoxia tras la crisis del poder colonial⁶⁵. Primero, Sigüenza y Góngora vacila—retóricamente, por supuesto—entre llamar “venerables o despreciables” a las voces del vulgo. Pero no queda claro a quiénes se refiere con “vulgo” y “pueblo”: ¿quiénes lo conforman? ¿son los religiosos (integrantes del *establishment*) o algunos que toman su punto de vista a partir del discurso religioso (la población laica evangelizada)? La solidaridad con el estamento le preocupa especialmente. Repetimos, la construcción del “ellos” y el “nosotros” de Sigüenza y Góngora está por definirse. El “nosotros” marcaría la cercanía ideológica, racial, económica con el cronista. Así como Sigüenza y Góngora reajusta sus posiciones durante la epístola—como lo hace también a lo largo de su obra—, sus “semejantes” también van cambiando de perfil. ¿Instinto de conservación necesario? Sobre todo inquietud. Los pactos sociales se renegocian durante y después de las crisis. En su informe tras el motín, Sigüenza y Góngora aconsejará despejar a la ciudad de quienes considera sus “otros”. Ése es el poder del *letrado*. Las filias y fobias personales repercuten, ya desde la colonia, en políticas públicas.

⁶⁴ De todos modos, Sigüenza podría rayar en la credulidad. Trabulse (1974) escribe:

En el *Fénix de occidente* los milagros son tan inverosímiles, las profecías tan absurdas y la acción del Demonio contra los creyentes tan ridícula, que nos preguntamos sinceramente si don Carlos podía tener la imaginación tan saturada de patrañas. Hecho curioso es que eruditos de la misma talla del nuestro hayan caído en este tipo de creencias. Parecería que en un siglo como éste era una virtud creer en lo mágico y milagroso por inverosímil que pareciera, lo que nos revela, sin duda, uno más de los encantos del barroco. (1974: 179)

⁶⁵ Antonio de Robles sí se admite esta visión, más acorde con la mentalidad de la época, aunque sorprendentemente más compasivo con los indios:

Las causas de este estrago se discurren ser nuestras culpas que quiso Dios castigar, tomando por instrumento el más débil y flaco, como es el de los miserables indios, desnudos, desprevénidos, como en otros tiempos lo ha hecho su Divina Majestad, como parece por historias divinas y humanas (1972, 258)

3.2 Días enmascarados

Las lluvias se salen de control como en un diluvio. Trece días de precipitaciones, días aciagos, provocan zozobra⁶⁶:

nadie entraba en la ciudad por no estar andables los caminos y las calzadas; faltó el carbón, la leña, la fruta, las hortalizas, las aves y cuanto se conduce de afuera todos los días, así para sustento de los vecinos, que somos muchos, como de los animales domésticos, que no son pocos; el pan no se sazónaba, por la mucho agua y consiguiente frío; la carne estaba flaca y desabridísima, por no tener los carneros y reses dónde pastar, y nada se hallaba, de cuanto he dicho, sino a excesivo precio. Lloviéronse todas las casas sin haber modo para remediar las goteras; cayéronse algunas por ser de adobes y no se veía en las calles y en las plazas sino lodo y agua. (103)

Destaquemos el tono de este párrafo: ¿no recuerda un poco las lamentaciones bíblicas tras la devastación de Jerusalén⁶⁷? Otro eco—como si pudiera ser sólo tal— se da con los anales tlatelolcas recopilados por Sahagún y sus informantes, aunque éstos cuentan un trauma mayor—

⁶⁶ Las inundaciones en la Ciudad de México, desde la época prehispánica hasta la fecha, son un problema irresuelto. Se registraron crecidas de los lagos en 1493 y 1499. Ya durante la colonia, la capital estuvo bajo el agua en 1533, 1580, 1604, 1607, 1627, 1629 y 1647, antes del motín de 1692. La más grave fue la de 1629, cuando incluso se pensó mover la administración virreinal a Puebla. Explica Rafael Carrillo:

Siendo el Valle de México una cuenca cerrada y ubicado México-Tenochtitlán en la parte más baja de la misma y a orillas de la laguna de Texcoco, cuando llovía más de lo normal los ríos que desaguaban en las diferentes lagunas de la cuenca inundaban la ciudad (1984: 119)

⁶⁷ A pesar de sus celebrados conocimientos avanzados, el clérigo era un firme creyente, como nos recuerda Elías Trabulse:

Sigüenza conocía con bastante exactitud los textos sagrados. La *Biblia* es una de sus fuentes principales y la cita indiscriminadamente y a menudo en casi todas sus obras, por diversas que éstas sean de tema o contenido. Jamás puso en duda el valor sagrado de los textos, y la inerrancia de los mismos. Gustaba de citar la *Biblia* como él mismo dice para “hermosear (mejor diré santificar) las humanas (letras) con las divinas” ya que éstas son como “flores de donde se saca suave olor”.

Sus citas son de dos tipos. En algunas ocasiones, cuando la gravedad del asunto así lo exigía, sólo acepta el sentido literal sin interpretación de ningún género. Pero cuando el numem del poeta le torturaba la imaginación, entonces alegorizaba los textos hasta extremos inconcebibles que hubieran hecho palidecer a los exegetas. (1974:117)

la destrucción de la civilización mexicana⁶⁸. Sigüenza y Góngora se remite parcialmente a estos modelos disponibles, pues ya a la Ciudad de México se le ha representado en otros textos anteriores y contemporáneos, como una “Nueva Jerusalén” o *Paraíso Occidental*, sustentada su preeminencia entre las metrópolis de América a partir de la aparición de la Virgen de Guadalupe, idea que el mismo erudito criollo ayudó a implantar⁶⁹ y, por otro lado, es casi seguro que como investigador en las antigüedades del México prehispánico, conociera si no los mismos anales, alguna versión del relato de la caída de Tenochtitlan—posiblemente a través de Alva Ixtlixóchitl⁷⁰. Hay algunos puntos oscuros, sin embargo. Los efectos de la inundación como evento natural podrían haber sido controlados por el virrey, si hemos de creer que tomó las medidas precautorias necesarias. Un evento sobrenatural, inesperado, habría cambiado drásticamente las condiciones. ¿Alguna falla—falta— trascendental que sea la razón de esto? Sólo se esboza en el párrafo que anteriormente citamos. Si tenemos que aventurarnos, lo haríamos al señalar que fue el gasto excesivo el que provocó la situación, pero Sigüenza y Góngora dudaría en proponerlo. Después de todo, el virrey y el pueblo cumplían con su deber de funcionarios, súbditos y subalternos. Más adelante en la carta leeremos que

⁶⁸ Así lo describe el “Autor anónimo de Tlatelolco”:

“[D]estechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros./Gusanos pululan por calles y plazas y en las paredes están salpicados los sesos./Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre [...] Hemos comido palos de colorín (eritrina), hemos masticado grama salitrosa, piedras de adobe, lagartijas, ratones de tierra en polvo, gusanos...” (Sahagún, 1999: 818-819)

⁶⁹ Las obras en las que toca el tema guadalupano son: *Primavera Indiana*, *Piedad Heroyca de don Fernando Cortés*, *Glorias de Querétaro*, *Fénix de Occidente*, *Anotaciones críticas a las obras de Bernal Díaz del Castillo y el P. Torquemada*.

⁷⁰ Pero incluso en sus momentos más “indigenistas”, Sigüenza hace una selección de lo que puede insertar en su discurso criollista, como en el Capítulo I del Libro primero de *Paraíso Occidental*, “Refiérese el modo con que en el tiempo de su gentilidad consagraban los mexicanos a sus vestales indígenas”.

No hay que engañarse: Sigüenza admira en extremos las simetrías, el paralelismo que permite compara el esplendoroso pasado prehispánico y su civilizada organización con ciertos aspectos de la vida cristiana pero no puede aceptarla como modelo, a lo sumo es una prefiguración inconclusa y en ocasiones sacrilega del mundo verdadero, ese edificio católico cuyas bases se empezaron a construir en América después de la Conquista. (Glantz, 2006:164)

habiendo sido por uno de *aquellos medios* a de que *Dios se vale para castigar a los impíos* y reducir al camino de la justicia a los que lleva extraviados la iniquidad, *yo no dudo que mis pecados y los de todos* motivaron a que, amenazándonos *como padre* con azote de agua, prosiguiese después *el castigo con hambre* por nuestra poca enmienda y, si ésta no es absoluta *después del fuego en que, en la fuerza del hambre, se transformó el agua*, ¡qué nos espera! (108)

[Los subrayados son nuestros]

En este párrafo operan varias (inter)textualidades que le proporcionan peso bajo una aparente redacción clara y trivial. Apoyados en Roberto González Echeverría (1990:9), diremos que “Intertextuality is not a quiet dialogue of texts [...] but a clash of texts, an imbalance among texts, some of which have a *molding and modeling* power over others.” Sigüenza y Góngora apelará a distintos modelos en la epístola. Aquí, por ejemplo, se aclara el origen de la falta que estarían pagando, aunque no su naturaleza: todos los habitantes de la ciudad como variante del tema Sodoma y Gomorra. Cuando “no duda de sus pecados” como motivo del castigo suena más como una concesión retórica, una falsa humildad corriente en fórmulas religiosas de la época, como la famosa “Yo la peor del mundo” con la que Sor Juana firma⁷¹. Retoma Sigüenza y Góngora asimismo la figura del *medio divino* –como dijimos era el propio virrey—, ya no representado por una persona sino por un fenómeno natural. La declaración es sorprendente. El Sigüenza y Góngora que saldrá con su telescopio a observar los eclipses en su calidad de científico, y que les niega la posibilidad de ser presagios funestos como creen los “tímidos”, acepta la agentividad casi milagrosa del meteoro. Si en su actitud empirista avanza hacia un paradigma nuevo de explicación del mundo, antes se repliega en una concepción medieval de la

⁷¹ Ver “Documentos en el libro de profesiones del Convento de San Jerónimo” en Sor Juana Inés de la Cruz 2004:875

naturaleza. Más aún: en una explicación primitiva y bíblica. Como en el caso que señalamos antes, hay una apelación a dos modelos literarios, la Sagrada Escritura por los episodios del diluvio universal y de las plagas de Egipto—v.g. agua, hambre y fuego—antes de la Pascua israelita y las plagas que azotaron la Nueva España y que pusieron en peligro su viabilidad, según Motolinía⁷². Esto nos lleva a pensar en otra alegoría en concordancia con la metáfora de la restauración y reconquista antes subrayada, la que se expresaría en la destrucción y refundación posterior de la ciudad, una vez purificada de sus elementos inicuos... que para Sigüenza y Góngora serán los indios y castas. Así, el enemigo del orden colonial ya no está fuera, en las fronteras entre reinos o las costas de la geografía novohispana, sino en el centro mismo de la urbe.

El tono apocalíptico no es extraño en la literatura y otras artes de la época. La misma iconografía de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac, y no pocos rasgos de sus leyendas tienen una referencia escatológica—ver Lafaye (1999). En el orden colonial-imperialista español el cambio es peligro. Desde antes, pero sobre todo en el siglo XVII el sentido de un final próximo casi se toca. Efectivamente, el derrumbe sucederá pero no bajo las expectativas sospechadas.

3. 3 Los murmullos

Nos encontramos, pues, con la ciudad que construida sobre el lecho del lago está en peligro de quedar de nuevo cubierta de agua por completo. Escribe el cronista en otra parte de *Alboroto y motín*:

¿[P]ara qué quiero cansarme refiriendo los parajes anegados uno por uno? Todo era agua desde Santa María hasta el convento de Belén y Salto del Agua por la

⁷² En su *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España o de los naturales de ella*, en el capítulo II titulado “Cómo esta tierra fue herida de diez plagas muy crueles que las de Egipto”. Ver *El lector novohispano*, 127-141.

excesivamente mucha que recibieron en la primera avenida del mes de junio y de que aún no estaban totalmente libres en las de ahora. (103)

Las autoridades se ponen en movimiento: el virrey toma provisiones para desalojar el agua en el lago de Texcoco rompiendo las albarradas de Guadalupe y San Lázaro, mientras el “santo arzobispo” Francisco Aguiar y Seijas⁷³ reparte limosnas de su renta, “entrándose en una canoa y llenando de ropa, de pan, de maíz” en los asentamientos afectados. Estas medidas paliativas no parecen convencer a todos:

El crecimiento con que se hallaba la laguna de Texcuco [sic], a veinte y dos de julio, dio motivo a los pusilánimes para que dijese en voces que se anegaba México. Siguiese a ellas un tropel de proposiciones y arbitrios para evitarlo, y aunque por lo que toca al todo de la ciudad parecía por entonces ninguno el riesgo[.] A todos ellos dio su excelencia gratos oídos [.] (103)

De nuevo aparecen las voces anónimas a las que el virrey atiende, calificadas como pusilánimes por contraste con las acciones de las autoridades: la voz fantasma frente al concreto poder político el cual consiente, bajo esta perspectiva, ser dirigido por el pueblo (todavía sin definir). Vayamos al siguiente punto importante: Sigüenza y Góngora se dibuja así mismo como acompañante del comisario Juan de Escalante y Mendoza, comisionados a examinar la situación de México y proponer soluciones. Sigüenza y Góngora ya habría advertido al conde de Galve de las condiciones de la Ciudad, que conocía y había descrito antes. Con la ironía de la

⁷³ Francisco Aguiar y Seijas, arzobispo que ocupó el cargo en 1682 hasta su muerte en 1698, notable por limosnero, intolerante y misógino es otro personaje complicado de la Colonia, enemigo de diversiones mundanas y sobre todo de la monja Sor Juana Inés de la Cruz. Paz en su magno ensayo (1988) abundó sobre esto, al igual que Puccini (1997). Complicada parece también la relación que Sigüenza y Góngora tenía con Aguiar del cual era de cierta forma empleado en el Hospital del Amor de Dios. Uno de los episodios más conocidos es el de los lentes quebrados (Robles Tomo 2, 1972;271).

Pero a pesar de esas extravagancias temperamentales, los dos tozudos personajes permanecieron amigos y estrechamente unidos en el trabajo. Por cierto que la veneración de don Carlos a su agresor fue aumentando hasta que, en su mente, el prelado casi adquirió aureola de santidad. (Leonard, 1974:286-287). Ver también Leonard, 1929:40-45.

que hace uso en otros textos, y lo caracteriza cuando se siente atacado en su integridad intelectual, acusa a Escalante de ignorancia y tal vez mala fe, pues este personaje en lugar de reducir un sumidero de aguas que aliviase la concentración de las mismas, encuentra una fuente. El episodio, aparentemente consignado por su carácter pintoresco para amenizar la narración, refuerza el estatus *letrado* superior que Sigüenza y Góngora se concede y argumenta a favor del conde de Galve, pues quiso el erudito “darles lugar [a estos hechos] en esta carta para que de ellos infiera vuestra merced [el almirante Pez] el empeño con que se ha aplicado nuestro virrey [que] quiso más exponerse a la nota de algo crédulo que a la de muy omiso” (105). Casi es flaco favor. El recuento de Sigüenza y Góngora machaca constante la preocupación y el compromiso del virrey, para esbozar así una *respuesta* —entre otras que daría el erudito a semejanza de Sor Juana⁷⁴—, *versus* los rumores previos contra los que reacciona. Para Sigüenza y Góngora son poco menos que chismes, aunque llama la atención que el *letrado* de la corte se muestre tan empeñoso en desdecirlos, si es que carecen de sustento. ¿Por qué incluirse dentro de la narración en su carácter de científico e ingeniero, más allá de ser verosímil ya que el testigo que cuenta en la carta? Porque *Alboroto y motín* es también su autodefensa intelectual. Hasta cierto punto, por haber sido el ingeniero que limpia los canales, comparte el fracaso de la ciencia universitaria y palaciega de su época. Fue vencido por el inescrutable designio divino. Describe pero reconoce ciertas limitaciones. De esta forma puede mantener su estatus y transferir la culpa a los impíos vecinos de la ciudad de México.

⁷⁴ Ver la “Respuesta a Sor Filotea”, la “Carta de Serafina de Cristo” y la “Carta al Padre Núñez o carta de Monterrey”. Jean Michel Wissmer en su extraordinario *Las sombras de lo fingido: sacrificio y simulacro en Sor Juana Inés de la Cruz* estudia las cartas a través de la “estética del sacrificio”.

3. 4 “Con espanto común”

Cesó la lluvia y los campos de cultivo quedaron con gran humedad. Es hasta este momento de la narración en la que observaremos a esos habitantes de Nueva España actuar, como labradores en espera de su cosecha o asustados testigos del eclipse que puede mirarse en el cielo temporalmente despejado.

Como no se esperaba tanto como esto, al mismo instante que faltó la luz, cayéndose las a ves que iban volando, aullando los perros, gritando las mujeres y los muchachos, desamparando las indias sus puestos en que vendían en la plaza fruta, verdura y otras menudencias por entrarse a toda carrera en la Catedral; tocándose a rogativa al mismo instante, no sólo en ella sino en las más iglesias de la ciudad, se causó de todo tan repentina *confusión* y *alboroto* que causaba grima (108) [Los subrayados son nuestros]

El impugnador del jesuita Eusebio Kino⁷⁵, por contraste, se hallaba:

en extremo alegre y dándole a Dios gracias repetidas por haberme concedido ver lo que sucede en un determinado lugar tan de tarde en tarde y de que hay en los libros tan pocas observaciones, que *estuve con mi cuadrante y antejo de larga vista* contemplando al sol (108). [Los subrayados son nuestros]

⁷⁵ La polémica con Kino es tal vez la más famosa, aunque por cierto no la única, del criollo erudito. Carecemos de la preparación científica para ahondar en sus alcances científicos pero podemos resumir el episodio de la siguiente manera: Sigüenza y Góngora publica el *Manifiesto Philosophico Contra los Cometas Despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, (1681, según Beristáin) dedicado a la virreina, donde despoja a los cometas de su tradicional y aristotélica carga como signos funestos. Sigüenza había hecho observaciones del cometa aparecido el 15 de noviembre de 1680. Kino se encontró con Sigüenza a Góngora en la capital. El jesuita, que ya era reconocido como astrónomo en Europa, publica como respuesta la *Exposición Astronómica de el Cometa (1681)*, dedicada al virrey y donde ningunea al sabio criollo restituyendo las ideas supersticiosas. Sigüenza responde, aunque no publica su *Libra astronómica y filosófica* hasta 1691 por diligencias de su amigo Sebastián de Guzmán y Córdova. Se cree que teme hacerlo por no malquistarse con la Compañía de Jesús, ya que no escatima escarnios contra Kino, incluso reprochándole sus habilidades matemáticas, su probidad y honestidad, puesto que no le devolvió los documentos que Sigüenza le había prestado generosamente.

El vulgo se atemoriza, pide a Dios protección, no puede ver en la horrorosa oscuridad, se alborota y confunde; Sigüenza y Góngora se alegra; da gracias a Dios, contempla al sol e ilumina su entendimiento del eclipse. Son, pues, reacciones opuestas. Una vez más, el erudito se coloca en ventaja. Transcribe sus observaciones haciendo alarde de sus saberes y refuerza la imagen/gesto del antejo. No es casual encontrar esta recurrencia: ya Sigüenza y Góngora se ha puesto en el texto como historiador, cosmógrafo, ingeniero y aquí astrónomo, pronto será botánico y agrónomo⁷⁶ –“yo, que en el rollo de los labradores tenía también mi piedra, aunque no muy grande[.]” (109). Cae el chahuixtle; analiza en las milpas y cultivos de trigo la falta de grano y encuentra los animalillos causantes de la plaga que los azotará. Si puede aparecer disminuido en cierto párrafo en específico de la carta, la efigie que postula de sí mismo en toda su relación es, por supuesto, altamente favorable. Intérprete privilegiado, Sigüenza y Góngora se traslada por la ciudad (“*callejeador*” del siglo XVII), alterna el uso de anteojos de corta y larga vista y su microscopio: alardea de su erudición enciclopédica mientras el populacho voluble se apresta al motín. Es que no tienen sus libros ni sus “lentes”. Incluso en el conocimiento del “rollo de los labradores” traduce que la plaga que afecta al maíz “es lo que allá los labradores españoles llaman pulgón lo que, según el vocabulario mexicano, le corresponde a esta voz, bien puede discurrir vuestra merced [almirante Pez] lo que será chiahuixtle” (109). No pierde oportunidad de mostrarse ante sus posibles lectores europeos⁷⁷.

⁷⁶ Fernández (2004) nos señala esta tensión entre conocimiento científico/escritura barroca y sus efectos perlocutivos:

[P]uede decirse que las ideas científicas de Sigüenza no sólo conviven *con* sino que se realizan *en* el ejercicio escriturario del tratado barroco; es decir, que gracias a las formas demostrativas del lenguaje y a la retórica argumentativa se genera el discurso del conocimiento *científico*. (64)

⁷⁷ Rama explica que este mecanismo hace del letrado un traductor, obligándolo a apelar a un metalenguaje para reconvertir el término de un código a otro, entendiendo que están colocados en un orden jerárquico de tal modo que uno es superior y el otro inferior (49). Moraña podría ayudarnos a interpretar algo más sobre el uso letrado del náhuatl, pues al apropiárselo podría estar desactivándolo políticamente, es decir, apropiarlo como integrante de su discurso y validándolo en la medida en que forma parte del saber criollo:

Otra anotación sorprendente:

Y sobreviniendo a este mal aparato en que los sembrados se hallaban al eclipsarse el sol, se siguió el que así, por razón de resfriarse la tierra por esta causa, mucho más sin comparación de lo que ya estaba, como por suceder aquél en el signo de Virgo donde está la Espiga (razón según Messahalac para que se pierdan los trigos), llegase a la fatalidad del año a su complemento. (109)

Recurre a la astrología para explicar la desgracia, cuando en 1680, al defender su *saber criollo* se reía de ella y de sus seguidores. Su habilidad se presta a la escritura de almanaques a los que desprecia, lunarios que lo recompensan monetariamente pero lo rebajan como hombre de ciencia “puro”. Importa aquí que la familiaridad con la retórica astronómica forense forme parte de sus saberes híbridos. Éste es uno de los ejemplos patentes de su constante movilidad en las parcelas del saber en la *ciudad letrada*. Nada le era ajeno.

Estamos, pues, a finales de 1691. La situación amenaza volverse insostenible y las medidas tomadas por el virrey, como veremos, serán inadecuadas. Sigüenza y Góngora allega a su arsenal retórico incluso aquello que desautoriza en otro lado, con tal de justificar las vacilaciones—lo sabemos nosotros ahora—del conde de Galve. Tenemos puesto el escenario para la tragedia, la ciudad de México será el teatro agosto: inundaciones, eclipses, plagas, hambre. El cronista recurre a causas remotas, incluso teológicas. Pero en la *ciudad real* acontecen otras cosas. Como siempre, el detonador será económico.

Como lengua culta alternativa o contracultural, el náhuatl contiene también su propia capacidad de marginar, relegar, dominar al Otro, desde la subalternidad. O sea es una norma potencialmente subversiva, que requiere la mediación criolla para su posible inserción dentro de los sistemas del poder. (1998:27)

4. Alboroto en la *ciudad letrada*

Clamaron los pobres, y aun también los ricos,
con novedad tan perniciosa para el común[.]

Carlos de Sigüenza y Góngora. *Alboroto y motín*

4. 1 El desastre

Sigüenza y Góngora cuenta que el virrey, “pareciéndole digna de conmiseración y de lástima la voz del pueblo” (110) ordenó investigar las causas del aumento exorbitante del precio del trigo y el “achicamiento” del pan. Dio razón del costo a los labradores por las magras cosechas y “le pareció por entonces a su excelencia convenía en el valor que le daban al trigo disimular un poco”. (110) Para tal efecto, manda pedir grano de los valles de Atlixco, San Salvador y Huamantla, Puebla, pero no se logró el cometido, ya que las cantidades, aunadas a las pocas que los campesinos podían vender sin quedarse sin semilla, no satisficieron la demanda y los precios no bajaron. Entonces “se acomodaron los pobres y plebeyos a comer tortillas [...], y a los criados de escalera debajo de casi todas las casas de México se les racionaba con ellas. Con esto llegó el maíz a tener valor”. (110) Con nuevos gastos el virrey solicita igualmente remitir maíz a la capital de los alrededores. Siempre ejemplar en acciones y prudencia, según su cortesano, el virrey acude a Dios a través de la “comunidades eclesiásticas, así seculares como religiosas [que] se hallan en México, a cuyos superiores les pidió oraciones y rogativas *secretas por no contristar a la ciudad con clamores públicos*” (111). [Los subrayados nos corresponden]

En esta narrativa, por su parte, como ya se ha afirmado, el pueblo es digno de conmiseración, paternalmente se le alimenta y se le omite información que puede no

comprender. Está retratado como una masa infantilizada, sin raciocinio⁷⁸, es voluble, malagradecido

A pesar de las peticiones a otras partes (Chalco, Toluca, Ixtlahuaca y Metepec) a ojos vistas las provisiones no alcanzarán para paliar el hambre; incluso, con gran costo y lentitud se pidió maíz a Celaya. Con una nevada repentina murieron muchos animales de carga, y faltaron recuas y carne. Para resumir, la carestía se sintió en la ciudad, algunos pueblos de la comarca y otras provincias; pero durante el mes de mayo, tras una “gran junta” con todas las cabezas del gobierno—Real Audiencia, contadores mayores, cabildos, superiores de las órdenes religiosas, etc.—hubo aprovisionamientos suficientes. Luego comenzaron a faltar pues los pueblos productores quisieron conservar los abastecimientos⁷⁹.

Sigüenza y Góngora justifica en cada momento las decisiones del conde de Galve, quien atiende los problemas sintiendo “congojas que por esto le oprimían el corazón” (111). Quien tiene que ser calificado y juzgado es el pueblo:

Preguntárame vuestra merced cómo se portó la plebe en este tiempo y respondo brevemente que bien y mal; bien, *porque siendo plebe tan en extremo plebe, que sólo ella puede ser de la que se reputare la más infame*, y lo es de todas las plebes por componerse de indios, de negros, criollos y bozales *de diferentes naciones*, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros,

⁷⁸ Ésta será una de las coartadas “cristianas” que justifiquen al virreinato, pues “[o]tro aspecto de la fundamentación teórica del Estado, cuando menos tangencialmente, sería el concerniente a su relación con la beneficencia social y la obligación moral hacia los pobres” (Connaughton Hanley, 1983:289)

⁷⁹ Un tema interesante se insinúa aquí, el de las relaciones de autoridad y económicas entre reinos, comarcas y provincias con la capital. El marcado centralismo de los Austrias, que se llevará a extremos con los Borbones, no canceló la posibilidad de desarrollos productivos particulares en las distintas regiones de Nueva España. La presencia de cada etnia indígena influyó sin duda, pero luego fue modificándose la dinámica a merced de las leyes, el mercado interno y externo. Para un estudio muy completo sobre las relaciones económicas entre regiones, ver Miño Grijalva,

chulos y arrebatacapas) y *degenerando* de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla. (113) [Los subrayados son nuestros]

En esta larga cita Sigüenza y Góngora desnuda su lenguaje culterano y deja traslucir llanamente todos sus prejuicios raciales. Parece casi un catálogo, una descripción de irreconocibles especies animales, un bestiario. Ya no sólo son infantilizadas las castas, la mezcla racial las hace degenerar. Son una turba que presenta marcas fenotípicas pero nunca se les individualiza por un nombre, posición o cargo, al contrario de las figuras españolas o criollas que aparecen en el relato. Demuestra los límites de su lenguaje para aquello que está fuera de las categorías previstas. Carecen, pues, de nombre propio pero no de amagues de clasificación, como lo serían unos objetos susceptibles de estudio y observación⁸⁰. Resulta curioso que a pesar de haber mostrado distintas castas y haber recorrido el espectro estamental, el mismo Sigüenza y Góngora sólo pueda identificar como culpables a los indígenas en el alboroto, siendo que las diferencias no son absolutas⁸¹. Su mirada simplifica. Incluso los españoles al mezclarse en ese medio también se degeneran⁸². ¿Dónde está el orgullo proto-mexicano? La idea de superioridad de la América Hispánica bendecida como utopía y casa de la cristiandad cuando ésta abandona al viejo continente no parece compatible con esta descripción. El orgullo se desplaza de sus habitantes al territorio mismo: “[c]rió Dios estas tierras a lo que parece para que en ellas, y con

⁸⁰ Anota Chasteen:

For the most part, indigenous people presented themselves as Indians only when that brought them a specific advantage in interactions with the colonizers [...] Not only did the colonization of Latin American bring together racial groups, each of which was driven internally by ethnic diversity, but additional ethnic differences also emerged as a result of the process of colonization. (2003: xi)

⁸¹ La constante es que el pueblo es susceptible de ser castigado:

Por un lado, está la enorme masa amorfa de mexicanos, pululante, controlada hasta cierto punto y temida por sus exabruptos, cuando “degeneran de sus obligaciones”. Primero, se destacan los indios por ser los verdaderos “naturales”; los otros, agrupados en castas, son el producto de una impureza, la hibridación sexual. El control se ejerce, primordialmente, sobre el cuerpo azotado, arcabuceado, ahorcado, mutilado, y puesto como escarmiento a manera de espectáculo teatral; se exhiben la cabeza, las manos, los pies: son saldo inevitable de un motín o de un orden alterado. (Glantz, 2006:243)

⁸² Durante la Colonia, nos dice Pilar Gonzalbo Aizpuru, “[l]a 'calidad', factor decisivo en la clasificación social, se definió conjuntamente por el origen étnico, la posición socioeconómica o el prestigio familiar”. (2001: 415-430)

especialidad en alguna del distrito de la Puebla, se diese el trigo blanquillo en solos cuatro meses y con monstruosa abundancia” (114). El prodigio, puesto como de pasada, señala a la tierra como la misma gloriosa del criollo⁸³. La consigna oculta sería proteger la tierra de los naturales a favor de los europeizantes.

Las autoridades capitalinas trajeron la imagen de la virgen de los Remedios, uno de los símbolos de la preeminencia española frente al culto en competencia de la virgen de Guadalupe, culto de raigambre indígena secuestrada por el patriotismo criollo. La virgen de los Remedios, protectora tradicional hispánica, se aloja en el centro del virreinato, aunque “las aguas aún no faltaban [y] las enfermedades no pedían tanto remedio, siendo las de siempre[.]” (115). Las fuerzas divinas son protectoras de la *ciudad real*: para el imaginario barroco cada santo y advocación tiene su función en la relojería celeste. La necesidad del orden se invoca también a través de sus representantes sagrados.

Como puede verse—aunque no transcribimos todos los detalles de la narración—son paliativos y no medidas capaces de resolver estructuralmente el problema. El descontento existe y las sospechas de corrupción en ese tráfico de provisiones desde Celaya comienzan a escucharse: “sin más fundamento que esta voz comenzó a presumir el vulgo el que, más por su utilidad que por el de la *república* trataba de ello” (115). [Los subrayados son nuestros]. Por supuesto, se refiere a la República de españoles y no a la de indios. Lo curioso es que esta división geo-biopolítica hacía tiempo que había dejado de funcionar, precisamente por el mestizaje entre europeos, americanos, africanos y asiáticos. La misma dinámica de la colonia

⁸³ Anota Blanco que

[...] la antigua fama de diabolismo y barbarie de los indios, útil para prestigiar la conquista, se volvió estorbosa para prestigiar a los criollos; su tierra quedaba apestanda por el infernal inquilino anterior, a quien se suponía todavía no desplazado del todo, de manera que mientras quedara algo de barbarie y diabolismo en la Nueva España quedaban también razones para seguirla conquistando; esto es, para que los españoles la siguieran rigiendo como tierra de conquista, y no como reino criollo. (1991: 101)

propició la mezcla en la mayoría de las veces a pesar de las reservas y prohibiciones de la Corona. Pero esto no es lo que Sigüenza y Góngora desea enfatizar sino la ingratitud de las castas frente a los españoles y el régimen que han impuesto. A pesar de las disposiciones paternalistas, la plebe no se adhiere ni acata dócil a la autoridad. En un nivel discursivo, en este punto de la carta, la ruptura con la plebe es manifiesta⁸⁴. Sin embargo, al examinar con cuidado las causas del próximo alboroto nos encontramos que desde esta perspectiva resultan demasiado vagas pues nos queda la pregunta por lo que ese pueblo emisor de quejas en realidad padece. La perspectiva de este narrador, a pesar de los roles en los que se muestra actuando siempre se mantiene en los límites del discurso legitimador junto al Virrey.

Es decir, Sigüenza y Góngora elimina hasta aquí en *Alboroto y motín* deliberadamente la Historia—con mayúscula—de tensiones sociales, raciales y por supuesto económicas de la Nueva España. La naturaleza del texto que está escribiendo—una carta “personal”—, y la complicidad con almirante Pez —además de otros destinatarios posibles—le permiten borrar de su historia las civilizaciones que fueron vencidas en la Conquista para mostrarnos una caricatura⁸⁵. Sigüenza y Góngora, admirador de las antigüedades de indias, autor de tratados en los que reconstruye minuciosamente sus logros y genealogías, escamotea su presencia en este

⁸⁴ Sigüenza y Góngora no puede ver que en la realidad circundante la unidad es *de facto* problemática, pues: en el curso de los siglos XVI y XVII la sociedad colonial americana se demostraba propensa a rechazar una organización únicamente racial y estática del cuerpo social a favor de una organización más funcional. Los grupos que caminaban a contracorriente de estas tendencias eran los peninsulares con sus privilegios especiales, por un lado, y las comunidades indígenas, en la medida en que preservaban su autonomía y autosuficiencia, por otro. (Connaughton Hanley, 1983: 306)

⁸⁵ Un estudio pendiente es el que pueda establecer las conexiones entre *Alboroto y motín* con otros textos como Bost (1996) sugiere: It is useful to view *Alboroto y motín* in light of such texts as *Glorias de Querétaro* or *Parayso Occidental*, works that show some admiration for the cultural monuments of the Aztec civilization. (180). Además: This would not be the last time that Sigüenza y Góngora would write about Indian uprisings. In 1963 he published *Mercurio Volante con la noticia de la recuperación de las provincias del Nuevo México*, a short pamphlet on the successful suppression of an Indian rebellion in the New Mexican territory far to the north. (182)

texto y sólo incluye a los descendientes como bárbaros⁸⁶. Concedemos que el letrado criollo no es cándido y que la carta como género es distinta a una “historia verdadera”. Ya hemos señalado que en *Alboroto y motín* las nociones de verdad son frágiles y que el criterio de autoridad sostenido en la figura misma de Sigüenza y Góngora le daría su autenticidad. De ahí la insistencia—o angustia—por postularse en el texto. Esta carta no es una reconstrucción fidedigna de hechos sino un apologético en defensa del virrey y para ello recurre a modelos textuales y pasajes de la cultura letrada para crear un “efecto de realidad”, y no al análisis profundo de lo que en estos días llamaríamos “condiciones objetivas”⁸⁷. La virtud, la piedad y el orden están del lado del virrey—y de su vocero Sigüenza y Góngora⁸⁸. Ya veremos quiénes son los opuestos.

4.2 Impaciencias y malicias

Un predicador de la Catedral, curioso e impertinente, da crédito a los rumores secretos desde el púlpito, lo que les otorga legitimidad y desoye el pedido del virrey, presente en el auditorio, “y desde entonces, teniendo por evidencias sus antecedentes malicias, se hablaba ya con desvergüenza aun en parte públicas” (115). Estamos en el segundo día de Pascua de Resurrección. La turbación crece y el sabio criollo apunta:

⁸⁶ Los poetas en Nueva España, con honrosas excepciones como Sor Juana en sus tocotines, utilizan lo exótico de la novedad americana, generalmente como espacio bucólico existente sólo en el poema, a partir de los modelos europeos en boga: Bernardo de Balbuena con *Grandeza mexicana* es el ejemplo recurrente.

⁸⁷ Lara Lozano piensa, que “don Carlos no va directamente al tema que se indica en el título de la obra, sino que se pierde en laberintos y pliegues de explicaciones hasta llegar al motín” (41) y que en ciertos pasajes “don Carlos es francamente aburrido”(43). No podemos estar de acuerdo con la primera proposición, ya que es precisamente en esos pliegues y laberintos donde está la densidad de la carta y las claves de su construcción.

⁸⁸ Alfonso Reyes (1955) se muestra menos incisivo con Sigüenza y Góngora:

Se asegura que su entusiasmo se enfría un poco a partir del tumulto de los indios[.] Además, fácil es que, en efecto, este hombre de museo e “intelectual” de solemnidad, haya tenido una visión más clara de las cosas históricas que no de las actualidades políticas (351)

[l]os que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta que Dios crió [sic], la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones, y las consigue. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que vi y de lo que oí la noche del día ocho de junio (115)

El racional(ista) se protege de escribir desde el sentimiento, aunque sus epítetos son elocuentes. Son los mismos indios, o mejor, las indias que alimentan a buena parte de la población porque solo ellas sabían hacer tortillas, y por lo tanto “nunca experimentaron mejor año que el presente éstos de México, y la prueba es clara” (116). Sigüenza entra en su narrativa otra vez, y a partir de su experiencia con una india quien compra las tortillas explica que obtienen tan buenas ganancias que podían comprar mucho maíz y guardarlo, o bien las mujeres darían más gasto a los hombres para emborracharse en las pulquerías. Según él,

[a]cudían a ellas como siempre no sólo los indios sino la más despreciable de nuestra infame plebe y, oyéndoles a aquéllos, se determinaba a espantar (como dicen en su lengua) a los españoles, a quemar el Palacio Real y matar, si pudiesen al señor virrey y al corregidor; como en esto no les faltaría a los demás, que asistían a aquellas pláticas y que no eran indios, mucho que robar en aquel conflicto; presumo que se lo aplaudieron (por lo que vimos después) (116)

La fuerza laboral de los indígenas fue base indiscutible de la riqueza colonial, pero sólo en estados de excepción como éste podría permitírseles un grado de control pues el pago se hacía directamente en moneda con la opción de acumular. Los presupuestos económicos del virreinato así se desquiciarían: ¿habría necesidad de mostrar vasallaje cuando la dependencia de los

españoles era más obvia que nunca? Nótese además los paralelos en la narrativa que está proponiendo: mientras que los poderosos se reúnen en palacio, la plebe, mezcla de castas, lo hace en pulquerías para conspirar. Los elementos del régimen virreinal han roto el acuerdo—la Iglesia no se adhiere al discurso del virrey sino que lo cuestiona—mientras que los estamentos establecen entre ellos y sin mediación un pacto entre subalternos. Sin embargo, no hay dirigentes visibles, se emplaza a la acción pero ésta no inicia. En todo caso, la figura del virrey está debilitada y con ella la capacidad coercitiva de la dominación novohispana, de la que es símbolo. Pero más allá del cuadro que nos pinta el historiador criollo sabemos que es versión falsa (Cope, 1997). No hubo ese acaparamiento por los indios, antes bien, la falta de grano fue real. Es la ficción de Don Carlos la que se despliega en la carta.

Sigüenza y Góngora es consistente en la construcción del texto, aunque utiliza estrategias diversas. Funge también como recopilador de rumores que pudieran apoyar sus explicaciones—aunque tampoco son dignas de crédito sin reservas, y el mismo Sigüenza y Góngora lo sabía. Aunque él no estuvo presente en los conciliábulos, retoma la noticia de un ajusticiado que “con nombre de Ratón conocieron todos” (116). La veracidad de la conspiración está más bien garantizada por el desenterramiento en el puente de Alvarado del que sí fue testigo presencial, en el que hallaron

muchísimos cantarillos y ollitas que olían a pulque, y mayor número e muñecos o figurillas de barro y de españoles y todas atravesadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro o con señales de sangre en los cuellos, como degollados (117)

Sigüenza y Góngora los lleva frente al arzobispo y al virrey, les asegura que es la

prueba real de lo que en extremo nos aborrecen los indios y muestra de lo que desean con ansia a los españoles porque, como en aquel lugar fue desbaratado el marqués del Valle, cuando en *la noche del día de julio del año de mil quinientos veinte se salió de México* y, según consta de sus historias, se lo dedicaron a su mayor dios (que es el de las guerras) como ominoso para nosotros y para ellos feliz, no habiéndoseles olvidado aún en estos tiempos sus supersticiones antiguas, arrojan allí en su retrato a quien aborrecen para que, como pereció en aquella acequia y en aquel tiempo tanto español, le suceda también a los que allí maldicen (117) [Los subrayados son nuestros]

Otro paralelo: venida de la virgen de los Remedios, descubrimiento de los dioses prehispánicos. Ahora, arqueólogo y antropólogo, hermeneuta de las antigüedades indígenas, reclama el espacio incontrovertible del mediador entre la barbarie americana y el proyecto *letrado*. Elabora, mas no prueba: lo que ofrece no es tal porque son interpretaciones. Escamotea, al contrario de otros pasajes, una recuperación de fuentes específicas. Capacitado para leer los cielos y la geografía, la historia es otro de sus dominios, nadie tiene competencia mayor: “esto discurrí que significaban aquellos trastes, por lo que he leído de sus historias y por lo que ellos mismos me han dicho de ellas cuando los he agregado.”

En su elaboración del pasado trastoca puntos conflictivos para ajustar las debilidades de su exégesis. La Conquista vuelve a postularse como el trauma originario, ahora convertido en angustia española. Sigüenza esboza una historiografía peculiar, pues intentaría reconstruir a través de eventos casi mitificados como “la Noche Triste” la *otra* historia en que los indígenas asumieron una defensa activa y cuando hubo la posibilidad de trastocar el régimen colonial.

Escribimos “casi “ mitificados porque durante el mismo virreinato de Nueva España las revueltas eran frecuentes. No es todo: reaparecen los dioses aztecas en el discurso. Con algún esfuerzo detectamos que además del desasosiego de los indios otras fuerzas, seguramente “diabólicas” para la mentalidad de la época, estarían actuando. Sigüenza y Góngora desentierra el pasado para percatarse de su presencia cotidiana. Sus lecturas son la otra lente que le permite lanzar hipótesis sobre el presente y sus significados ocultos, invisibles para los demás⁸⁹. Se ufana en mostrarse instruyendo a los dos “principes” de la Nueva España. El *letrado* logrará lo que ni la el brazo eclesiástico ni el secular: el mantenimiento del proyecto *escriturario*.

El vecino hispánico recuerda la Noche Triste, ocurrida en junio de 1520. No podemos saber si la de 1692 es una repetición de aquella o si la original prefigura la que Sigüenza y Góngora presenciaron.

4.3 Simulacro político

Aún ahora tomar la plaza es un acto de combate. En la polis *politizada* el espacio público sigue en disputa. Tras la máscara democrática persiste la incapacidad del *letrado* para advertir lo que no puede domesticar. Escribe Paz: “la revuelta es la violencia del pueblo; la rebelión, la sublevación solitaria o minoritaria; ambas son espontáneas y ciegas.” (1990:149) ¿Quiere decir ceguera como irracionalidad? Entonces serían incomprensibles los reclamos del pueblo.

Si carecemos de coartadas que nos califiquen para hablar por el pueblo hoy—la clásica pregunta de Spivak—, ¿cómo dar cuenta de aquello que nos rebasa por la distancia temporal, y por limitaciones cognoscitivas evidentes, el motín del 8 de junio de 1692? Para Sigüenza y

⁸⁹ Fernández apoya la noción: “ para Sigüenza la lectura era equiparable a una forma de conocimiento y, en consecuencia, de dominación, *territorial* (69)

Góngora esa pregunta ni siquiera valía ser formulada. La frase “Estos son los indios” revela la confianza en su postura y en el lenguaje a su disposición. Construir retóricamente al indio equivalía a reflejarlo. En nuestro caso, mestizaje, hibridez, heterogeneidad, transculturación y *ciudad letrada* son conceptos propuestos para explicar la dinámica virreinal. Mientras tengamos en mente que son instrumentos teóricos evitaremos caer en las trampas del discurso⁹⁰:

La habilidad para hacer uso de los discursos metropolitanos se convirtió así en una especie de prueba que permitía definir las posibilidades de comprensión y participación de los grupos sociales periféricos en los universales del Imperio. Pero aún más: bajo el régimen inquisitorial los modelos metropolitanos protegían al discurso colonial de toda sospecha de heterodoxia, permitiendo que la literatura del “Nuevo Mundo” se amparara en el “principio de autoridad”. Imitar modelos consagrados significaba así aceptar una transferencia de prestigio y colocarse a salvo de la censura. (Moraña, 1998: 30)

Sigüenza y Góngora apela a esos modelos de la literatura para darle sentido a aquello que elude sus capacidades. Racionaliza para explicarse los eventos entre los marcos de la ortodoxia, no para entenderlos como irrupciones sociales: en la carta al *Almirante Pez* relatar equivale a recolonizar la ciudad. Douglas Cope, en *The limits of Racial Domination*, tras analizar actas de los juicios y declaraciones de testigos y amotinados de varios estamentos nos ofrece el contrapunto de la crónica del cosmógrafo: “The following analysis of the tumulto—its causes, development, and aftermath—provides for the first time both plebeian and elite perspectives.” (1994: 125). Sus conclusiones van en sentido contrario a los de la epístola. Desmentir el texto de

⁹⁰ Pues, como asienta Mignolo (1993), visión que compartimos: “In my view, theories are not instruments for understanding something that lies outside of the theory; rather, theories are instruments for constructing knowledge and understanding.” (127)

don Carlos no está entre los objetivos finales de esta tesis. Sí queremos contrastarlo con la constelación de textos que el tumulto produjo.

En cualquier caso, leemos mediaciones, “sombras de sombras” diría un barroco. La verdad historiográfica—lo que ésta signifique—no interesa tanto aquí como el develamiento de la ideología del texto del criollo entramada con mecanismos literarios⁹¹. En otras palabras, es el dominio de la literatura en el que exploramos. Las reconstrucciones históricas, con sus propias limitantes, serán la otra voz que parece coincidir con la versión del pueblo: acaparamiento por parte del virrey, una inadecuada política de precios liberada al mercado⁹² y la engreída negación de los poderes a escuchar los justos reclamos de las castas. Otras cartas novohispanas fueron remitidas al rey denunciando por parte de su representante corrupción, tiranía, trabajos forzados de los indios con pago reducido, impuestos ilegales, exilios de disconformes a Texas y lo más importante, inflar los precios del grano. No todo eran alabanzas a su beneficio (Cope, 1994, 133).

El motín es la expresión de una ruptura. Como apuntamos más arriba, la fiesta barroca era válvula de escape—aunque no la única— y si éstas se cierran el descontento social aparece en otro contexto. Antes del levantamiento, el pueblo apela a sus autoridades, primero

⁹¹ Propone Pupo-Walker (1982):

Incluso en un repaso veloz de los libros que he mencionado nos demuestra que, en el siglo XVII, la reputación y validez de la crónica se apoyará, cada vez más, en el brillo intelectual de la escritura o en la ingeniosidad expositiva del cronista. Ésa es con toda seguridad la razón de que las relaciones elaboradas por los cronistas virreinales se consideren hoy como hitos de nuestra tradición literaria. (90)

⁹² Lo expresamos ya: seguiremos de cerca el recuento de Cope:

much of the alhóndiga's maize had not been purchased by the government but still belonged to individual hacendados, who sold it through their agents, the “encomenderos de la alhóndiga”. All the maize distributed by the alhóndiga on a given day was sold for a set price, but that price itself was agreed on by the various sellers and basically reflected market conditions. The alhóndiga, then, played a mediating rather than a coercive role. (130)

reconociéndolas como proveedoras y después acudiendo a ellas para denunciar la falta de grano y el alto precio del mismo:

At the normal price of 9 reales per fanega and given optimum conditions—that is, full employment, which itself was rather uncommon among the plebe—an unskilled worker with a family of four to feed would spend 20 to 25 percent of his salary on maize. When the price of maize tripled, as it did in 1692, this obviously placed enormous strain on plebeian families and must have forced many to the edge of starvation. The poorest went without, except for what they could scrounge, beg or steal. Some sickened and died: the number of casta burials doubled from the previous year, and not everyone could afford the luxury of an “official” interment. (Cope, 1994:131)

La falla es estratégica y también tiene una carga de desdén. Señalamos estos errores a partir de la lógica de los acontecimientos y de las fuentes historiográficas que nos han prevenido contra el apego a la versión tradicional. El valor de la carta no reside en la verificcionalidad, lo repetiremos.

Volvamos, pues, con Sigüenza y Góngora. El día anterior al gran tumulto—sábado siete de junio— las provisiones de la alhóndiga se terminaron y la desesperación popular atemorizaba a los mismos vendedores. Una “mozuela” entre otras mujeres que pedían ser atendidas fue maltratada por un funcionario quien

enfadado de esto el que aún tenía el azote, le descargó sobre la cabeza y espalda así con el látigo como con el bastón donde pendía, diez o doce golpes, y repartió otros muchos más a las más cercanas.

Si eran desentonadas las voces que hasta allí habían dado, no sé qué diga que fueron las que, al ver golpeada a la compañera, levantaron todas. Parecióles, a lo que juzgo, bastaba esto para que tuviesen pretexto sus maridos para ejecutar sus designios y, olvidándose del maíz porque clamaban antes con tanto ahínco, tomaron a cuestras a la azotada y se salieron a la plaza a carrera larga. (118)

Aún se permite la acidez el narrador, pues en la plaza “no era la plebe de que gustaban [las mujeres] la que acudió a sus gritos”. La atravesaron,

entraron por el cementerio de la catedral y de allí volvieron a las casas arzobispales a quejarse al señor arzobispo de que no sólo no les daban maíz por su dinero y para su sustento sino que a golpes habían hecho malparir aquella mujer.

Por no alborotar o no contristar a este piadoso príncipe con aquella queja, las despidieron algunos de su familia con palabras suaves. Instaban de ellas y, a repulsa de éstos, se encaminó toda la chusma, que pasaba de más de doscientas indias. 118 [Los subrayados son nuestros]

El clero piadoso, defensor de los pobres, evita recibir el reclamo. En el orden colonial era su abogado designado, y éste literalmente cierra las puertas. Allí están Las Casas, Vasco de Quiroga y parcialmente, Zumárraga y Motolinía recordados como protectores de indios. A pesar de la negativa, los inconformes respetarán—hasta cierto punto—a la Iglesia. Tal vez en la autoridad eclesiástica se reconocían ciertos valores comunes. Los símbolos compartidos y alianzas tácitas en el culto, cierto temor genuino por el castigo metafísico—o inquisitorial bien físico—más efectivo que el civil podrían ser las pistas. Mera suposición, carecemos de argumentos de peso para sostener las anteriores afirmaciones. Cuando los jesuitas fueron expulsados de los confines del imperio español, y de Nueva España en 1767, la Corona temió

revueltas que buscaran revertir la medida. Durante la colonia virreyes y arzobispos disputaron primacías y los fieles se alinearon con sus clérigos. Esto nos dice que a pesar de ser las dos instituciones de mayor poder político, y de que se apoyaban por lo general mutuamente, la Iglesia afirmaba sus lazos comunitarios con mayor efectividad que su contraparte. No hace falta decir que en México terminó la primacía pero no la de Roma.

Las acciones se precipitan. La plebe retorna al palacio, y el virrey

Diole orden [a don Pedro Manuel de Torres] de que luego al instante que se previniese a sus soldados con cuantas órdenes le pareciesen convenir para todo trance; bajóse de la armería con buen recato cantidad de chuzos, y se cargaron todas las armas de fuego aquella noche, pero, *a lo que yo presumo*, con sola pólvora (119) [Los subrayados son nuestros]

“A lo que yo presumo”: las certidumbres se transforman en hipótesis, el caos y la contingencia penetran en el texto. Sigüenza y Góngora improvisará explicaciones, matizará las torpezas de las autoridades con adjetivos benévolos y expondrá la “monstruosa” actividad de la plebe. Algunas de las primeras crónicas del contacto describen a los habitantes del Nuevo Mundo como monstruos, alimentada la imaginación europea por fábulas y cuentos fantásticos. Abunda Baudot:

Lo monstruoso, para una definición previa [...es...] lo que no se sospecha ni se concibe dentro de las pautas de lo que llamamos la normalidad y dentro de las representaciones en las que estamos acostumbrados a estructurar nuestro pensamiento y a mover nuestros conceptos. (1991: 21)

El defensor de Galve traslitera y actualiza el tópico, es el choque del *letrado* con el indio redescubierto, como ya apuntábamos. Su mirada no será una “copia fiel” sino alegorizada. La plebe es monstruosa, extraña. Las dudas del cronista ya no serán meramente retóricas, aunque no conmoverán todo el edificio. Se enfrenta a lo incomprensible y por ello no podrá apresarlos. Con sus lentes ajusta esa mirada al mundo natural: la multitud sobrepasa esa calidad hacia lo monstruoso.

Antes de proseguir, recordemos que los historiadores de la época de Sigüenza y Góngora recurrían a la reconstrucción de conversaciones que no presenciaron, “as a means to communicate the *appearance* of truthfulness to an audience with clearly defined moral and theological expectations” (Bost, 1996:167). El cronista usa esa estrategia:

¿Quién podrá decir con toda verdad los discursos en que gastarían los indios toda la noche? Creo que, instigándolos las indias y calentándoles el pulque, sería el primero quitarle la vida luego el día siguiente al señor virrey; quemarle el palacio sería el segundo; hacerse señores de la ciudad y robarlo todo, y quizá otras peores iniquidades, los consigüentes, y esto, sin tener otras armas para conseguir tan disparatada y monstruosa empresa sino las del desprecio de su propia vida que les da el pulque y la advertencia del culpabilísimo descuido con que vivimos entre tanta plebe, al mismo tiempo que presumimos de formidables. ¡Ojalá no se hubiera verificado, y muy a nuestra costa en el caso presente, esta verdad, y ojalá quiera Dios abrimos los ojos o cerrarle los suyos de aquí adelante! (119-120) [Los subrayados son nuestros]

Los registros historiográficos no guardan relación fidedigna de estos conciliábulos, pero son un pasaje necesario en la narración del criollo. El pulque era en el mundo prehispánico una bebida ritual, cuyo consumo estaba rígidamente reglamentado y el desacato era castigado con firmeza. Había días señalados, en fiestas religiosas, para ser compartido por la comunidad. El concepto de sobriedad hispánica es distinta, apoyada más en la “cantidad” que en la ocasión⁹³. Sigüenza y Góngora parece apuntar al carácter ritual y de reconocimiento comunitario que los indios proyectarían tras beber el pulque, algo así como un “despertar de la conciencia”. Lo apuntamos como posibilidad⁹⁴. Además, si la carestía de alimento por los precios inflados era evidente, la posibilidad del derroche étlico queda sin explicación en su relato pues el dinero no alcanzaría a pesar de las supuestas maniobras de las indias. Otro aspecto en la ritualización del universo: la indicación de la fecha del motín. Pan y bebida/cuerpo y sangre: Corpus Christi. Las correspondencias—de origen paulino—se expresan como Cuerpo de Cristo/Cuerpo de la Iglesia/Cuerpo social, una imagen de la otra. Es irónico que la falta de pan señale la carencia de cohesión en el cuerpo social.

Amaneció finalmente (que no debiera) el fatalísimo día ocho de junio, domingo infraoctava de la solemnísimas fiesta del Corpus Christi, que ni en la alhóndiga ni en parte alguna de la ciudad se reconoció en toda su mañana accidente alguno que motivase cuidado. (120)

Después de la calma llega la tormenta. Los murmullos entran al templo y a los oídos del virrey, parece que lo persiguen:

⁹³ Ver Corchera de Mancera (1991)

⁹⁴ Pupo Walker nos apoyaría indirectamente:

No puede ocultarse que esa persistente concepción integradora [en las crónicas del Nuevo Mundo], que absorbe lo mítico en la historia, es casi la misma que glorifican los historiadores renacentistas con un servilismo que habrá de caracterizarles. (78)

[...] habiendo ido aquella misma mañana al convento de Santo Domingo a asistir a misa y sermón para que le habían convidado los religiosos, al entrar por la iglesia se levantó un murmullo no muy confuso entre las mujeres (pues lo oyeron los gentileshombres y pajes que le asistían, ¿cómo pudo su excelencia dejar de oírlo?) en que feamente le execraban y maldecían, atribuyendo a sus omisiones y mal gobierno la falta de maíz y la carestía de pan. Discurra cada cual cómo se quedaría y más, no pudiendo hacer otra cosa en esta desvergüenza sino disimularla. (120)

El malestar es general. El narrador cambia su focalización para centrarse en la plebe, mientras el virrey está escondido. Hasta ahí llegó su gloria, incompatible con la falta de liderazgo militar y la poca preparación de las tropas que defenderán el palacio. Por la tarde del 8 de junio el maíz falta de nuevo, a pesar de las diligencias del conde de Galve.

No juraré haber sido verdad el que, entre los empujones que unas [mujeres] se daban a otras en esta ocasión, cayó una en el suelo, y después de muy bien pisada, la levantaron casi sin respiración, como dicen unos, o que persuadieron a una vieja que allí estaba el que se fingiese muerta, como afirman otros. *Lo que sí se sabe es que*, echándose un indio a una india sobre los hombros y siguiéndola con mayor alboroto y estruendo que el día antes cuantas allí estaban, que era muchísimas, se fueron saliendo hasta el Baratillo. (120-121) [Los subrayados son nuestros]

¿Quién sabe y quién jura? Sigüenza y Góngora ya no puede ser testigo de todos los acontecimientos, la materia narrativa lo sobrepasa. Pero la incapacidad del cronista es compartida de hecho por los demás espectadores. La diferencia está en la angustia de Sigüenza y Góngora de estabilizar las variables. Cope nos dice:

Not only do these events take on a new complexity but the sources become more contradictory; in particular, the dichotomy between elite observers and plebeian participants reasserts itself even more strongly. For instance, as described by the Royal Audiencia, the riot displayed almost Aristotelian regard for the unities of time and space, with the evening's events playing themselves out in linear fashion over the space of three hours, like acts in a play. [...] From ground level, however, a far different picture of the riot emerges, less straightforward and more nightmarish. In the trial records, the riot itself tends to dissolve into a stream of chaotic incidents, a series of largely unrelated episodes. (138)

Aprovechemos este desajuste multitudinario y enfoquémonos en algunos mecanismos de la carta. En el drama de la Ciudad nadie, ni siquiera el virrey o el arzobispo pueden ser señalados como actores principales. Acobardado el virrey—Sigüenza y Góngora prefiere advertir su mucha piedad por permanecer en el templo—, sobrepasado Aguiar y Seijas, el lazo íntimo entre institución y su representante se debilita, uno es reflejo del otro: edificio/autoridad/ley. Esas correspondencias podrían trasladarse hasta el Rey y la divinidad, y en la negación absoluta del orden, el caos. Sigüenza y Góngora se resiste al caos. Creyente y racionalista, el caos es la última herejía. Prefiere inventar una explicación o dar crédito a una causa débil que aceptar la suspensión—aunque sea pasajera—del régimen. La alegoría es preferible al abandono de la lógica del universo.

Todos los comentaristas destacan “la india muerta”, un engaño que les sirve de pretexto para el motín según el criollo. Más allá de serlo o no—todo indica que fue cierto el fallecimiento—, concentra la imagen en el indígena que se pensaba destruido o por lo menos apaciguado. Su resurrección es inesperada y representa el brote de la capacidad política negada, ignorada *de facto* por el discurso del dominador. Además es una mujer india, subalterna en doble grado. La voz femenina de protesta coincide en Sor Juana y las mujeres de las castas como reclamo hacia un interlocutor que desautoriza de entrada su capacidad para hablar—infantes perpetuas— y obstruye los canales para ello⁹⁵. Horror para los *letrados*, la monja jerónima también será retratada como monstruo o prodigio (Glantz, 2006). La plebe que toma la plaza es la anomalía inesperada: sólo debería ser conducida, acomodada en peregrinaciones o entradas triunfales, ser espectadora del poder.

Durante el tiempo de esta contiendas, que no fue mucho, estaban por allí dos estudiantillos y, acercándose a la india que traían cargada, le dijo el uno al otro estas formales palabras: --¡Mirad, hombre, cómo está sudando la pobre muerta!--. Allegóse el otro a ella lo más que pudo y respondióle así:--¡No está muy muerta, porque pestañea un poco y tragó saliva!--. --¿Qué sabéis vosotros de cómo están los muertos, perros estudiantes de modorro?—les dijo una india que les oyó la plática.—Ahora moriréis todo México, como está ella--. No aguardaron los muchachos otra razón y, entre la confusión horrorosa que ahí había, se escabulleron. Refirióme esto un hombre honrado que se halló presente y me aseguró, con juramento que le pedí, no sólo ser verdad lo que los estudiantes

⁹⁵ Además, es común la imagen del pueblo cargado con atributos femeninos. Un ejemplo es el “pueblo de Dios”, “la Iglesia” como esposa de Cristo en el lenguaje eclesiástico.

dijeron sino el que poco antes le oyó decir a la muerta que la cargaran bien. Estos son los indios.

Pasaje casi picaresco, de no ser por la tremenda amenaza, los estudiantes también son figuras del *letrado*, interpelados directamente por la voz de la plebe. No hay diálogo sino burlas e imprecaciones. ¿Se reconoce al “otro”? Constitutivamente, el *letrado* carece de la sensibilidad afectiva y cognitiva para ello, “todas [sus] prácticas tenían en común la necesidad de ser elaboradas en un discurso escrito compatible con los presupuestos de una elevación estamental aristocrática, un sentido del derecho (y ética) de mando.” (Beverly, 1988:221). Los *loci* de mediación clausurados, la lengua marcada por una diglosia entre el registro barroco y el “vulgar”—y el empecinamiento del *letrado* en la inferioridad de ésta—, el recelo mutuo como premisa: el tajo no puede ser más profundo.

5. La noche triste de Nueva España

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde,
me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros

Carlos de Sigüenza y Góngora. *Alboroto y motín*

5.1 Ciudad de México, capital del siglo XVII

Acostumbrado al diálogo entre muertos, con sus selectos libros y papeles, Góngora evita la gregaredad. Incluso en los eventos públicos pasa como espectador. Su fuerza, al contrario de la plebe, se fundamenta en el privilegio de la voz distinta de la marca de clase y de estamento. Su mundo es la corte y el claustro universitario. Cuando ocurra la famosa expedición a Pensacola, el erudito pedirá condiciones especiales para paliar el disgusto del viaje. Será su más larga fuera de la capital después de aquella a Querétaro. Declinará la famosa invitación del Rey de Francia y en este otro gesto se ha querido señalar su patriotismo criollo. En efecto, don Carlos de Sigüenza y Góngora es un hombre de gestos y de poses. Ya lo escribimos, su vida resulta poco atractiva para obtener un dechado de virtudes. Pero eso no evita que él mismo se construya como tal. Las claves de sus enigmas como intelectual apuntan a la capacidad de adaptación a las condiciones de su tiempo. Entre patrias, entre lealtades y conocimientos contrarios, Sigüenza y Góngora se mantiene en los bordes. Curioso para alguien que encuentra su espacio natural en la Ciudad de México y no se moverá casi de ella. El *Primero sueño* de Sor Juana interpretado—tal vez erróneamente—en clave hermética es el itinerario de un viaje a la interioridad del alma y del universo, liberador del cuerpo y sus precariedades. Sigüenza y Góngora compartía muchos de esos conocimientos pero no la gracia y la “habilidad de hacer versos” de la monja; no tenemos nada parecido en su obra. Más cotidiano, pero no menos modesto que la jerónima, transformará

el espacio que recorre en su teatro. Es decir: antes que construirse como figura deberá engrandecer el escenario de sus acciones, la Nueva España y sobre todo, su capital.

La conciencia urbana de Sigüenza y Góngora es poderosísima—por ello lo hemos esbozado como *flaneur*. Pero estos atrevimientos intepretativos pueden ayudarnos a entender la postura aparentemente contradictoria del cronista del motín. Su dominio es la capital y le pertenece más que a ninguno. La conservará como *ciudad real* como ingeniero hidráulico: conservará la *letrada* como ingeniero de su memoria.

Nuestro científico es sobre todo manipulador de abstracciones, como matemático y, pésele o no, también como astrólogo. Ciertamente, apoya y defiende la comprobación empírica de los hechos. La correspondencia con lo mensurable es el paso necesario para confirmar su pensamiento, por lo que pone especial cuidado en ello. Pero es su entrenamiento literario la base de sus capacidades como *letrado*. Sor Juana es más refinada pero en Sigüenza y Góngora la dispersión es una forma de colonizar saberes y sus manuscritos todos son mapas, cartografías de su *episteme*. Elegimos la *Carta al Almirante Pez* como ejemplo del quiebre: no tiene el prestigio novelístico de *Los infortunios de Alonso Ramírez* ni los atractivos de la *Libra astronómica* como “autobiografía” intelectual, pero representa una conjunción de los temas y tratamientos del criollo puestos en crisis frente a los subalternos, los olvidados ambas ciudades.

Las crónicas contemporáneas nos han acostumbrado a ver las multitudes en movimiento perpetuo. Ya sea con horror o encanto, la rebelión de las masas es a los ojos del *letrado* un espectáculo inédito durante el siglo XX. Las crónicas de Indias son por supuesto relatos épicos, mientras que las crónicas modernistas lo son civiles. En el cambio de ese matiz entendemos lo que del mundo nos fascina en cada era. Si en el siglo XIX el embrujo por la demasiada gente era novedoso, ¿cómo sería para un escritor en la Nueva España de 1692? Dudamos en proponerlo,

pero el clérigo criollo bien podría ser un precursor de los intelectuales que analizan la violencia de la plebe. Pasemos del simple asunto aritmético—la cantidad de gente novohispana es incomparable a la parisina del 1800—para hallar las correspondencias.

Dijimos más arriba que Sigüenza y Góngora no pudo escribir un *Primero sueño*: Sor Juana no podría haber descrito el tumulto como nuestro narrador. Sor Juana es en su obra medida y pasión, equilibrio de una mente prodigiosa. Pero en *Alboroto y motín de los indios* el caos se desborda, brota lo irracional, el desorden, la destrucción del agua y el fuego. Al final, su capacidad como cronista supera sus márgenes ideológicos. Llegamos, pues, a la noche triste del *letrado*.

El Palacio está sitiado y los amotinados vencen sus defensas, a los pocos guardias mal armados—por ser día de fiesta. Es la propiciación del pecado colectivo:

Persuádome a que con sólo guarnecer cada puerta de palacio con seis mosquetes no se hubieran atrevidos los sediciosos a llegar muy cerca, pero *cuando Dios quiere para nuestro castigo que se yerre todo, aunque más discurran los hombres, nada se acierta*. Imagina alguno de los que allí estaban el que, si se cerraban las puertas, se retirarían los indios, pues aun el mismo diablo hace lo propio cuando se las cierra[.] (122) [Los subrayados son nuestros]

El diablo de la multitud, incontenible, ha pasado a la acción. La diferencia con las crónicas de la Conquista es que aquí no hay héroes, tampoco los blasones o insignias funcionan. Estas anomalías son las que exacerban el ansia de los espectadores ibéricos, pues carecen de antecedentes para comprender lo que ocurre. No hay direcciones de guerra sino “gritos y alaridos”:

Era tan extremo tanta la gente, no sólo de indios sino de todas castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre el palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas (123)

¿Pierde legitimidad ese grito por no tener un programa político detrás? Las consignas son expresiones de consciencia: de la solidaridad—así sea momentánea—entre subalternos, del régimen de explotación, de que el virrey obtiene su fuerza de la institución pero no es heroico, de las ventajas del bilingüismo como arma política, de las trampas de la fe del dominador y de un sentido de pertenencia:

pero los negros, los mulatos y todo lo que es plebe gritando: --¡Muera el virrey y cuantos lo defendieren!—, y los indios: --¡Mueran los españoles y gachupines (son los venidos de España) que nos comen nuestro maíz!—. Y exhortándose unos a otros a tener valor, supuesto que ya no había otro Cortés que los sujetase, se arrojaban a la plaza a acompañar a los otros a tirar piedras. —¡Ea, señoras!—, se decían las indias en su lengua unas a otras, --¡vamos con alegría a esta guerra y, como quiera Dios que se acaben en ella los españoles, no importa que muramos sin confesión! ¿No es nuestra esta tierra? Pues ¿qué quieren en ella los españoles?—. (123) [Los subrayados son nuestros]

El *letrado* abandona sus habitaciones y baja a reconocer la plebe que lo atemoriza. Debe interpretarla; ve por fin a todos los estamentos que la conforman. Preferimos transcribir el párrafo:

Parecióme hasta ahora, según la amplitud de lo que ocupaban, excederían el número de diez mil los amotinados; y como después de haber dejado al Señor arzobispo en su palacio, depuesto el miedo que al principio tuve, me volví a la plaza, *reconocí con sobrado espacio (pues andaba entre ellos) no ser solos indios los que allí estaban, sino de todos colores, sin excepción alguna, y no haberles salido vana a los indios su presunción cuando para irritar a los zaramullos del Baratillo y atraerlos al mismo tiempo a su devoción, pasaron a la india que fingieron muerta por aquel lugar.* (124)

Tanto repite, sin embargo, las palabras “los indios” que suenan como *leit-motiv* durante el resto de la crónica. De hecho, al escribir “los indios” los piensa como un bloque, esquivo el análisis de sus circunstancias y refuerza el estereotipo⁹⁶. Pero insinúa parte de culpabilidad de ciertos españoles desclasados, ajenos también al discurso *letrado*:

por allí andaban, pero no ellos solos sino cuantos, interpolados con los indios, frecuentaban las pulquerías que son muchísimos (y quienes a voz de todos), por lo que tendrían de robar en esta ocasión les aplaudieron días antes a los indios lo que querían hacer. [...] En materia tan en extremo grave como la que quiero decir, no me atrevería a afirmar asertivamente haber sido los indios los que, sin consejo de otros, lo principiaron, o que otros de los que allí andaban, y entre ellos españoles,

⁹⁶ Los deslizamientos semánticos del término “indio” en distintas crónicas parece no haber sido estudiado. Por otro lado, Cope (1994:159) llega a las siguientes conclusiones;

If we can generalize from the trial records, then, Indian participation in the riot was skewed toward a particular subset of the indigenous population, one that was comparatively well integrated into the broader plebeian society; artisans, after all, formed the most ethnically diverse social sector. By plebeian standards, these people lived fairly comfortably and independently. They did not rely on direct patronage from Spaniards [...] This independence, however, left them without a safety net in times of crisis, except for government paternalism. Yet at their most vulnerable moment, when they faced economic disaster, the government and its archpatron, the viceroy, had betrayed them had quite literally closed the doors against them.

se lo persuadieron. Muchos de los que lo pudieron oír dicen y se ratifican en esto último, pero lo que yo vide fue lo primero. (125)

Sigüenza y Góngora intentará deslindar crímenes y malhechores. El murmullo es grito directo y violencia del lenguaje, desarticulación del modo cortesano y contraversión de las zalamerías⁹⁷. Lo más importante radica en cómo la plebe percibe los estancos del poder. Parecería paradójica la preeminencia y respeto al Rey y no al virrey. En la idea de vasallaje de la multitud, las incompetencias del enviado no invalidan la sujeción al monarca. Es más, la rebelión apela a la legitimidad real como garantía de sus reclamos, dirigidos a quien puede solucionar la crisis de representación. Veremos esta situación poco más de cien años después en otro grito, el de Dolores. Las coronas celestial e imperial son respetadas, tal vez por la abstracción de sus figuras paternas; son dos “presencias ausentes” aunque sus signos se manifestaban con frecuencia asociados con las fiestas y ritos barrocos, como advertimos en tómulos y procesiones:

No se oía otra cosa en toda la plaza, sino "¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el rey! ¡Vivan los santiagueños! ¡Viva el pulque!" pero a cada una de estas aclamaciones (así acaso no eran contraseñas para conocerse) añadían: "¡Muera el virrey! ¡Muera la virreina!, ¡Muera el corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal gobierno!"; y esto, no tan desnudamente como aquí lo escribo, sino con el aditamento de tales desvergüenzas, tales apodos, tales maldiciones contra aquellos príncipes, cuales jamás me parece pronunciaron hasta esta ocasión racionales hombres. En este delito sé muy bien, pues estaba

⁹⁷ Valga esta nota para consignar que entre “la gente mexicana”, como dice Bernardino de Sahagún en el Libro sexto (“De la Retórica y Filosofía moral y teología...”) de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, los “primores de a lengua” que apela a los dioses y principales, de las oraciones o los diálogos entre padres e hijos era altamente codificada.

entre ello, que murieron todos, pero no en quemar las casas del ayuntamiento y cabildo de la ciudad y el palacio, solos los indios. (126-127)

Los historiadores no han podido determinar la secuencia exacta de los eventos, pero los edificios quemados eran los baluartes de la legalidad y los puestos del mercado saqueado uno de los centros económicos del virreinato, mezcla del tianguis exuberante mercado indígena y receptor de los productos provenientes de los confines del orbe hispánico, de Nueva Castilla a las Filipinas⁹⁸:

No les pareció a los indios que verían esto el que quedaban bien si no entraban a la parte en tan considerable despojo y, mancomunándose con aquéllos y con unos y otros cuantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles así gachupines como criollos, allí se hallaban, cayeron de golpe sobre los cajones donde había hierro y lo que de él se hace, así para tener hachas y barretas con qué romper los restantes, como para armarse de machetes y cuchillos, que no tenían. No se acordaron éstos desde este punto de las desvergüenzas que hablaban[.] (128)

Doble vergüenza: el robo y la complicidad con las castas. Cierta dosis de euforia llama a la hermandad⁹⁹. Lo que la turba desquebraja o destruye—los templos de la autoridad y la inmovilidad estamental—y lo que respeta nos descubre rasgos de su imaginario colectivo, sus

⁹⁸ Ver Rubial García (2005)

⁹⁹ Como Cope (1994) anota:

The rioters shared, if only briefly, a feeling of brotherhood that cut across racial lines and pitted the plebeians against the wealthy. A poorly dressed Spaniard youth was heard to proclaim that “he was not on the side of the Spaniards but of the Indians, calling them *compañeros*” [...] This reign of goodwill would be short-lived, however. The sudden access of wealth temporarily broke through the patronage structure that created competition among plebeians [...] For the looting marked the last stage of the tumult, further and finally dispersing the riot’s energy, as the participants made their way home, clutching their prizes. Now isolated individuals again, they exchanged their celebratory boldness for caution and furtiveness. (147-148)

percepciones y necesidades urgentes. Un fantasma recorre todavía la Nueva España, el de Hernán Cortés, conquistador antiguo:

sólo unos, que habían comenzado a quemar el magnífico palacio nuevo del marqués del Valle, a persuasiones eficacísimas de don Manuel y a la presencia temerosa y venerable de aquel señor, los mismos lo apagaron y sin duda, para ir a robar a la plaza, se retiraron de allí. (128)

Y tras la conquista, la planeación. Prodigios de fundadores, los edificios, calles, vergeles y monumentos. Aires mediterráneos, orientales y churriguerescos en retablos y columnas se mezclan con las ruinas del vencido. Todo es nuevo y es evocación en las imágenes urbanas—sacras, regias—transplantadas a la ciudad reconstruida. Un vigor desconocido en la vetusta tierra ibérica alimenta la furia constructora en el capítulo americano de la cultura imperial. Eso no hace menos frágil su posible permanencia. Después de la construcción, la salvaguarda.

El palimpsesto arquitectónico de la ciudad traduce la ebullición de sus habitantes y en cada siglo encuentra sus testigos.

5.2 Eneas criollo

¡Déle Dios mucha vida, pero mejor en el cielo, a quien, derribando puertas por una parte, esforzándoles al fuego el que respirase, libró la Sala del Real Acuerdo y el Tribunal de Cuentas! (132)

La heroicidad guerrera en la capital ganada a los aztecas en 1521 tiene un remanso en el recuerdo, en la memoria de sus vecinos así como en los libros y códices que Sigüenza y Góngora abriga en su estudio-biblioteca. El calor aventurero escasea en los gachupines o chapetones y sus hijos, los criollos. Es cierto, robustecer al régimen era la faena del *letrado*. Para ello debe

armarse de actas, manejar la pluma y aprovisionarse de papeles. Lo han dicho otros: el burócrata doma al vencedor de tlatoanis¹⁰⁰. No todo era plena cordialidad. Pero no nos desviemos.

La relación de méritos de Sigüenza y Góngora estaría incompleta sin el gesto trascendente que lo consagra: héroe docto, guardián de la letra y de la historia, escenifica en el clímax del alboroto su rescate del archivo del Tribunal de Cuentas y de la Sala del Real Acuerdo de la ciudad de México. Con ese gesto desplaza la gloria propia de la figura del héroe militar hacia el *letrado*. Es un acto de la mayor importancia para la *ciudad letrada*: The Archive safeguards, retains, orders dissemination, both commands it and organizes its regularities as a discourse. The Archive keeps the Arcanum, the secret”. (González Echevarría, 1990:36). El guardián de los símbolos triunfaría allí donde el soldado claudica, por lo menos en esta crisis donde la ineficacia es la constante por parte de los poderes establecidos. En la famosa querrela de las armas con las letras, don Carlos de Sigüenza y Góngora inclina la balanza a favor de las últimas.

Arriesga su persona, y como simulacro sacrificial, se lanza al fuego para rescatar sus objetos de veneración, los libros y legajos, documentos que dan fe de la historia y legalidad de su ciudad. Si existen las actas, la urbe prevalece¹⁰¹; si hay rastros escritos de ella tenemos pistas para reconstruirla en la memoria de los pueblos. ¿Acaso no ocurre lo mismo con Troya o Roma, por ejemplo, la misma Tenochtitlan o la Tula legendaria? Mientras la plebe disgrega o destruye, nuestro clérigo es el conservador, el archivador.

Debajo de los varios estratos retóricos, del *captatio benevolente*, de los alardes eruditos, del barniz piadoso, don Carlos ha postulado un reajuste en la *ciudad letrada* a partir de los

¹⁰⁰ Lira y Muro (1976) llaman con acierto a ese periodo “El siglo de la integración”

¹⁰¹ González Echevarría: “Writing begins in the city with the need to order society and to discipline in the punitive sense” (1990:3). Al privilegiar los documentos legales, también da preeminencia a la posibilidad del castigo posterior al tumulto pues tiene bases para aplicarlo.

efectos del desorden en la *real*: se coloca por encima del virrey. Pleno testigo del tumulto y actor eficaz, el *letrado* resguarda el orden mientras el conde de Galve está ahora se escuda en los religiosos.

La falsa modestia reafirma por contraste su verdadera intención. Aunque amaga con despistarnos al excluir su nombre, reitera varias veces el hecho:

Yo también me hallé entonces en el palacio porque, entregándole el Santo Óleo a un ayudante de cura, me vine a él; pero, no siendo esta carta relación de méritos propios sino de los sucesos de la noche del día ocho de junio, a que me hallé presente, excusaré, desde aquí para lo de adelante, referir menudamente lo mucho (o nada, o lo que quisieron émulos que nunca faltan) que, sin hacer refleja a mi estado, *hice espontánea y graciosamente y sin mirar al premio*, cuando, ya con una barreta, ya con una hacha, cortando vigas, apalancando puertas, por mi industria se le quitaron al fuego de entre las manos no sólo algunos cuartos de Palacio, sino tribunales enteros, y de la ciudad su mejor archivo. Basta con esto lo que a mí toca. (130)

[Los subrayados nos corresponden]

El sesgo irónico en el texto, no sabemos si voluntario, afecta al virrey temeroso al compararlo con el valiente criollo

La noticia del acometimiento que le hicieron los sediciosos y de la confusión y alboroto que en la plaza había, halló al señor virrey en el convento de San Francisco. La voz primera que allí se oyó, atribuyó a travesura de muchachos lo que había sido, y afirmó la segunda no ser sino movimiento gigante de todo

México, conspirando sin excepción de personas, para quitarle la vida a Su Excelencia como lo decían a voces. (131)

La voz virtuosa del cronista contrapuntea las anónimas. Así como la figura del virrey en el principio de la carta le ha servido para construir posteriormente la suya, desentona las voces de la plebe para marcar su estatus: las vuelve anónimas o poco confiables. Él se apoyará en su idiolecto y hazañas criollas para ensalzarse. La ciudad está habitada por escombros y piedras como en un páramo:

Mayor fue el estrago de las casa de los ayuntamientos, pues las abrasaron todas, quiero decir, la vivienda de los corregidores, la Contaduría de propios, el Oficio de la Escribanía de Cabildo y la Sala de Ayuntamiento, y cuanto por lo bajo correspondía a esto y era parte de la alhóndiga, el oficio de la Diputación y Fiel Ejecutoría, los de los escribanos públicos y en ellos y en el del Mayor del Cabildo cuantos papeles había, así de lo que estaba corriente como de los protocolos, antiguos libros de censos, mayorazgos y semejantes cosas. *Repito otra vez el que Dios le dé el cielo a quien entre tantas llamas sacó y aún tiene en su poder los libros capitulares, únicamente privilegiados en tan voraz incendio.* (133) [Los subrayados son nuestros]

Reputa su versión como digna de crédito incondicional. Cuando llegamos al fin de la epístola, el texto adquiere un carácter peculiar, absoluto

Este es el estado en que nos hallamos, y esta es mi carta. Si le pareciera a vuestra merced el imprimirla para que en esta corte y en esos reinos sepan todos con fundamento lo que otros habrán escrito con no tan individuales y ciertas noticias, desde luego consiento en ellos, *presuponiendo el que no se le añada ni se le quite*

ni una palabra; y si no fuere de este modo, no salga a luz. (135) [Los subrayados son nuestros]

¿Es acaso por vocación historiográfica que la impresión tendría que mantenerse limpia de impurezas? Las otras noticias, mal informadas, casi parecerían heréticas desde esta perspectiva. La versión de Sigüenza y Góngora no sólo es la versión—u oficial— porque intuimos fue escrita para favorecer al virrey de otras cartas acusatorias o de la fuerza del rumor; a otro nivel, Sigüenza y Góngora “autoriza”, es decir, le estampa la marca de sí mismo como su autor, testigo y principal personaje de la crónica. Si transcribe sucesos los dotará de un marco explicativo, si recoge relatos de informantes garantizará por él su veracidad—dará su palabra en prenda—, si los acontecimientos o sus significados son oscuros atenderá a las fuentes a su disposición que puede manejar. Otros recursos en esta carta también han sido puestos en juego. Lo que Helmut Hatzfeld (1966) aisló como elementos estilísticos del barroco, aunque no hayamos ahondado en ellos en este trabajo por no estar dentro de nuestros objetivos, pueden encontrarse aquí¹⁰²

5.3 “Estos son los indios”

El ritmo de la *Carta al Almirante Pez* va de la mesura a la exaltación y termina con una fuerte carga emotiva. Mientras Sigüenza y Góngora la redacta todavía es momento de incertidumbre y la rabia del clérigo perdura cuando el impulso de la plebe ya ha pasado. Es un al mismo tiempo un documento y crítica de la violencia. Citaremos, pues, en extenso este párrafo que concentra el *ethos* y el *pathos* de la relación del criollo:

¹⁰² En resumen:

Si hubiéramos de señalar las características del Barroquismo diríamos que son: una hiperbólica *pointe* o rasgo de ingenio rebuscado; proliferación exagerada de agudezas y adornos sin función estructural alguna; abuso de las descripciones por el placer de hacerlas; la combinación absurda de los más menudos detalles con la más hinchada magnificencia; la metáfora como sorpresa y fanfarronada (“stil metaforuto”) y, frecuentemente, el “inauditus numerorum tronus” (Gravina). (57)

Como nunca (entrando el tiempo de su gentilidad) llegó la borrachera de los indios con mayor exceso y disolución que en estos tiempos en que, con pretexto de los que contribuyen al Rey Nuestro Señor los que conducen, abunda más el pulque en México sólo en un día que en un año entero cuando la gobernaban idólatras. Al respecto de su abundancia no había rincón muy mal he dicho, no había calles ni plaza pública en toda ella donde, con descaro y con desvergüenza, *no se le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio que cuerpos se le ofrecieron en sus templos gentílicos en los pasados tiempos*; las muertes, los robos, los sacrilegios, los estupro, las bestialidades, las supersticiones, las idolatrías contra que tantas veces se declamó en los púlpitos y se escribió en los libros, ¿quién duda que tenían ya (si así se puede decir) enfadado a Dios; y a quién duda que, tomando por instrumento a los consentidos, quiso hacer un pequeño amago para castigar a un lugar donde tanto se le había ofendido en esta línea? Si falta enmienda, perfeccionará su justicia.

Desde el instante mismo que se principió el tumulto, *inspirados quizá del cielo*, levantaron todos el grito --¡Este es el pulque!--. (134)

Sigüenza y Góngora fatiga sus argumentos: le queda la oscura providencia divina para cerrar esta crónica pues tal vez intuye que ha dejado algunos cabos sueltos—como escribimos arriba, le preocupa que la epístola sea cuestionada. Como consuelo escatológico, la expiación de la ciudad es un paso hacia la nueva Nueva España, un Apocalipsis novohispano, diríamos con una hipérbole. Varias lecturas de este recuento son posibles. Diremos nosotros que dos historias coexisten en la epístola: la primera, la evidente, es la que nos cuenta la vida de la capital y sus habitantes, sobre todo del noble virrey, los graves sucesos previos al motín y la erupción de la

plebe. El escritor defenderá en ésta al conde de Galve contra sus detractores. La oculta y más rica es la postulación que Sigüenza y Góngora hace de sí mismo como *letrado* a través de las estrategias que manipula y de sus inscripciones en el texto, como ya hemos estudiado. Su voz rechaza el grito de la plebe, “¡éste es el pulque!” Multitud embrutecida y violencias frente a la faena piadosa y “desinteresada” del docto testigo. El monólogo del criollo transcribe la fuerza pero no el sentido de esa voz. Mientras es murmullo, puede matizarla o burlarse de ella. Pero el grito lo afecta por elemental, no hay un código civil o cortesano para atenuar sus aristas, es casi otra lengua que desconoce. La masa le es ajena. Perplejo, sólo acierta en reiterar su “teoría del pulque”. Incluso así distingue su discurso barroco por el ansia de racionalizar—pero bajo una razón jesuítica—su “otro”.

De pasada, apunta el motín de Tlaxcala o, “por hablar con precisión y verdad, tres pueblos suyos” (135), reino aliado de los españoles. Fueron “presunciones fantásticas” las de los “pusilánimes” españoles que contaban con la ayuda de los tlaxcaltecas. En el escarnio a ese falso consuelo, Sigüenza y Góngora trasluce el golpe al orgullo traicionado. El criollo no puede contar ni con las autoridades peninsulares ni confiar en las castas. La *ciudad letrada* de Nueva España se ajustará, entonces, a sus medidas.

6. Discusión

Tócale al historiador referir los sucesos desnudamente,
vístalos el lector de ponderaciones si de ello gusta.

Carlos de Sigüenza y Góngora. *Paraíso occidental*

La *Carta al Almirante Pez* puede ser también una “fábula” de dos ciudades, la *real* y la *letrada*. En el primer caso, atenderíamos al espectro historiográfico¹⁰³ y en el segundo al reordenamiento de los saberes criollos. La línea que las une o separa puede ser muy tenue. Se entrecruzan y avanzan, o se desatan y desmienten. La perspectiva del texto—para decirlo con un término narratológico—puede indicarnos partes en las que el autor se pone entre paréntesis, o en otras palabras, en las que se traiciona *escribiendo de más*. En ese excedente radica buena parte del placer de estudio de la carta.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora reformula en el texto el orgullo criollo y pretende instaurarse en su figura como modelo. Le interesa, sí, escribir la historia oficial(ista), pero en cierto punto ya es casi un pretexto para mostrarse y demostrarse a los lectores. Como un pícaro docto, la crónica es un dechado de las virtudes de sí mismo. Responde a la crisis con una relación de servicios, metamorfosis del cronista conquistador—porque nacionalismo criollo y lealtad al Rey no estaban en un principio enfrentados.

¹⁰³ Consignamos, a pesar de que nos desmiente en parte, la reflexión de José Joaquín Blanco:

Creo más bien que la falta de valor histórico o historiográfico en las letras coloniales es un producto de la miopía de los historiadores modernos, que sólo querían ver una cuantas cosas—etnología, guerras, datos, denuncias políticas—y estaban cegados ante todo lo demás. (1996: 18)

Responderíamos entonces que el *quid* del asunto está en el problema de “la escritura de la historia”, como se le ha llamado (De Certau). A veces “todo lo demás” es lo importante: la retórica del texto y la manera en que construye sus sistemas de referencialidad.

Como apuntamos antes, el nacionalismo criollo se apoya en las visiones idílicas del nuevo mundo de los primeros evangelizadores y de los poetas cortesanos. Detecta Laura Benítez especialmente en la *Libra astronómica* que

[a]unque en Sigüenza el término utopía jamás a parece, esto no impide ver a través de sus escritos la idea de que en las nuevas tierras se da la posibilidad no sólo de emular, sino de mejorar las acciones políticas, militares, morales, religiosas y académicas de Europa. A este respecto es curioso notar cómo usa con mucha más frecuencia el término México que el de Nueva España; tal vez porque en su ánimo está presente más la idea de superación que la de imitación o copia de la cultura hispana (1985: 210)

El motín de la ciudad de México fue la negación de la utopía alguna vez imaginada por Sigüenza y Góngora¹⁰⁴. Su discurso tendrá que ser reelaborado para ajustarse a las circunstancias: la *ciudad letrada* no suponía la presencia desestabilizadora del subalterno dentro de sus muros (imaginarios). El autor de *Paraíso Occidental* encontrará su patria cercana a un purgatorio indiano. Sigüenza y Góngora renovará fidelidades con la corona y apelará—como la misma carta lo demuestra—a la Europa inalcanzable: tratará en realidad de expulsar a las castas de la ciudad y los desterrará definitivamente en el discurso. Tampoco desea la intromisión de otras potencias del viejo mundo, pues son otra fuerza disgregadora del orden que defiende. Eso explicaría su obsesión por proteger las fronteras y territorios del norte de Nueva España. Desea, como buen cartógrafo, retrazar los límites de su patria y refortificar sus puntos flacos. Nos parece

¹⁰⁴ Todos los comentadores han señalado este viraje:

After experiencing the intensity of such a turmoil, it was difficult to return to the serene study of the ancestors of the unruly hordes who had burned his beloved city. Gone in *Aboroto y motin* is the cultural harmony found in *Glorias de Querétaro*; Sigüenza's later voice is one born of harsh experience and the sobering disillusionment of social conflict. (Bost, 184)

que habría que indagar estos virajes en la obra de Sigüenza, para entender la evolución de su pensamiento. Una cosa es segura: nuestro criollo quiere a América (sólo) para los (españoles) americanos, y el sería el ideal de ciudadano. En el reino de lo simbólico la *ciudad letrada* fue conmovida: el palacio virreinal, el cabildo citadino, los archivos eran sus cimientos. Empieza entonces la refundación.

Por otro lado, la *ciudad real* era el bastión para mantener y expandir el imperio de los Habsburgos. Es cierto que algunas interpretaciones del hecho le dan preeminencia al motín del 8 de junio como momento precursor de la Independencia de México, aunque este aserto nos parece atrevido¹⁰⁵. Carecía de cabecillas y programas políticos aglutinadores a largo plazo o campañas de preparación: actas de juicios y declaraciones parecen indicar que fue un estallido más o menos espontáneo, contra lo que la “teoría conspirativa” de Sigüenza y Góngora alega¹⁰⁶. Encontramos esta necesidad de los españoles y españoles americanos de elaborar una narrativa lineal y cohesionada de los hechos seleccionando momentos en medio del caos para armar el relato del motín¹⁰⁷. Sigüenza y Góngora, presto en lanzar acusaciones, planta su versión en el elogio a ultranza del virrey para denostar, sin posibilidad de réplica, a las castas quienes con espíritu trastornado por el pulque conspirarían para destruir al gobierno. No puede apresar fácilmente en su epístola este acto de resistencia y por lo tanto vacila, bajo las capas retóricas de las que tiene que sostenerse¹⁰⁸.

¹⁰⁵ “Indeed, the spontaneous nature of the riot—the lack of conspiracy—accounts for its evanescent impact on elite-plebeian relations.” (Cope, 1994:160)

¹⁰⁶ En el mismo trabajo citado Cope explica:

The failure of dialogue that triggered the riot persisted in the postmortem view of this event. The Spaniards, harshly reminded of their perch atop a human volcano, sought above else for an explanation, for some way to make sense of the riot, to accommodate to their world view. (160)

¹⁰⁷ Según Lara Lozano (1999): “El lenguaje se transforma en *Alboroto y motín*... en un medio para ordenar el caos provocado por la sin razón [sic] de la plebe[.]” (37)

¹⁰⁸ Para Trubense (1974:122), “nuestro autor reviste sus relaciones históricas de las apariciones [y de otros sucesos] con el pesado manto del verso barroco decadente, o con la rebuscada cadencia de su prosa afectada y erudita.”

La estrategia fundamental será la construcción de su figura de autoridad en el texto. Las nociones de verdad/ficción se subordinan a las necesidades retóricas. No es la primera vez que Sigüenza y Góngora miente descaradamente bajo juramento con tal de defender una posición política. A propósito del guadalupanismo del matemático, Elías Trabulse nos recuerda este episodio que bien se corresponde con *Alboroto y motín*:

Por otra parte, toda esta actitud apologética de nuestro criollo cae dentro de los cánones católicos que versan sobre las relaciones de la escritura y la tradición. Sigüenza no hizo más que extrapolar al campo del guadalupanismo los argumentos de la ortodoxia católica en lo referente a las narraciones históricas y a la tradición. Su actitud es, pues, congruente con su credo. El haber jurado para apoyar la credibilidad de un testigo es lo único que enturbia su ortodoxia, la cual, por lo demás, no puede ser censurada más que por el hecho de padecer de un excesivo celo apologético que lo llevó a inventar datos de veracidad histórica discutible.

En la primera parte de la carta Sigüenza y Góngora establece su marco conceptual. Dentro del sistema epistémico de la Contrarreforma “se concebía la filosofía [incluso la filosofía natural] como un saber por argumentación y el filósofo era ciertamente un sabio, pero sobre todo un argumentador (Beuchot, 1991:56). Lo cual tiene que ver también con el hecho de que el lenguaje propio del letrado—denso en referencias culturales y retruécanos de la lengua castellana—necesita convertirse en un sociolecto críptico para salvaguardar los valores de la clase dirigente, a la que cada uno de ellos de cierta manera pertenece. Es el lenguaje autoritario de los pocos frente al lenguaje de los muchos, la plebe. Roberto González Echevarría (*Mito y archivo*, 1990) analiza la influencia de la retórica legal en la escritura literaria durante la época

en América y la península. No es esto extraño porque los letrados redactan con una mano las leyes, códigos y testamentos y con la otra poemas épicos, crónicas o novelas. Ambas escrituras se contaminan, aunque en la práctica los letrados estaban bien conscientes de los diferentes registros que tenían que manejar y qué contenidos tenían que ajustarse a un modelo o forma dada. Esto no quiere decir que no manejaran ambigüedades a propósito¹⁰⁹.

El texto de Sigüenza y Góngora es por lo menos una anomalía en el conjunto de las letras de Nueva España, aunque obviamente depende y forma parte de éstas, ya que sólo así adquiere significado; el sabio criollo presupone que su lector está informado y reconoce sus estrategias.

José Joaquín Blanco nos recuerda que

[n]i los indios novohispanos ni el pueblo blanco o mestizo son los protagonistas naturales de lo que hoy conocemos como literatura colonial. Sólo por accidente o excepción aparecen en los textos escasos que realmente se interesan por ellos: lo habitual es que se les ignore o se les use como elementos ornamentales o incidentales. No se escribía literatura sobre ellos ni para ellos. (Blanco, 1989: 247)

En efecto, en la *Carta al Almirante Pez* advertimos al pueblo también como actores principales—o antagonistas del virrey y la autoridad—, aunque pintados con cierto desprecio y algunos rasgos costumbristas. Sobresale, de todos modos, si tenemos a la vista los formulaicos poemas laudatorios o las lánguidas confesiones monjiles o los sermones edificantes. El nervio de la crónica en *Alboroto y motín* nos hace recordar la de Bernal Díaz. Por supuesto, otras se conocían— campañas a las Hibueras, al norte de Nueva España—y los pasajes de la guerra

¹⁰⁹ El estudio de Lara Lozano acusa este error de perspectiva: al enfatizar lo ideológico, la escritura barroca se entendería como un reflejo, cuando no un complemento de aquella. Desde una perspectiva literaria, esta separación es inadmisibles. Lo que hace al texto literario es el énfasis en la función poética del lenguaje, como lo expresa Roman Jakobson: no la transmisión de datos sino la concentración en los medios expresivos.

contra el imperio mexica fueron reescritos por frailes o cronistas oficiales de la corona, sin mencionar aquellas de corte evangelizador en las que se describían las tareas del misionero con los indios. Pero entre la cantidad de manuscritos e impresos la cotidianidad del indígena, como no sea en las actas de crímenes que no son estrictamente literatura, es un vacío. Para pasar por el lugar común, como subalterno no puede hablar. De hecho, Sigüenza y Góngora los desgasta como posibles interlocutores, clausurando las posibilidades de negociación¹¹⁰. Resulta entonces que el único indio que puede hablar es el que está muerto, mediatizada su voz—desnaturalizada además por la traducción a lengua extraña— a través de la escritura que es propiedad de los letrados, miembros de la misma clase de Sigüenza y Góngora que censuran el discurso. Por eso la apropiación indígena es incompleta y deficiente, ya que la apertura a esa *otredad* los habría orillado a aceptar las fragilidades de su discurso¹¹¹.

La justificación racista y piadosa para la Conquista y dominio sobre los indios tuvo distintas formulaciones¹¹², que fueron adaptándose conforme a las dinámicas coloniales. Incluso aquellos que defendían hasta cierto punto a los conquistados cuestionaban los modos, no la validez intrínseca de la sujeción¹¹³. En esta discusión legitimar es el verbo clave. Sigüenza y Góngora

¹¹⁰ Este prejuicio era común en los virreinos:

To the Spaniards, the Indians appeared to be ruled by the third principle of the soul: they knew nothing, and their cognitive powers were so diminished by the shadow pleasures of the lower third—sodomy, anthropophagy, incest—that they, as Vitoria argued, “could not see the world as it is”, much less arrive at a body of written law. At best they may have seen shadows (Castro-Klarén 2001:157)

¹¹¹ Paz (1987) desarrolla la idea:

Nueva España era joven y tenía vigor intelectual—como lo demuestran Sor Juana y Sigüenza y Góngora—pero no podía, dentro de los supuestos intelectuales que la constituían, inventar ni pensar por su cuenta. La solución habría sido la crítica de esos supuestos. Dificultad insuperable: la crítica estaba prohibida. Además, era crítica la hubiera conducido a la negación de sí misma, como ocurrió en el siglo XIX. Ése fue el predicamento en que se encontró Fray Servando Teresa de Mier: sus argumentos sacrohistóricos sobre Quetzalcóatl/Santo Tomás—tomados de Sigüenza y Góngora—justificaban no sólo la separación de la Vieja España sino la destrucción de la Nueva. (182)

¹¹² Para revisar una de sus primeras modalidades ver “El primer planteamiento teológico-jurídico sobre la conquista de América: John Mair” (Beuchot, 142)

¹¹³ Según Mauricio Beuchot (1991)

aborrece asimismo a los indios de carne y hueso, en los que principalmente ve borracheras de pulque a insolencias de plebe, pero erige elaboradísimos monumentos conceptuales y literarios a la memoria de los tlatoanis— embellecidos por el prestigio y los perfiles de los historiadores griegos y romanos—y dedica su vida a coleccionar códices y documentos sobre la historia antigua de México [...] ¿Y el idioma, la religión, la literatura, los conocimientos científicos, la filosofía, la teología, el derecho? El rencoroso y soberbio criollo memoriza los textos peninsulares. Busca una identidad propia, diversa (hasta adversa) de la de los indios y españoles, pero conformada a partir de extrañas y con frecuencia atrabiliarias adopciones de ambas culturas. (Blanco, 1999: 16-17)

Detengámonos en esta aparente paradoja, auxiliándonos con una cita de David Brading. A quienes acusan al criollo erudito de poca sensibilidad hacia sus “hermanos indígenas” habría que recordarles una distinción fundamental que hace Brading (1973) sobre el concepto de nación y nacionalismo:

Para empezar debe distinguirse del patriotismo, es decir, del orgullo que uno siente por su pueblo, o de la devoción que a uno le inspira su propio país. En general, el nacionalismo constituye un tipo específico de teoría política; con frecuencia es la expresión de una reacción frente a un desafío extranjero, sea éste

Fray Alonso [de la Vera Cruz] piensa que los siguientes títulos legitiman la conquista aunque no, tal vez, el modo como se llevó a cabo: (i) la obligación que tienen los nativos de recibir la fe, y a cuyo cumplimiento puede compelerlos el emperador; (ii) esa misma obligación, y a cuyo cumplimiento puede compelerlos el romano pontífice; (iii) dar un príncipe cristiano a los conversos; (iv) el régimen tiránico de los príncipes bárbaros; (v) la antropofagia y los sacrificios humanos; (vi) las alianzas entre los españoles y otros pueblos indígenas, señaladamente con los tlaxcaltecas; (vii) la elección libre y voluntaria por parte de los indios; y (viii) el *ius communicationis et commercii*, con otros derechos derivados o anexos a él. (1991:161)

cultural, económico o político, que se considera una amenaza para la integridad o la identidad nativas. (9)

La construcción del nacionalismo novohispano criollo tenía correspondencia con los alegatos proteccionistas de indios, como el de Las Casas. Al impugnar los rumores y falseamientos que recortaban una imagen negativa de los habitantes prehispánicos y socavar las presupuestos para “las causas justas de la guerra contra los naturales”—Juan Ginés de Sepúlveda—, abonan las bases para las elaboraciones de la dignidad criolla. Sin embargo, más que para una identidad nativa, los indios, negros y demás castas son percibidos como amenaza para la integridad de la hipotética nación elitista. Las operaciones son sutiles: si la comparación original de las civilizaciones mesoamericanas con la cultura clásica ensalzaba en un principio se proponía ensalzar a los indígenas, también los neutralizaba en ese discurso ya que a pesar de la familiaridad con las cosas de la antigüedad grecorromana y de la efusión de epítetos tomados para caracterizar el presente, los letrados concebían ese mundo como cerrado y alejado en el tiempo. Se le citaba manipulándolo como ornamento y en la hipérbole las referencias se perdían¹¹⁴. El ejemplo adecuado lo constituye el *Neptuno alegórico* de Sor Juana en el que la monja compara al virrey marqués de la Laguna con el mismo dios de los mares. Por supuesto, un halago inofensivo pero provechoso para quien lo profiere¹¹⁵. Coincidimos con Mabel Moraña:

¹¹⁴ Sara Castro-Klarén en su estudio (2001) se refiere a los textos escritos en el Perú bajo la orden del Virrey Francisco de Toledo (1515-1582) y esta anotación vale también para Mesoamérica:
when the assumption of European practices as normative failed to provide sufficient ground for “othering” Andean accounts of the past as a foundation for claims to self-government, coded readings of classical Greek and Roman antiquity were deployed in order to estrange Andean discourses of self-knowing and produce a generalized deauthorization of local knowledges. Such deauthorization of local knowledges—historiography on the ground—became the keystone for colonial governability (143)

¹¹⁵ Nos recuerda Antonio Rubial García que
[e]sa recuperación de la civilización azteca, aunque traducida a los códigos de la cultura occidental y deformada, alegorizada y convertida en una visión idílica, se volvió un referente indispensable en la simbólica criolla. El pasado indígena de su tierra era, finalmente, lo que diferenciaba al novohispano del europeo; su convivencia y permeabilidad con una presencia inexistente en Europa era lo único que podía darle una conciencia de autonomía. (2001: 249)

Para la oligarquía criolla del siglo XVII y su sector letrado, el Barroco es, como dijimos, un modelo expresivo, la imagen y el lenguaje del poder, al que se puede venerar o subvertir, según el grado de conciencia alcanzado. [...] Mientras que en Perú la vía hacia el pasado indígena estaba bloqueada por la supervivencia de la nobleza inca, en México, los intelectuales criollos especialmente el clero, expropiaron ese pasado para ellos mismos librarse de España. (1998, 48)

Cuando el indio resucita en Nueva España, el modo de legitimar la preeminencia del criollo debe desplazarse. Desechar al indio “real” de la ciudad es posible una vez el criollo se apropió de sus saberes y los complementa y atempera con los modelos imperiales. El letrado americano posee y maneja ambos archivos, la historia y la contingencia le pertenecen como verdadera autoridad. Puede ser ilustrativo comparar la estrategia de Sigüenza y Góngora con la de Clavijero¹¹⁶, quien junto con Fray Servando Teresa de Mier elaborará hacia su consumación este discurso:

Tanto por sus omisiones como por la inclusión de otros temas, Clavijero provocó una fisura entre el pasado azteca clásico y su sucesor colonial; una fisura real, misma que hasta entonces había sido disimulada por la visión triunfante de la Iglesia misionera y por la exaltación de la Virgen de Guadalupe. El uso confiado y polémico que de la antigüedad indígena hacía este sacerdote criollo, hijo de peninsular, señala su identificación con ese pasado y, por así decirlo, la falta de

¹¹⁶ Para Lafaye no hay duda de que Sigüenza y Góngora es el inventor de la mexicanidad: varias ideas novedosas de Clavijero, singularmente la exaltación del pasado azteca como legítima Antigüedad clásica del México criollo, proceden de Sigüenza y Góngora, [a quien] se puede considerar también como el inventor (para bien o para mal) de la *mexicanidad*.

Clavijero había revisado en la biblioteca del Colegio de san Pedro y san Pablo, de los jesuitas de México parte de los veintiocho volúmenes de documentos legados por don Carlos a la Compañía—a la que fue admitido *in articulo mortis*. (2001:15)

competencia con los indios de su época. Asumió el papel de su defensor y como tal expropió su historia para sus propios fines patrióticos. Su obra prefiguraba el intento de los insurgentes de negar el pasado inmediato con una vehemente recurrencia a una antigüedad indígena idealizada. (Brading, 1973: 54)

El ideal indígena duerme en los libros. Sigüenza y Góngora edita los relatos del Archivo, depositario de posibilidades narrativas¹¹⁷—la crónica misma del motín, como ya analizamos, es una lectura y postulación de sí misma como el nuevo archivo, enriquecido y reinterpretado, es *summa* y ejemplo. El clérigo criollo apela a los saberes de diversas disciplinas y las transforma por la alquimia del verbo barroco. Más allá de los datos, las naturaliza para el arsenal retórico criollo, son “otras formas narrativas” que modelizarán la historiografía patria. Acepta tanto el prestigio de la teología por lo que vale en el siglo XVII y se acerca a la ciencia por lo que valdrá a partir del XIX. El mito de la fundación de Nueva España será contado a partir del criollo.

La mejor caracterización que del letrado conocemos la da Mabel Moraña, aunque no todos los rasgos competan a Sigüenza y Góngora:

La inserción del letrado en la dinámica político-social de la Colonia está marcada por una dualidad irreductible. Es el brazo ideológico del Poder y al mismo tiempo su combatiente más tenaz y beligerante. Apoyado en la legitimidad que le confiere la metrópolis ocupa, sin embargo, la periferia asedada del sujeto colonial, ejerciendo su marginalidad a veces como una condena inevitable a la

¹¹⁷ González Echevarría no da una definición fija de “Archivo”, sino que va proponiendo variaciones a lo largo de su ineludible estudio. El Archivo es el lugar simbólico en el que las historias se van depositando—no es en sí un canon—y es el origen de otras nuevas basadas en las anteriores, que a su vez propiciarán otras. El texto original sería, desde su perspectiva, el *Diario de Colón*, y su expresión más evidente, *Cien años de soledad*.

The Archive, then, is not so much an accumulation of texts as the process whereby texts are written; a process of repeated combinations, of shufflings and reshufflings ruled by heterogeneity and difference [...] Accumulation and power are a rethorical effect in this archive of archives. (1990, 24)

Describe así las funciones:

The Archive safeguards, retains, orders dissemination, both commands it and organizes its regularities as a discourse. The Archive keeps the Arcanum, the secret. (36)

subalternidad y el retardo cultural con respecto a los centros europeos, a veces como un privilegio epistemológico fundado justamente en la excentricidad y el particularismo que corresponde a su condición de sujeto emergente, que va descubriendo progresivamente su papel en la historia. (1998: 15)

Los umbrales de una crisis también pueden ayudar a des-construir los mecanismos más comunes y automatizados, nos hacen ver “con otros lentes”. Sigüenza y Góngora lee la crisis y conjetura un proyecto intelectual/político. Se posiciona en el centro—como autor(idad) del discurso— y en el borde—de los antiguos y venideros saberes. Transforma, desde allí, la figura del *letrado*.

Bibliografía

- A.A.V.V. *Espacios de mestizaje cultural III. Anuario Conmemorativo del V Centenario de la Llegada de España a América*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azapozalco, 1991.
- A.A. V.V. *Historia general de México*. Tomo 2. México, D.F.: El Colegio de México, 1976.
- Adorno Rolena. (a) “Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas, and the Twentieth-Century Reader” *Modern Language Notes*. 103.2 (1988) 239-258
- Adorno Rolena (b) “Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 14.28 (1988) 11-28
- Adorno, Rolena (c) “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 14.28. (1988) 55-68
- Adorno Rolena “Reconsidering Colonial Discourse for Sixteenth- and Seventeenth-Century Spanish America” *Latin American Research Review*. Vol. 28 3 (1993) 135-145
- Adorno, Rolena. “La pertinencia de los estudios coloniales para el nuevo milenio” *Andes. Revista de antropología e historia*. 11(2000) s/p. Consultado 28.4.2009.
< <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/127/12701102.pdf> >
- Baudot, Georges. “El encuentro con América y la imagen del monstruo” A.A.V.V. (1991) 17-28
- Benítez, Fernando. *Los primeros mexicanos. La vida criolla en el siglo XVI*. México, D.F.: Era, 1962.
- . *Los demonios en el convento. Sexo y religión en la Nueva España*. México, D.F.: Era, 1985.
- Benítez, Laura. “El nacionalismo en Carlos de Sigüenza y Góngora”. *Estudios de Historia Novohispana*. 8 (1985)

- Beuchot, Mauricio. *Estudios de historia y de filosofía en el México colonial*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991.
- Berg, Walter Bruno. “El pasado como creación: el alcance historiográfico del ensayo *La expresión americana* de José Lezama Lima” *Ortega y Amor*, 555-563
- Beverly, John. “Nuevas vacilaciones sobre el barroco” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 14.28 (1988) 215-227.
- . “Sobre la situación actual de los estudios culturales” *Mazotti y Zevallos Aguilar* 455-476.
- . “The Im/possibility of Politics: Subalternity, Modernity, Hegemony” *Rodríguez* 47-63
- Blanco, José Joaquín. José Joaquín. *La literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*. México, D.F.: Cal y arena, 1989.
- . *Esplendores y miserias de los criollos. La literatura en la Nueva España/2*. México, D.F.: Cal y arena, 1999 [1989].
- . (Sel. y prólogo). *El lector novohispano. Una antología de la literatura mexicana colonial*. México, D.F.: Cal y arena, 1996.
- Bolaños, Álvaro Félix y Gustavo Verdesio (Eds). *Colonialism Past and Present*. Nueva York: SUNY Press, 2002.
- Bolaños Varela, Ligia. “Construcción del imaginario colonial y las escrituras fundacionales: mecanismos de diseminación/circulación del texto eclesiástico”. s/f s/p 28.4.09
- < http://www.reflexiones.fcs.ucr.ac.cr/documentos/80_1/construccion.pdf>
- Bonfield, Michael Casey. *Límites de La Ciudad letrada: alcances, límites y cegueras*. Tesis. Rice University, 2006. Ann Arbor : UMI, 2006. ATT: 1435711
- Brading David A. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Trad, Soledad Loaeza Grave. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública, 1973.

- Bravo Arriaga, María Dolores. “Las *Glorias de Querétaro* como “relación” de fiesta y su percepción del paraíso”. Mayer (2000) 23-34
- Buxó, José Pascual (Ed.). *La producción simbólica en la América colonial: interrelación de la literatura y las artes*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/Seminario de Cultura Literaria Novohispana/CONACYT, 2001.
- . “Palabras inaugurales” Buxó (2001) 11-14
- Carrillo, Rafael A. *Historia de la ciudad de México. Desde su fundación como capital del Imperio Mexica, hasta su gran desarrollo actual*. México, D.F.: Panorama editorial, 1984.
- Castro Klarén, Sara. “Historiography on the Ground: The Toledo Circle and Gamán Poma” Rodríguez (2001) 143-171
- Castro-Klarén, Sara and John Charles Chasteen. (Eds.) *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington, D.C./Baltimore/ Londres: Woodrow Wilson Center Press/The John Hopkins University Press, 2003.
- Chang-Rodríguez, Raquel. (Ed.) *Prosa hispanoamericana virreinal*. Barcelona: Hispam, 1976.
- . “Presentación” Chang (1976) 5-20
- . (Coord.) *Historia de la literatura mexicana. Volumen 2. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*. México, D.F.: Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Chasteen, John Charles. “Introduction: Beyond Imagines Communities” Castro-Klarén y Chasteen ix-xxv
- Chiampi, Irleamar. *Barroco y modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

- Connaughton Hanley, Brian. *España y Nueva España ante la crisis de la modernidad*. México, D.F.: SEP/Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Cope, Douglas. *The Limits of Racial Domination: Plebeian Society in Colonial Mexico City, 1660-1720*, 1994.
- Corcuera de Mancera, Sonia. *El fraile, el indio y el pulque. Evangelización y embriaguez en la Nueva España (1523-1548)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Cornejo Polar, Antonio. “Ajenidad y apropiación nacional de las letras coloniales. Reflexiones sobre el caso peruano” *Ortega y Amor* 651-657
- Cruz, sor Juana Inés de la. *Obras completas*. México, D.F.: Porrúa, 2004 [1969]
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, D.F.: Porrúa, 2002 [1955]
- Fernández, Cristina Beatriz. “Carlos de SIG: las letras, la astronomía y el saber criollo”. *Diálogos Latinoamericanos*. 9 (2004) 59-78.
- Franco, Jean. *Plotting women. Gender and representation in Mexico*. Nueva York: Columbia University Press, 1980.
- Gallegos Rocafull, José María. *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México, D.F.: Centro de Estudios Filosóficos/Universidad Nacional Autónoma de México, 1951
- Garza Cuarón, Beatriz y Georges Baudot. *Historia de la literatura mexicana. Tomo I: Las literaturas amerindias de México y la literatura en español del siglo XVI*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Siglo XXI, 1996.
- Gerassi-Navarro, Nina. “ 'Nafragios' y hallazgos de una voz narrativa en la escritura de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca” *Ortega y Amor* 175-185.

García Canclini, Néstor. “La épica de la globalización y el melodrama de la interculturalidad”,
Moraña 31-42

Glantz, Margo. *La desnudez como naufragio. Borriones y borradores*. Madrid/Frankfurt del
Meno: Iberoamericana/Vervuert, 2000.

Glantz, Margo. *Obras reunidas I. Ensayos sobre literatura colonial*. México, D.F.: Fondo de
Cultura Económica, 2006.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar. *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*.
México: El Colegio de México, 1990.

---. “Entre prejuicios y penurias: las mujeres en la capital de la Nueva España” Buxó 415-430

González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive. A theory of Latin American narrative*.
Cambridge/Nueva York/Port Chester/Melbourne: Cambridge University Press, 1990.

---. *Crítica práctica/práctica crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

González Echevarría, Roberto, y Enrique Pupo-Walker. (Eds.) *The Cambridge History of Latin
American Literature. Vol 1*. New York/Melbourne: Cambridge University Press, 1996.

González Stephan, Beatriz. *Cultura y Tercer Mundo: 1. Cambios en el Saber Académico*.
Venezuela: Nueva Sociedad, 1996.

Guerra, Francois-Xavier. “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in
the Creation of Spanish American Nations”. Castro-Klarén y Chasteen 3-32

Gnutzman, Rita. 1993. “El entenado o la respuesta de Saer a las crónicas”. *Revista de estudios
hispanicos*. 20. (1993): 199-206

Hatzfeld Helmut. *Estudios sobre el barroco*. Trad. Ángela Viguera. Madrid: Gredos, 1966
[1964].

Iglesia, Ramón. *El hombre Colón y otros ensayos*. México, D.F.: El Colegio de México, 1944.

- Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México/Abismo de conceptos. Identidad, nación, mexicano*. Prólogo de Octavio Paz. Trad. Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1999 [1974].
- Lafaye, Jacques. “¿Existen ‘letras coloniales’? Ortega y Amor 641-650
- Lafaye, Jacques. “Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Cortesano y disconforme.” *Signos históricos*. 6 (2001): 9-22
- Lara Lozano, María del Rosario. *El mundo ideológico de Don Carlos de Sigüenza y Góngora y su manifestación concreta en Alboroto y motín de la Ciudad de México del 8 de junio de 1692*. Tesis. U of Texas at El Paso, 1999. Ann Arbor: UMI, 1999. ATT: EP05327
- Leonard, Irving A. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican savant of the Seventeenth Century*. Berkeley: University of California Press, 1929.
- . *La época barroca en el México colonial*. Trad. Agustín Escurdia. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1974 [1959].
- . Lira, Andrés y Luis Muro. “El siglo de la integración”. A.A.V.V. (1976) 83-181
- Ludmer, Josefina. “Literaturas postautónomas 2.0”. Consultado 27.4.2009.
< <http://www.loescrito.net/index.php?id=159>>
- Mariscal, Beatriz. “El programa de representación simbólica de los jesuitas en Nueva España”. Buxó 51-65
- Mayer, Alicia. *Dos americanos, dos pensamientos. Carlos de Sigüenza y Góngora y Carlos Mather*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998
- . (Coord.) *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000. Tomo I*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Mazzotti, José Antonio y Juan Zevallos Aguilar (Coords.). *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Filadelfia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996.
- Mellino, Miguel. *La crítica poscolonial. Descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*. Trad. Alfredo Grieco y Bravo. Buenos Aires: Paidós, 2008 [2005].
- Mendiola Mejía, Alfonso. *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, 1991.
- Mignolo, Walter. "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana." *Modern Language Notes*. 96 (1981) 358-402
- . "Anáhuac y sus otros: La cuestión de la letra en el Nuevo Mundo". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 14.28. (1988) 29-53
- . "Colonial and Postcolonial Discourse: Cultural Critique or Academic Colonialism?" *Latin American Research Review* 28, 3 (1993): 120-131.
- . "Sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción" *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 21.41 (1995) 9-31
- . "Herencias coloniales y teorías postcoloniales". González Stephan (1996) 99-136
- . "Coloniality of Power and Subalternity" Rodríguez (2001) 424-444
- Miño Grijalva, Manuel. *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía, siglos XVII y XVIII*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2001.
- Moraña, Mabel. *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- . Ed. *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Moreno Toscano, Alejandra. "El siglo de la conquista". A.A.V.V. (1976) 3-81

- Nagy-Zekmi, Silvia. "Estrategias poscoloniales: la desconstrucción del discurso eurocéntrico"
Cuadernos Americanos 97 (2002) 11-20.
- Ortega, Julio y José Amor y Vázquez. (Ed.) *Conquista y Contraconquista. La escritura del
 Nuevo Mundo. Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura
 Iberoamericana*. México, D.F./Province: El Colegio de México/Brown University, 1994.
- Pastor, Beatriz. *Discursos narrativos de la Conquista: mitificación y emergencia*. Hanover:
 Ediciones del Norte, 1988.
- Paz, Octavio. *Las peras del olmo*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México,
 1965 [1957].
- . *Corriente alterna*. México, D.F.: Siglo XXI, 1990 [1967].
- . *El peregrino en su patria. Historia y política de México. México en la obra de Octavio Paz*.
 Ed. de Octavio Paz y Luis Mario Schneider. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica,
 1987.
- . *In/mediaciones*. México, D.F.: Seix Barral, 1980. Biblioteca Breve
- . *Sor Juana or, The Traps of Faith*. Trad. Margaret Sayers Peden. Cambridge, Massachusentts:
 Harvard University Press, 1988 [1982].
- . *Itinerario*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Puccini, Dario. *Una mujer en soledad. Sor Juana Inés de la Cruz, una excepción en la cultura y
 la literatura barroca*. Trad. Esther Benítez. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica,
 1997 [1996].
- Pupo Walter, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo
 de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII y XIX*. Madrid: Gredos, 1982.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998 [1984]

- Reyes, Alfonso. *Obras completas T. XII. Grata compañía/Pasado inmediato/Letras de Nueva España*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Ríos, Alicia. “Los estudios Culturales y el estudio de la cultura en América Latina”. <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cultura/rios.doc>>. Consultado 12.09.2007.
- Robles, Antonio de. *Diario de sucesos notables (1665-1703). Tomo I-II-II*. Ed. y prólogo de Antonio Castro Leal. México, D.F.: Porrúa, 1972 [1946].
- Rodríguez, Ileana (Ed.) *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham y Londres: Duke University Press, 2001.
- Rojas Garcidueñas, José. *Temas literarios del virreinato*. México, D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 1981.
- Ross, Kathleen. *The baroque narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World Paradise*. Cambridge/Nueva York/Melbourne: Cambridge University Press, 1993.
- Rubial, Antonio. *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1999.
- . “Se visten emplumados: apuntes para un estudio sobre la recreación retórica y simbólica del indígena prehispánico en el ámbito criollo novohispano” Buxó 249 -256
- . *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*. México, D.F.: Taurus, 2005.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed., pról. y notas de Ángel María Garibay K. México, D.F.: Porrúa, 1999 [1956]
- Semo, Enrique. *Historia del capitalismo en México. Los orígenes de 1521-1763*. México, D.F.: Era. 1973.

- Sigüenza y Góngora. *Obras históricas*. Ed. y pról. de José Rojas Garcidueñas. México, D.F.: Porrúa, 2002 [1944]
- . *Paraíso Occidental*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003 [1995].
- . *Infortunios de Alonso Ramírez*. México, D.F.: Planeta/Joaquín Mortiz, 2002.
- . *Seis obras*. Pról. de Irving Leonard, ed., notas y cronología de William Bryant. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana*. Sel., introd., y notas de Miguel León Portilla. México, D.F.: Biblioteca del Estudiante Universitario/Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- Trabulse, Elías. *Ciencia y religión en el siglo XVII*. México, D.F.: El Colegio de México.
- . *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*. México, D.F.: El Colegio de México, 1988.
- Urdapilleta Muñoz, Marco. “Estrategias retóricas para la escritura autobiográfica en la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas”. *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*. 44 (2007): 83-101.
- Webre, Stephen. (Ed.) *La sociedad colonial en Guatemala*. Antigua/South Woodstock: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica/Plumsock Mesoamerican Studies, 1998.
- Wissmer, Jean-Michael. *Las sombras de lo fingido. Sacrificio y simulacro en Sor Juana Inés de la Cruz*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 2001.
- Van Young, Eric. *Dos décadas de obras anglófonas acerca de la historia de México, desde la conquista hasta la independencia: continuidad y cambio desde 1980*. México, D.F.: Colegio de México, 2006.

Villarino, Marta et;al (Eds.) *Actas del IV Congreso Argentino de Hispanistas. La cultura hispánica y occidente. Mar del Plata, Argentina, 18, 19 y 20 de mayo de 1995.* Mar del Plata: Universidad Nacional del Mar del Plata, 1995.

Currículo Vital

Daniel Orizaga Doguim es Licenciado en Lenguas Modernas/español por la Universidad Autónoma de Querétaro.

Dirección permanente: Rita Pérez de Moreno #114
Col. Burócrata. Querétaro, Qro,
México

Correo electrónico: das_golem@yahoo.com.br